

Archivo General de la Nación  
Volumen LI



Félix Evaristo Mejía

*Prosas polémicas 1*  
*Primeros escritos, textos marginales,*  
*Yanquilandarias*

---

Andrés Blanco Díaz  
Editor



## **Prosas polémicas 1.**

Primeros escritos, textos marginales,  
Yanquilianarias



Archivo General de la Nación  
Volumen LI

**Félix Evaristo Mejía**

**Prosas polémicas 1**  
**Primeros escritos, textos marginales,**  
**Yanquilinarias**

**Andrés Blanco Díaz**

Editor

Santo Domingo  
2008

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo  
de la Dirección General de Aduanas

Título: *Prosas polémicas I. Primeros escritos, textos marginales,  
Yanquilandias*

Autor: Félix Evaristo Mejía

Archivo General de la Nación, volumen LI

Departamento de Investigación y Divulgación

Director: Dantes Ortiz

Edición: Andrés Blanco Díaz

Diseño y diagramación: Modesto E. Cuesta

Ilustración de la portada: Foto de Félix Evaristo Mejía,  
suministrada por el editor

© De esta edición: Archivo General de la Nación, 2008

ISBN 978-9945-020-33-5

Archivo General de la Nación  
Calle Modesto Díaz número 2,  
Zona Universitaria,  
Santo Domingo, Distrito Nacional  
Tel. (809) 362-1111, Ext. 243  
[www.agn.gov.do](http://www.agn.gov.do)

Impresión: Editora Búho, C. por A.

Impreso en República Dominicana  
Printed in Dominican Republic

# Contenido

Presentación / 11

## Primeros escritos

Sentencia / 17

Editorial del Núm. 1 de *El Centinela* / 19

Editorial del Núm. 2 de *El Centinela* / 21

Nuestros poderes / 23

Editorial del Núm. 3 de *El Centinela* / 25

Nuestra opinión / 27

Tiranía y libertad / 29

Editorial del Núm. 4 de *El Centinela* / 33

Editorial del Núm. 5 de *El Centinela* / 35

Editorial del Núm. 6 de *El Centinela* / 37

A Numa Pompilio / 39

Editorial del Núm. 7 de *El Centinela* / 41

Editorial del Núm. 8 de *El Centinela* / 43

La paz se altera / 47

Economías del Gobierno / 49

¿i !? / 51

La libertad perece / 53

Cuba / 55

## Textos marginales

- De actualidad / 59  
Con motivo del día / 63  
Renuncia / 67  
Reserva de argumentos / 69  
Alegorías... y algo más / 71  
Distingamos / 75  
Finis Poloniae  
    I / 79  
    II / 81  
    III / 84  
    IV / 86  
    Epílogo / 89  
Por mi sangre / 93  
Puntos sobre íes / 95  
¿Arras o parras / 99  
Anticipo / 103  
Dos palabras ... sin carta / 105  
En descargo / 107  
26 de julio / 109  
Candidatos  
    I / 113  
    II / 116  
    III / 119  
De antifaz a careta / 123  
Respuesta a la segunda encuesta de *Letras*: ¿Cuál es el mejor libro nacional? / 127  
    I / 127  
    II / 128  
    III / 129  
    IV / 130



V /	132
VI /	134
VII /	135
VIII /	136
IX /	139
X /	140
XI /	142
El Sr. Félix E. Mejía y el Plan Harding /	145
Al margen de un proyecto. La gran Liga Nacional	
I /	151
II /	155
III /	160
Habla un leal amigo del <i>Listín Diario</i> /	165
Bueno, pues hablo /	167
Matinales	
I /	171
II /	174

### **Yanquilarias**

I. Preámbulo /	177
III. <i>Dulce et decorum est...</i> /	180
IV. <i>Vox clamantis in deserto</i> /	183
V. Al presidente Wilson /	187
VI. Russell, Caperton and Company /	194
VII. Digresión oportuna /	201
VIII. El mal llega de lejos /	203
IX. Las especies del género /	205
X. La culpabilidad jimenista /	207
XI. La responsabilidad del velazquismo /	210
XII. El crimen desideriano /	219
XIII. La complicidad de las Cámaras /	225

XIV. Los partidos personalistas: su pecado / 228

XV. La culpa del sable / 233

Índice onomástico /

## Presentación

*FÉLIX EVARISTO MEJÍA nació en Santo Domingo el 26 de septiembre de 1866 y murió en la misma ciudad el 1 de julio de 1945. Fueron sus padres Juan Tomás Mejía y Cotes y Tomasina Abreu y García. Hizo sus primeros estudios en el Colegio San Luis Gonzaga, bajo la dirección del sacerdote y filántropo Francisco Xavier Billini, y los estudios profesionales en la Escuela Normal, bajo la dirección y orientación del insigne educador puertorriqueño Eugenio María de Hostos. De dicha escuela salió graduado en el grupo de la primera promoción de maestros normales, conjuntamente con Francisco J. Peynado, Gerardo Jansen, Arturo Grullón, Lucas Tomás Gibbes, José María Alejandro Pichardo y Agustín Fernández.*

*En febrero de 1885 puso a circular el número 1 de El Centinela, del cual era propietario, director y redactor. Se trataba de un periódico independiente y de noticias e intereses generales, en el cual Mejía publicó sus primeros escritos, algunos firmados con seudónimos como el anagrama Xifle. El último número de El Centinela salió en julio del mismo año de 1885 debido a que, por su línea editorial y sus artículos (que eran liberales y de cuestionamiento a los asomos de dictadura), las presiones y el acoso de los sectores que se sintieron aludidos y atacados por la hoja periodística obligaron a su director-redactor a retirarse de la arena pública. La principal presión provino del sector que encabezaba el general Ulises Heureaux; y varios de estos jóvenes liberales tuvieron que huir al extranjero para no caer en prisión. Fue así como El Centinela corrió la misma suerte que otros periódicos de igual o parecida actitud: El Repúblico (de Rafael J. Castillo, en Santo Domingo), El Derecho, La Alborada y La República (de los liberales de Santiago, encabezados por Eugenio Deschamps) y El Regenerador (en Puerto Plata, con José R. López, Juan Vicente Flores y Agustín F. Morales, entre otros).*

*Mejía desempeñó algunos cargos públicos, entre estos los de Director de la Escuela Normal en reemplazo de su compañero normalista Gerardo Jansen (quien había sustituido a Hostos después de la salida del Maestro hacia Chile), Director de la Gaceta Oficial, Contador General de Hacienda, Director General de Enseñanza Pública durante el gobierno de Ramón Cáceres y Ministro Representante de la República Dominicana en España. En todos estos cargos dio muestras de integridad y de eficiencia, principalmente en la dirección de la Normal de Santo Domingo, que se convirtió en un refugio del ideal y la sana doctrina, así como centro de protesta contra los desmanes de la dictadura y la opresión. Esta actitud de principio inquebrantable fue lo que provocó su pronta sustitución al frente de dicho centro educativo.*

*Durante la ocupación militar de nuestro país por las tropas de la marina de los Estados Unidos de América, estuvo entre los que se opusieron a la misma. En este período fue militante activo, entre otras, de la Unión Nacional Dominicana, del Comité Restaurador y de la Junta de Abstención Electoral de la Provincia de Santo Domingo.*

*Desde sus primeros escritos, aparecidos, como se ha dicho, en el periódico El Centinela, nos encontramos con un pensador que fue fiel a sus principios a lo largo de su existencia, prefiriendo incluso ir a prisión antes que renunciar a sus posiciones. Mejía es un escritor vertical, que no transige en la defensa de las ideas que defiende y sostiene. Podríamos resumir a este personaje diciendo que en él todo es una polémica, como el título general de los textos aquí reunidos.*

*Publicó sus escritos, además de en El Centinela, y unas veces firmados con su nombre y otras con el seudónimo Alter Ego, en El Eco de la Opinión, Listín Diario y La Bandera, en la Revista de Educación, La Cuna de América y Letras. Dos discursos suyos fueron recogidos en la revista Clío: “Criterio de la cabal verdad histórica, con aplicación a la nuestra” (de entrada como miembro de la Academia Dominicana de la Historia, 1932) y “Hostos ante la historia dominicana y de América”. Es autor de Introducción a la Prehistoria, Alrededor y en contra del Plan Hughes-Peynado, de Rectificaciones en protesta; así como de los Informes que rindiera al Ministro de Justicia e Instrucción Pública en los años de 1908 a 1911, mientras ocupaba el cargo de Director General de Enseñanza Pública.*

*Félix Evaristo Mejía fue, conjuntamente con Rafael Justino Castillo y Américo Lugo, de los más íntegros discípulos de Eugenio María de Hostos.*

## II

*Los escritos de Félix Evaristo Mejía que ahora se publican en tres tomos, y que han sido agrupados bajo el título general de Prosas polémicas, reúnen un material que abarca todas las facetas de su pensamiento como escritor, educador y defensor de las causas que él consideró mejores para el bien de su país. Se trata de un material que revela las posiciones no conformistas del autor, de principio a fin. Es, si se quiere, un conjunto de textos en los cuales Mejía defiende sus ideas y posiciones como hombre público, discípulo de Hostos y ejemplo de integridad, rectitud y entrega.*

*Dicho conjunto recoge desde sus primeros escritos en el periódico El Centinela, pasando por otros que él mismo calificaba como marginales y entre los cuales están los que nos presentan sus primeras posiciones ante la amenaza de los norteamericanos contra nuestro país y, luego, frente al hecho consumado de la ocupación del territorio dominicano por las tropas de la marina estadounidense; siguiendo con un tomo donde están reunidos los textos educativos que hemos podido recuperar, así como varios discursos; y culminando con un volumen en que aparecen sus reparos y críticas al plan de evacuación de los marines (conocido como Plan Hughes-Peynado) y sus rectificaciones y protesta contra los artículos publicados por un ciudadano español y en los cuales falsea informaciones sobre la República Dominicana.*

*Como se ve, estas Prosas polémicas permitirán acceder a un mejor conocimiento de un personaje que hizo de su Librería Selecta su refugio seguro durante muchos años. Asimismo, los estudiosos del desarrollo de las ideas políticas, los historiadores e investigadores de la educación dominicana tienen desde ahora, en los escritos de Félix Evaristo Mejía, un material de primera mano.*

## III

*La culminación de este trabajo no habría sido posible si no hubiera contado con la colaboración desinteresada y generosa de Salvador Alfau del Valle, Óscar Mota, Jacqueline Abad Blanco (quien hizo las veces de auxiliar de investigación en algunas etapas del mismo) y Dantes Ortiz (quien ha sido el principal animador y propulsor de este esfuerzo de recopilación de los escritos de la segunda figura en importancia dentro*

*de la corriente positivista en nuestra historia educativa). Por último, debo consignar mi agradecimiento a Alejandro Paulino Ramos por haber permitido el acceso a fuentes documentales y colecciones de periódicos cuyo estado de deterioro las convierte en material prácticamente prohibido.*

ANDRÉS BLANCO DÍAZ

## **Primeros escritos**





## Sentencia

Ha llegado hasta nosotros una noticia que confirma la idea que teníamos del grandísimo desorden que reina en este país.

El Tribunal de Puerto Plata ha fallado en contra de los autores de la gacetilla “Receta para embalsamar el cadáver de la Patria”,<sup>1</sup> fundado en razones que revelan a primera vista la poca aptitud de los que lo forman. Y es necesario creer esto; pues que siempre que se administra justicia debe ser con todo el detenimiento y calma y seriedad necesaria para que el fallo sea leal y no deje entrever deficiencia o mala fe en los jueces, no debió dicho respetable tribunal dar una sentencia fundado en palabras que envuelven duda; como son “a quien parece se quiere calumniar” &.

Séparse esto: que la buena fe debe ser la primera virtud que deben llevar los jueces a un Tribunal; que nunca, ni por miedo ni por oro, deben decir sus labios lo que no les diga su conciencia; que el hombre de conciencia es en todas partes un hombre respetado, y maldecido y execrado aquél que lleva la conciencia negra por satisfacer los criminales deseos de cualquier codicioso caudillo.

Un pueblo en el cual un poder esté subordinado a otro; en que los individuos no tengan una verdadera garantía a su vida

1 Esta gacetilla apareció en el periódico *La Libertad* de Puerto Plata, el 23 de octubre de 1884, firmada con el seudónimo Doctor Noventa y Tres. Sus autores fueron José Ramón López, Ricardo Limardo y Pablo Eliseo López. El caso lo hemos tratado in extenso en la cronología incluida en el tomo I de los *Escritos dispersos* (1896-1908) de José Ramón López, que hicimos para el Archivo General de la Nación en el 2005. (Nota del editor).

e intereses, porque estén bajo la voluntad de un cualquiera que los domine, no puede ni debe aspirar nunca a ser un pueblo civilizado.

Si porque se publica una gacetilla sencilla se lleva a las barras de un Tribunal a los autores, y sin verdaderas razones o con razones que respiran ser expuestas bajo la perspectiva de un *color amarillo excitante* se sentencia a dichos autores a tres meses de prisión y al pago de una multa, ¿para qué pretender ser cultos, si esa pretensión no dejará de ser pretensión?

Para la buena marcha de un país los Poderes de éste deben funcionar con entera libertad en sus esferas respectivas; y si esto no sucede, sucede como consecuencia natural una gran confusión y un gran cataclismo social. Ya el pueblo necesita, pide, exige a gritos su regeneración; no quiere continuar viviendo como hasta ahora ha vivido, siendo juguete, siendo esclavo de unos cuantos malvados, explotadores de ella.

No quiere ya el pueblo que vuelvan a suceder esas escenas tan vergonzosas, tales como la proclamación de la dictadura para lo cual hubo de derrocar un digno Congreso; ¿y para qué todo esto? ¿Para qué escandalizar al mundo con un acto que llena de indignación al hombre digno? Lo diremos en dos palabras aunque del caso no sea: dicese que se propuso al Congreso no sé qué cosa, el Congreso no quiso aceptar esa cosa que era tan inicua, y no gustándole al Poder Ejecutivo lo que el Poder Legislativo hacía, he aquí que lo derroca y proclama un Dictador. Dejemos a un lado esto a que nuestras digresiones nos condujeron y que es importuno, y sigamos con nuestro tema para terminar pronto.

Dícese que los autores de la gacetilla van a apelar, y esto es lo lógico y lo que cualquiera persona sensata, en vista de tanta arbitrariedad, hubiera hecho. ¡Quiera Dios que la Suprema Corte juzgue con el celo e imparcialidad con que es debido!

*El Centinela*, 1 de febrero de 1885.

## Editorial del Núm. 1 de *El Centinela*

No sin antes haber pensado en los grandes inconvenientes que ofrece, nos presentamos aquí en demanda de un lugar en el campo del periodismo, en donde las ideas, presas entre las estrechas paredes del cerebro, busquen la luz y se polaricen con ella.

No venimos, no, con utópicas ideas que desvíen las cosas de su curso natural; no venimos tampoco con el ardiente deseo de reedificar o restaurar por completo el carcomido edificio del Estado; tan sólo venimos a ensayar, a tantear, y prepararnos así para cuando la hora llegue, poder con ventaja combatir contra todo lo que obstáculo sea a la libre marcha de la Patria hacia el Progreso.

Sólo aquéllos que, sin comprender siquiera lo degradante que es se hacen eco de las ideas, de las pasiones de tres o cuatro mandarines ambiciosos, hallan un patrimonio en la prensa. Pero los que se consagran a la defensa del pueblo, a la instrucción del pueblo, y todo lo hacen en beneficio de éste, esos sólo encuentran en premio de sus servicios, el odio y hasta la persecución de los que estando en el poder quieren vivir de la Patria sin que nadie los perturbe.

A esos que cual infernal plaga caen sobre la Patria y la devoran poco a poco; a esos en cuyos endiablados planes sólo llevan por mira la satisfacción de su sed de oro y venganza, a esos los combatiremos con afán. Que no pueden seguir oprimiendo al pueblo, apropiándose impunemente y sin derecho alguno lo que es del pueblo, sin que gritos de decididos patriotas, de los que verdaderamente se interesan por la nación, se eleven y proclamen ante el mundo la falsía de esos ambiciosos gobernantes.

No acataremos personalidades; no irá nuestra Hoja a envenenar el ambiente en el hogar doméstico, ni a perturbar la tranquilidad de individuo alguno. Una misión algo más elevada está reservada al periodismo: difundir la instrucción entre las masas populares; defender los derechos del pueblo, que estando en la ignorancia se deja engañar por los que haciéndose llamar patriotas, no más que explotadores de esa ignorancia, esos son los principales deberes del verdadero periodista.

No tan sólo la política ocupará nuestra atención: que en vano nos esforzaremos, en vano predicaremos por dar una dirección algo hacia la moral, algo hacia la legalidad a los negocios públicos, que siempre quedará en el cieno lo que en el cieno nació; que nuestra pobre patria se está devorando en su base por un fuego lento pero progresivo que la hará derribar, que hará sepultarse en las tinieblas a la Quisqueya desgraciada, pasto infeliz de tantos sangrientos cuervos. Nosotros, con el ardor patriótico que dilata nuestro pecho, buscamos y experimentamos con el periodismo un remedio para nuestro triste país que muere exhausto de sangre, un elixir que vuelva las fuerzas, la juventud, la vida a la desfallecida República. Por eso trataremos también en nuestra humilde Hoja, en cuanto nuestras escasas facultades nos lo permitan, de las riquezas naturales de nuestro suelo, de las industrias, comercio y especialmente de la instrucción.

De la instrucción, sí, que ella será el medio más eficaz de conducir a la Patria a la conquista de la corona del triunfo; que la instrucción es y será siempre la preciosa llave con que debemos abrir el deseado paraíso que espera a la patria de tantos héroes y mártires...

*El Centinela* estará, pues, alerta siempre, observando y vigilando los intereses del pueblo para dar cuenta a éste de lo que con ellos hacen sus gobernantes y delatar a los malos hijos que traten de sacrificarla.

Saluda con sinceridad, *El Centinela*, a todas las instituciones de la República; a los periódicos nacionales y extranjeros, deseándoles una ilimitada vida; y esperando que el nuevo año sea de prosperidad y dicha para la República toda.

## Editorial del Núm. 2 de *El Centinela*

¡Es hora ya! Es hora ya de que con febril entusiasmo nos preparemos para celebrar el aniversario de nuestra gloriosa independencia.

Es hora ya de salir de la inercia en que vivimos, de animarnos patrióticamente y probar al mundo que el hijo de este suelo es celoso de su independencia, y sabe apreciar como se debe la preciosa libertad que a costa de tantos sacrificios, de tantos martirios y tanto heroísmo, pudieron conseguir y legarnos nuestros antepasados.

El “27 de Febrero” se acerca; no es posible que nuestros corazones permanezcan insensibles ante el recuerdo de nuestras pasadas glorias; que el verdadero patriota siente arder su sangre en esas fiestas en que la conciencia se regocija.

No debemos desanimarnos: además del esfuerzo que haga cada uno de los verdaderos ciudadanos, de los que se interesen por la patria, deben el Ayuntamiento y el Gobierno votar una regular suma; que mucho mejor es gastarla en obra como ésta, que malgastar la Hacienda en raciones y sueldos a generales holgazanes; pues eso de repartir el dinero que pertenece al pueblo, ocasiona un gran perjuicio al país, permitiendo el ocio de unos tantos que sólo aspiran a conquistar un grado en la milicia, para vivir del pueblo sin siquiera prestar el más pequeño servicio. Honra mucho que el gobierno, interesado por mantener siempre vivo el celo patriótico del pueblo dominicano, celebre como se debe y como se hace en los pueblos civilizados, el aniversario de su advenimiento a la categoría de pueblo libre.

El mismo entusiasmo que muestran los individuos, el mismo dinero que se gasta en las llamadas *fiestas de barrios*, empléese en la celebración de esta fiesta patriótica; no permanezcamos sordos a la voz de la conciencia, y en ese día en que se agolpan a la mente los martirios y la grandeza de los fundadores de nuestra patria, dejemos ver nuestro odio a la tiranía y nuestro amor a Quisqueya libre.

20 de febrero de 1885.

## Nuestros poderes

Expongamos aquí a grandes rasgos lo que llenaría innumerables páginas, que serían de vergüenza para el inerte pueblo y anatema para sus gobernantes.

A diferencias de todos los demás pueblos que son o pretenden ser libres, la República Dominicana cuenta cinco Poderes; cinco que de Poderes sólo tienen el nombre, pues funcionan bajo la voluntad de cualquier ambicioso gobernante.

Estos poderes son: el Ejecutivo, el Legislativo, el Judicial, el Cacicazgo y el Protectorado. Sucede generalmente que el primer magistrado de la nación es elegido a fuerza del oro derramado por algún influyente generalísimo, quien, no queriendo cargar la responsabilidad que lleva todo Presidente o jefe de una Nación, se interesa por elevar a ese puesto a un favorito, el cual es desde entonces el espejo reflector de sus siempre egoístas y malévolas ideas. No siendo el Presidente más que un afortunado esclavo de aquel que lo eleva a ese honroso puesto, tendrá que proclamar como suyos los proyectos de su amo, y aceptar obligatoriamente las proposiciones de éste; luego, el primer poder del Estado es el Protectorado.

Este último y el cacicazgo son los únicos poderes independientes; todos los demás guardan una tal dependencia entre sí, que el Legislativo y el Judicial son como espantajos para aparentar una organización política igual a la de las verdaderas Repúblicas.

El poder del cacicazgo está en manos de dos o más caciques; cada uno de éstos es rey en su provincia, y ni el Poder Ejecutivo puede someterlos a la obediencia. Es tal el poder de esos caciques,

que las provincias a su mando sirven a veces como de templos de salvación a los prófugos criminales que logran llegar a ellas. Y ¿quién evita esto? ¿Quién evita que esos odiosos caciques, para dar pábulo al crimen, se opongan a la libre acción de la justicia, protegiendo a los bandidos que han podido fugarse y haciendo de ellos coroneles y generales? Y así, a pesar de ser para el corazón patriota el más odioso y criminal de los poderes, el cacicazgo se puede considerar como el segundo de la República Dominicana.

Viene ahora el Poder Ejecutivo que a pesar de estar vergonzosamente subordinado a los dos primeros, es como el árbitro de las decisiones legislativas y judiciales: es la Dictadura enmascarada. No hay Congreso, por más que esté formado por hombres que conozcan sus deberes y sus derechos, que pueda oponerse a las diabólicas maquinaciones del Ejecutivo, sin que lleve un indigno castigo de su patriótica oposición.

Lo hemos observado varias veces; lo vimos en 1880 cuando, con un cinismo nunca visto y sin respeto a la libertad, derrocaron al Congreso para proclamar la Dictadura y decretar la pena de muerte. Esto, que a los ojos del pueblo ignorante no significa nada, a los de los hombres de conciencia indica el más ignominioso de los hechos políticos; porque indica un abuso de la ignorancia de un pueblo; indica la ambición, el egoísmo de los que aparecerán en la historia como réprobos –causantes de la desgracia de un pueblo.

Y del poder Judicial ¿qué diremos? ¡Nada! Porque nada puede decirse de este pobre Poder que vegeta bajo la influencia directa de los demás poderes.

Esta es la organización de esta venturosa República que el genio del mal guarda entre las garras de un sinnúmero de hambrientas panteras.

*El Centinela*, 20 de febrero de 1885.



## Editorial del Núm. 3 de *El Centinela*

¿Por qué ese miedo? ¿Por qué pasar por la vergüenza de consentir que los que con una fama mal adquirida de valientes; los que se tienen por influyentes, sólo porque pueden disponer a su antojo de tres o cuatro aduladores, consideren la patria como una propiedad que nadie les puede disputar?

¿No revela ese consentimiento hasta los ojos del mundo sensato, un miedo que las autoridades legítimas de la nación tienen a esos influyentes, que no son, en realidad, más que elementos de desorganización, y causa primera del estado de retroceso de este pueblo?

Con gran pena lo decimos, para recoger buenos frutos es necesario limpiar al árbol de todos los insectos y yerbas malas. Esto quiere decir, que para llegar al fin que los patriotas se proponen, es necesario que desaparezca esa informal plaga de ladrones; es indispensable que se ahuyente a tantos ambiciosos que, sin escrúpulo alguno, han venido siempre, y que cual langosta en un campo verde, devoran la patria, y sólo se retiran a gozar muy satisfechos, cuando la ven sin fuerzas para restaurarse y salir del abismo en que la hunden esos hombres sin conciencia.

Creer algunos que sólo permitiendo que los que se llaman políticos traten a la patria de esa manera puede afianzarse la paz y asegurar a la patria un venturoso porvenir. Pero esa creencia indica que la paz y el porvenir de la República están en manos de esos boapolíticos, y que estos, con su poder y su palabra, pueden destruir toda la ilusión del patriota. Y es muy vergonzoso que todo un pueblo que se precia de libre, se deje

manejar tan villanamente, y permita, con su silencio e inacción, que tantos bandoleros sacrifiquen la patria, y consideren la Hacienda pública como su hacienda particular.

Hemos oído decir que nada más se va a pagar a los empleados, la mitad de los sueldos de los meses atrasados; no debe suceder así, pues hay empleados que con el miserable sueldo que consiguen a costa de tantos sudores, tienen que sostener una numerosa familia; y sería un crimen el privar a algunas familias del sustento por no oponerse a que algunos generalísimos desfalquen la Hacienda y la dejen exhausta.

Por no pecar una vez más, como tantas veces pecan nuestros gobernantes, deben privar de su sueldo a tantísimos holgazanes que, ya como oficiales de escolta de algún general retirado, ya como capitanes o comandantes sin servicio, pasan la vida más alegre que pueda darse paseando y viajando a costa de la nación, y siempre gozando del crecido sueldo que han obtenido en pago de alguna traición o de algún asesinato.

Si se emplearan los fondos públicos con economía y honradez, no se vería la República, como ahora se ve, con tantas deudas, ni habría necesidad de apelar a empréstitos que empeoran cada vez más la situación del pueblo. Si queremos que la República progrese, si deseamos obtener el título grandioso de libres, si no dudamos que con el trabajo se logra todo esto, trabajemos material y moralmente, y trabajemos porque los gobernantes de hoy y del futuro se porten bien, y se hagan dignos del aprecio y gratitud del pueblo.

7 de marzo de 1885.

## Nuestra opinión

Con las más sanas y puras intenciones es que exponemos nuestro humilde parecer, al leer la comunicación dirigida al ciudadano Fidelio Despradel por la Junta Directiva de Moca. Esta comunicación, publicada en *La República*,\* en su número 54, expresa la patriótica pretensión de constituir a Moca y las comunes adyacentes, en una provincia que coadyuve, con las demás, al progreso de la República.

Nada más santo que convertirse en obreros de la civilización; nada más digno del aplauso general, que los mocanos anhelan ser de los que conduzcan a la patria a las más altas cimas de gloria y de ventura. Pero hay algo que objetar:

Es muy notorio que los fondos de la nación no son bastantes para satisfacer las necesidades de esto y la ambición de sus gobernantes; todos sabemos que cada día más van pesando sobre la República deudas crecidísimas, que nunca, si seguimos así, se saldarán; y es del dominio de la razón de todo el mundo, que la capital tiene que ayudar muchas veces, a todas las demás provincias, en los muchísimos gastos que estas ocasionan.

Y como no puede tener vida de provincia el territorio que no tenga el suficiente número de pobladores, ni desarrolladas el suficiente número de industrias para sostenerse económicamente independiente, opinamos que Moca no puede ni debe

\* Periódico que dirigía en Santiago el tribuno Eugenio Deschamps y Peña. Enemigo declarado del gobierno de Ulises Heureaux. Era vocero de la sociedad La Trinitaria. La colección del mismo puede verse en el Archivo General de la Nación y en la hemeroteca del Ateneo Amantes de la Luz. (Nota del editor).

ser provincia, mientras no deje de estar en las condiciones expresadas anteriormente.

Harto cansados estamos ya de tantos caciques; muy fastidiados nos encontramos teniendo que soportar que los gobernadores se apropien todas las entradas de las provincias, que muy bien pudieran servir para el ensanche de las industrias y el aumento de la producción.

Y si Moca, sin industrias urbanas ni rurales, y por tanto, sin fuerza económica alguna, se hace provincia, tendrá la Capital que atender a muchos más gastos; entonces, como consecuencia inmediata, aparecerán hombres que ambicionen el mundo de aquella, y todo lo que de esto resultare vendrá en perjuicio de toda la nación.

Por estas y muchas más razones es que pensamos que primero deben los mocanos trabajar mucho, fomentar la agricultura y demás industrias de primera necesidad, para entonces poder, sin que nadie le rechace, formar parte de la República como provincia productora y progresista.

*El Centinela*, 7 de marzo de 1885.

## Tiranía y libertad

Desde que, por las evoluciones del planeta se dio en este la vida y nació el hombre para desgracia de sí mismo y complemento de la naturaleza, apareció en la razón la necesidad de cumplir con el deber del trabajo, y nacen las sociedades y las sociedades trabajan; se busca, se tantea, se escudriña para satisfacer las necesidades individuales, y con ellas, las pocas necesidades que tenían entonces las sociedades. Eran pocas las necesidades, y sin embargo, mucho el trabajo; el hombre, sin aspiraciones, sin ilusiones, vegetando como el animal, trabajaba por atender simplemente a sus primeras necesidades materiales.

Y ¡oh desesperadora verdad para nosotros! Era feliz: feliz porque cual el ave que extiende alegre sus alas y alza ligera su vuelo, sin temor a que algún atrevido cazador le arrebatase su vida, el hombre vivía y moría sin sufrir en esta tierra; trabajaba como el animal, porque no sabía abrigar en su corazón ninguna esperanza lisonjera, ni aspiraba a otra dicha que la dicha brutal de comer y descansar.

Así es, que en las sociedades trabajaban los hombres para sí y no para todos también. Entonces, el espíritu conservador impelió a cada uno de los asociados a garantizar los productos sazonados con el copioso sudor de su frente, y la sociedad creó su gobierno: en beneficio de cada uno y de la sociedad, después cada individuo una parte de su soberanía absoluta, y la libertad de un hombre se vio limitada por los derechos de otro.

El gobierno, pues, no es más que una institución que dirige los negocios de la sociedad, hace cumplir las leyes y garantiza los intereses de los individuos. Y sin embargo, formándose el

gobierno, nacieron las pasiones; naciendo las pasiones, nació la esclavitud. Nació la esclavitud: porque el que mereció la confianza del pueblo para que lo gobernase, que no servía más que para velar por los intereses públicos, creyó que éstos debían ser sus intereses particulares; no era más que ejecutor de las leyes, y pensó que no debía haber más ley que su propia voluntad.

La ignorancia produjo todo esto: donde no hay luz, no hay vida; donde la inteligencia no luce sus preciosas fortunas, merece la libertad, muere la dicha muere el porvenir de las sociedades. Si hubieran muerto las sociedades, si en medio de tantas tinieblas de ignorancia y tiranía, no hubieran aparecido, de cuando en cuando, individualidades que trataron de arrancar a la naturaleza los secretos que esta encierra, y de fijar entre los límites de su cerebro a la creación entera. Estas individualidades, comprendiendo que el pueblo gemía sin saber por qué gemía, trataron de dar al pueblo que del pueblo lo era, y sucumbieron víctimas de los furores del tirano; entonces prevalecía, como prevalece ahora en este país, la fuerza sobre el derecho.

Mas como no de un solo golpe se matan las semillas de la verdad y el bien, llegó, para todos los pueblos, otra era trascendental: la era de la libertad, de la luz, rotas las vendas que mantenían cerrados los ojos de la razón, la libertad fue, y los tiranos, al parecer, desaparecieron.

Se fue la esclavitud; y con ella, la ignorancia; vino la libertad, y con ella la luz que necesitan los pueblos para llegar a la elevada cima del progreso.

Esto, hablando de la humanidad entera.

Hablando del pueblo dominicano, ¿ha podido gozar de libertad desde que, con la energía propia de un pueblo de gigantes, rompió el yugo a que durante 22 años estuviera unido? ¡No! Porque no en todas partes en todos tiempos las reacciones patrióticas triunfan. La ambición, esa presión feroz, que entre sus muchos y desastrosos efectos obliga a algunos hombres a anteponer sus intereses particulares, a los de la nación, es la madre de las tiranías; la odiosa ambición es la que ha hecho que todos sus gobernantes hayan convertido esta tierra, en una patria de desgraciados.

Los que se interesan por el progreso de la patria, los que conocen sus deberes, para con ella, deben trabajar sin descán-

so por guiar y dirigir al pueblo por el verdadero camino de la libertad; la instrucción. Cuando veamos realizados nuestros sueños, cuando ya la turba sea sociedad, cuando todos los hombres que pueblan el globo conozcan sus deberes, entonces sólo podremos exclamar llenos de gozo: *¡el mundo todo es para todo el mundo!*

*El Centinela* Núm. 3, 7 de marzo de 1885.





## Editorial del Núm. 4 de *El Centinela*

¡Cómo se indigna el corazón patriota al leer las osadas palabras con que *L'OEil* se atreve a atacar la dignidad de todo un pueblo libre!

Y ¿cómo soportar sin excitarnos, las injuriosas frases con que ese periódico, espejo fiel de las absurdas e intolerantes ideas políticas de un pueblo esclavo, atenta a nuestra honra, sin que probemos que nuestra patria sabe alzar su altiva frente y castigar al que destruir intente todo el hermoso edificio de libertad y gloria que construyeron nuestros padres a precio de su sangre?

¡No conducirán jamás a nada bueno las ideas forjadas por cerebro esclavo! Los que antes gemían bajo el látigo francés, y esclavos son ahora de su propia ignorancia, gritan y disienten por conseguir lo que no les pertenece; el pueblo haitiano, escoria exótica de nuestra isla, que a no haber sido por los colonos franceses tuviera por suelo un estéril campo del África salvaje, pretende conservar lo que de derecho nos pertenece, y que sólo tiene en su poder por las engañosas estrategias de un indecente plan.

Ya lo esperábamos: no eran muy buenas las intenciones que animaban a los haitianos cuando soltaban tan mansamente su dinero en manos de los emisarios de nuestros gobiernos; dinero que nunca debimos aceptar, por más que fuera el pago de los perjuicios ocasionados con el comercio de las fronteras. Demasiado sabían los hombres de alguna idea que no debíamos esperar nada bueno de un tratado no fundado en las verdaderas bases del derecho y la legalidad.

La mayor culpa de tan grande mal la tienen nuestros gobernantes, pues éstos no debieron nunca llevar su ambición hasta el

punto de, no contentos con los fondos nacionales, tratar de saciarla con dinero haitiano, un dinero que quema nuestras manos. Y como que si llegara a armarse la contienda, por más que alcancemos más glorias y triunfos que en la de la Separación, no dejará de perjudicarse nuestro país porque toda guerra trae tras sí la paralización del progreso, ésta se deberá a la negligencia de nuestros inútiles gobiernos; ¡y otro borrón más envuelto entre púrpura de glorias, registrará la historia de este pobre pueblo!

Mucha razón tiene *L'OEil*: debe caducar el tratado impopular, que sólo con hombres, no con chimpancés, sólo con pueblo, no con manadas, es que debe tratarse. Debe caducar aquel tratado; pero ceder los terrenos que nos legaron Aranjuez y el 44, ¡jamás! Que un mar de sangre inunde nuestros campos antes que el grosero haitiano goce con nuestra deshonra y desgracia.

Debe llegarse a una solución definitiva por cualquier medio. Nada de enviar comisiones, que no conseguirán nada; esperemos que vengan enviados de allá, que será mucho mejor. Y mientras tanto, ya que se ha sabido buscar dinero para pagar los gastos de elecciones, y aplacar los ánimos revoltosos, y sostener numerosos Estado Mayores, y complacer a todo el mundo, y guardarse la mayor parte, búsquese ahora para abastecer nuestros arsenales; pues así como vamos, estamos expuestos a una sorpresa de los zorros de Occidente.

Sí, zorros; porque sólo a manera de éstos o de lobos hambrientos fue que se apoderaron, en el año 1822, de esta parte del Este; y en vez de atender a sus necesidades y velar por sus bienestar durante un cuarto de siglo, como dice *L'OEil*, la mantuvo durante un cuarto de siglo bajo la más degradante presión, y sólo la dignidad herida de tres o cuatro héroes impidió que esos esclavos dueños acabaran con la poca de fuerza vital que aún quedaba al moribundo pueblo.

Como zorros también es que han ido atrapando poco a poco, los territorios que de ningún modo se cederán y que tendrán que devolvernos aunque sea a fuerza de sangre.

Todos debemos desear que se decida pronto esta cuestión: y todos debemos repetir a cada paso, las palabras de Jules Fabre: “Ni una pulgada de territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas”.

## Editorial del Núm. 5 de *El Centinela*

En estos tiempos sufre la República una insoportable crisis; todo viene a aumentarla: la alarma producida por los movimientos militares de nuestros vecinos del Oeste; los compromisos del Gobierno con las compañías de préstamos, y el descalabro de las industrias.

Como que no podemos continuar del modo que vamos; como que es de todo punto indispensable que, para seguridad pública y tranquilidad del pueblo, trate el Gobierno de procurar armas y todo lo necesario para la defensa en caso de ataque; como que no puede el Gobierno continuar sin pagar su sueldo a los empleados públicos; como que estamos en la precisión de acreditar la nación, tanto en el interior como en el exterior, saldando las deudas que la República tiene contraídas; por éstas y otras muchas razones nos aliamos a la idea expresada por *El Teléfono*, al hablar de la proposición del diputado Pichardo.

Nada de superfluo, que a nada bueno conduce. Si en vez de racionar a tantos holgazanes se economizara, no para ver desaparecer las economías nacionales sin saber adónde van, sino el beneficio público, ya habría esperanzas de salvación para la República.

Por esas razones pensamos como *El Teléfono*, que la supresión de los gastos superfluos es una “medida salvadora”.

21 de abril de 1885.



## Editorial del Núm. 6 de *El Centinela*

En medio de las inefables emociones que experimenta todo hombre de irreprochable conciencia y libre reflexión al pensar en el progreso, aunque lento, de la República, no dejan de aparecer, de momento en momento, en nuestra imaginación ideas que despejan y encrudecen esas emociones, y casi nos quitan las esperanzas que teníamos del futuro engrandecimiento de nuestra patria.

Una de esas ideas es la de que el patriotismo, bien entendido, no se alberga en corazón dominicano salvo unas pocas excepciones.

Para probar esta última verdad, no tenemos más que estudiar tanto al individuo como a la sociedad, tanto la conciencia y el corazón de aquel como el gobierno de ésta.

El patriotismo en la mayor parte de los individuos, es nada; ese que notamos en ella no es más que un entusiasmo de momento; un instrumento artificial que nace y muere en un segundo, cual exhalaciones bellas que aparecen en el cielo y desaparecen sin detenerse en nuestra atmósfera.

Así lo vimos en las fiestas del 27 de Febrero; en otros tiempos, ni siquiera se dejaba ver en ellas una ligera demostración de la existencia de ese sentimiento sublime que llamamos patriotismo; más tarde, y no sabemos por qué causa, se despertó en todos los ánimos un entusiasmo ardiente, y en todas partes se recordaban los nombres de los héroes de Febrero: se cantaban himnos, y se hacía todo lo que debe hacer y hace todo pueblo culto en un día de júbilo nacional. Y ahora empieza a decaer ese entusiasmo, y ahora no vemos lo que vimos antes, y

ahora vemos probado que ese patriotismo fue cosa de momento. Porque si bien es verdad que los movimientos haitianos produjeron en todos los pueblos de la República una excitación digna de un pueblo verdaderamente libre, también es verdad que ser patriota no consiste solamente en estar dispuesto a defender el suelo patrio contra toda dominación extranjera. No, si tenemos patria, aquí el patriotismo debe notar en el exacto cumplimiento de los deberes para con ella; y no sucede así cuando llega el momento de que los individuos presenten con honradez un servicio a la patria, no se encuentra ni se puede escoger entre los dominicanos un patriota. Por eso sucederá lo que ha sucedido siempre y lo que estamos viendo ahora: los gobiernos desfalcadores, que sin conciencia hacían de la Hacienda una mina particular, son la causa de que ahora que necesitamos que la República tenga sus arsenales bien provistos, no pueda suceder por falta de dinero: por eso llegará el día en que la República se vea en peligro y tal vez entonces sea tarde para remediar el mal que se ha hecho.

Y no es eso sólo: lo que causa más indignación es que aquéllos que no pueden tener justificación ni a los ojos de un ignorante, traten de justificarse por medio de la prensa, llamándose patriotas cuando no debían merecer ni el pan que comen.

No queremos decir con todo esto que nuestro suelo produce patriotas; no, desgraciado de él si así sucediera; lo que creemos es que si el patriotismo existe, se encuentra en el corazón de alguno de esos hombres que están retirados de la vida política, y que desconocidos así, sólo sirven y sólo aparecen en los momentos críticos de la patria.

2 de mayo de 1885.

## A Numa Pompilio

Hemos tenido, más que la satisfacción, el placer de leer en *El Independiente*\* un artículo en que el apreciado Numa Pompilio, introduciendo su pluma libelista en discusiones que no puede apreciar sino bajo el punto grotesco del chisme y la maledicencia, nos insulta a su acomodo.

Antes que otra cosa, nos dignaremos decir que el libelista del *Independiente* o no nos comprende o estaba ciego por la pasión; y para que así lo comprenda, explicaremos la causa de nuestra discusión con el Sr. Reynaldo (así lo vimos firmado en el *Ciclón*\*\* Núm. 9). En el Núm. 3 de nuestro periódico, nos atrevimos, con una decencia que no deja traslucir el Sr. Pompilio, a expresar nuestro parecer acerca de la cuestión Moca; no eran *despropósitos* lo que se veía en ese artículo; no; nosotros supimos, como siempre, emitir nuestras desapasionadas ideas como lo hizo toda la prensa. Y como que nos opusimos a que Moca fuera provincia *ahora*; como que nos atrevimos a contrariar las tal vez codiciosas pretensiones de algunos que no escriben con *hiel*; como que contrariando esas pretensiones, quizás nos oponíamos a que alguno de los que *se abstiene de entrar en discusión con escritores de nuestra calaña*, adquiriese en lo futuro un productivo puesto en la que ya es casi provincia; el Sr.

\* Periódico político que comenzó a publicarse en Moca en marzo de 1885, bajo la dirección de su propietario Miguel Joaquín Alfau y que contaba con la colaboración de Eugenio de Córdoba y Vizcarrondo. Abogaba por la elevación de Moca a provincia. (Nota del editor)

\*\* Periódico político, literario y de intereses generales que circuló en Santo Domingo en diciembre de 1884. (Nota del editor).

Reynaldo refutó nuestras ideas, y como consideramos como un insulto que este señor dudase de *nuestras sanas y buenas intenciones*, nosotros supimos dudar todo lo que dudamos en nuestra contestación del Núm. 4; y lo que hicimos fue devolver “ojo por ojo y diente por diente”.

No sea tan ilógico el Sr. Pompilio: ¿cómo es que siguiendo en la corriente de los insultos desvergonzados, se atreve a mal decir de los que como él militan en las filas del periodismo *torpe y licencioso*?

Ahora, en cuanto a que nosotros escribimos con la negra hiel de la pasión, lo aceptaremos después que se nos pruebe con poderosas razones, y no con díceres de pluma licenciosa. ¿Podrá decirnos don Numa qué beneficios nos vienen abogando en pro o en contra de la causa Moca?

Nos parece que no; mientras que ¿quién podrá asegurar que Numa Pompilio no busque en Moca una nueva Roma? ¿Quién negará que es muy probable que después de conseguido el PROVINCiato, se conseguirá para el mocano Pompilio una gobernación, una diputación o una Administración de Hacienda? Entonces, ¿quién será más apasionado, el que no espera nada o el que...? ¡Ya veremos! ¿Cuál pluma escribe con hiel? ¿No será arrastrada por la mano del gavilán que se prepara a lanzarse sobre la pobre Moca?

Y bien, para evitarle discusión con nosotros, y antes de congratularse por su pronta adquisición de independencia mocana, nos serviremos plagiar:

Promete ese escritor

Ópimo fruto

¡Ay! ¡Ay! Qué bruto es,

¡Ay! ¡Ay! ¡Qué bruto!

*El Centinela*, 2 de mayo de 1885.



## Editorial del Núm. 7 de *El Centinela*

Triste, muy triste es la situación del país; duro, muy duro el castigo de sus muchos desvaríos. Tan triste la situación y tan duro el castigo, que el general Gregorio Billini, después de ocho meses y medio de inútiles esfuerzos, entregó las riendas del poder al vicepresidente Alejandro Woss y Gil, el sábado diez y seis del presente mes.

¿Por qué? ¿Acaso no pudo el general Billini conquistar la gloria de gobernar leal, pacífica y honradamente el país por el corto período de dos años? No: no pudo o no quiso.

Cuando en primero de septiembre del año anterior vimos al general Billini subir a la Presidencia por el voto, aunque no por la voluntad, de la mayoría del pueblo dominicano, creímos ver en él el hombre verdaderamente apto para dirigir los destinos de la nación; pero ahora, que lo vemos acobardado ante la situación del país, que esquivo la responsabilidad y cede su puesto, no dejamos de comprender que nos habíamos equivocado. Porque si el general Billini, creyendo irresoluble la cuestión económica, considerando insostenible la actual situación del país, se retira del poder, es natural comprender que aceptó el puesto que el pueblo le daba, halagado tal vez por la esperanza de encontrar muy poco trabajo y muy pocas dificultades que vencer.

No es de nuestro parecer que nazca bien alguno de esa renuncia tan sin sentido; ¡quizás los males que ocasione este acto casi reprochable de la vida política del que fue presidente pocos días atrás!

Nunca negaremos que el general Billini llevara al poder las mejores intenciones; nunca llegaremos a dudar de sus ideas

de progreso y libertad; demasiado comprendemos que su más cara aspiración era, y tal vez sea, esforzarse por conseguir el progreso y el engrandecimiento de la patria: pero lo que creyó necesario para salvar su dignidad como hombre y como político, no lo podemos considerar sino como un error quizás funesto para la República.

Si desde los primeros momentos de la crisis el general Billini hubiera retirado las asignaciones al indefinido número de generales y *generalazos* y generales holgazanes; si hubiera cimentado la paz sosteniendo un pequeño pero disciplinado ejército, en vez de mitigar el desorden con puñados de dinero; si no hubiera dado oído a las exigencias antiliberales de los caciques; si, con esa política regeneradora hubiera atraído a su lado a los hombres sensatos, de seguro no se vería precisado a abandonar el poder, y habría ya acabado con todos los elementos de desorganización que abundan en el país.

¿Y cambiará la situación del país con la renuncia del Presidente y sus ministros? No lo creemos; podrá sostenerse el nuevo gobierno durante tres, cuatro o cinco meses, pero al fin volverá a encontrarse en los mismos apuros del anterior; podrá, si emplea un método capaz de conciliar todas las contrariedades, contener los desastrosos efectos de la crisis; pero al fin sucumbirá.

Si como ha comenzado sigue, no hay duda que quizás pueda remediarse en algo la apurada situación. No se puede negar que se ha hecho muy bien retirando las asignaciones a los cuerpos de Estados Mayores, que eran muchos, y rebajando la mitad de los sueldos de todos los empleados públicos, desde el Presidente hasta los copistas de las oficinas; todo está muy bien pensado, y si todas las medidas que se tomaren fueren parecidas a éstas, podríase encontrar la solución del gran problema que preocupa todos los pensamientos.

¡Lástima grande que siempre que se trate de cuestiones semejantes, ande el *Genio del mal* mezclado en ellas!

¡Lástima que el país no se avergüence de conservar en su seno magnates y caudillos que mueven a su voluntad los resortes de nuestra política, convirtiéndola en la política rastrera y especuladora de los pueblos más corrompidos!

## Editorial del Núm. 8 de *El Centinela*

Los pueblos que ambicionan la libertad deben, en todas sus manifestaciones de vida, hacerse dignos de aquella noble aspiración; los que como el nuestro, vegetan fuera del dominio de la vivificadora luz del adelanto, sólo conseguirán al fin de su loca carrera, haberse hundido en el abismo insondable del olvido.

¿Y qué remedio para tan grande mal?

Por ventura, si es verdad que vamos rodando por la horrorosa pendiente de la corrupción y la ruina, aún no hemos llegado a la fatal sima; aún podemos detener el impulso que nos lanza por ese despeñadero de pasiones mezquinas; aún puede el pueblo despertar y sacudirse, y comprender el mal y emprender el bien. Todo, con buena voluntad y trabajo; nada sin abnegación y patriotismo.

Todas las naciones que han llegado a asimilarse la ilustración y que figuran como civilizados y libres, han tenido sus momentos de pruebas y de angustias; todas ellas han pasado terribles situaciones pero todas han demostrado que el patriotismo de los hombres arranca a los pueblos de la inercia para colocarlos en la vía del progreso.

¿Por qué, pues, no hemos de sacrificar nuestro reposo, nuestro bienestar, nuestra vida si posible es, en aras de la libertad y el bien común?

Nada haremos con observar los males del presente, si entusiastas no preparamos con ardor los bienes del porvenir; nada conseguiremos lamentando las desgracias de nuestra amada patria, si no nos preparamos a mejorar su situación.

Reclamemos nuestra libertad; pidamos para el pueblo lo que es del pueblo, y no permitamos que individuo alguno, capaz de obtener el poder por la fuerza, coarte nuestros sagrados derechos; háganos fuertes y venceremos.

Así lanzados a la lucha, nada nos arredre; que nuestro eco haga temblar a los tiranos, y no temamos que su furor caiga cual torrente de lava sobre nosotros, que sucumbir por la Patria es muy glorioso y muy digno.

¡Luchemos y adelante!

¡No exigimos imposibles, no; sólo pedimos a cada ciudadano un poco de buena fe y la decisión necesaria para acabar con los tiranos de nuestra tierra!

Mas, así como exigimos a cada ciudadano el cumplimiento de sus deberes, exigimos del Gobierno honradez en el manejo de las rentas públicas.

Han transcurrido muchos años de anarquía y de barbarie; ha sido muy dilatada la época del pillaje y del desorden político, y ya el pueblo empieza a despertar y a comprender cuán funesto es su sueño, y pide a gritos lo que es suyo, y desea con ardor que concluyan tantas arbitrariedades y tantos señores.

Y nosotros, constituidos en decididos defensores de nuestro pueblo, queremos su bienestar, y no dejaremos de atacar todo lo que contrario sea al buen régimen gubernativo, todo lo que el egoísmo y la codicia de los gobernantes sea capaz de hacer.

Desde que el pueblo dominicano se presentó ante el mundo como nación independiente, nunca se ha visto dirigida por un gobierno digno de su confianza; nunca ha tenido la dicha de verse gobernado por hombres verdaderamente honrados y patriotas, hijos de su deber y deseosos de sacrificarse por la Patria (sólo podemos hacer una excepción).

Siempre ha estado nuestro pueblo envuelto en guerras fratricidas provocadas por la ambición de muchos de sus hijos, y estas guerras lo han conducido hasta la triste condición en que hoy se encuentra.

Hoy parece que cansado de tantas guerras, avergonzado de ser víctima inconsciente de la codicia de sus hijos, empieza el pueblo a ensayarse en la práctica de la Democracia; pero no han desaparecido todavía los ambiciosos, y mucho trabajo costará llevar al poder a un hombre liberal, amante de su Patria, a

la vez que con la energía suficiente para aplastar toda tentativa de guerra y anarquía.

El Gobierno actual ha comenzado por hacer economías con el fin de salvar el país de la crítica situación por que atraviesa; si el general Gil no contara con un apoyo tan peligroso y funesto, que puede, en vez de sostenerle para el bien, dirigirlo al mal; si el general Gil, decimos no tuviera tras de sí sombra alguna que lo eclipsara, de seguro podría conducir el país por buen sendero.

Mientras tanto, esas economías, esas privaciones sólo servirán para que un magnate envuelto en sombras funestas, se lucre villanamente y se retire a gozar muy satisfecho.

Esto lo decimos porque lo hemos visto en ocasiones no muy remotas, y quiera Dios que tal cosa no suceda.

Se rebaja el sueldo a los pobres empleados subalternos: si se hace con buena fe, muy bien; pero si esos ahorros vienen a redundar en provecho de algún magnate poderoso e influyente, ¡que la maldición del mundo y de la historia caiga sobre él y sobre sus cómplices!

17 de junio de 1885.



## La paz se altera

Cuando reina en los pueblos la abundancia, y el trabajo se presenta en todas partes, los ánimos se encuentran tranquilos en la confianza del progreso; mas si la crisis se presenta cual negro velo a ocultar toda esperanza en el porvenir; si el trabajo escasea y las industrias decaen, entonces el espíritu revolucionario cunde por campos y poblaciones, y la estabilidad del orden y la paz peligran.

Esto es lo que pasa en nuestro país; mientras el afán de trabajar animaba a todos los ciudadanos; mientras más crecía la confianza en el progreso, menos alimentaban las conciencias de los hombres la idea de revolución. Pero ahora, ¿cómo no ha de encontrar eco la voz de los ambiciosos de mando, si la escasez de trabajo y de productos se nota por doquier?

\* \* \*

Según noticias que circulan, la noche del domingo 28 era la fijada para dar un golpe revolucionario que debía traer al país funestas consecuencias. No estaba desapercibido el Gobierno, y apareciendo el general Cesáreo Guillermo como cabecilla de la revolución, el gobernador, con un grupo de soldados, se presentó en la morada de aquél, intimándole a que se rindiese. Pero aquel caudillo logró escapar disparando sobre las autoridades varios tiros de revólver, los cuales le fueron contestados por descargas de los soldados; estas descargas ni siquiera tocaron al general Guillermo, y sí fueron a herir a su esposa y a dejar instantáneamente muerto al señor John J. Platt, honrado

ciudadano norteamericano que estaba establecido en el país hacía algunos años.

¡Oh desgracia! ¡Un pacífico extranjero siendo víctima de los desórdenes de nuestro país! ¡Y la paz se altera, y los desastrosos efectos de la guerra fijarán su horrible asiento en nuestra desolada tierra!

Cuando más ilusiones acariciábamos sobre la suerte de nuestro país, negras realidades vienen a desvanecerlas; cuando más seguros estábamos de que la paz no se alteraría, viene el desgraciado hecho del día 28 a desesperarnos y hacer difíciles el progreso y la felicidad de la República.

¡Oh Patria; cuánta es tu infelicidad! Tus buenos hijos lloran tu desgracia; tú desfalleces en manos de malvados ambiciosos; los que ayer creíamos en tu futuro engrandecimiento, comprendemos hoy cuán cerca está tu ruina y lloramos tu desgraciada suerte.

La maldita ambición de malvados caudillos arrastrará al país, sin duda alguna, a irremisible perdición; y no habrá remedio eficaz, si los que trabajan por el bienestar común no hacen un supremo esfuerzo, un generoso sacrificio.

Esa paz tan codiciada por los buenos, y tan estúpidamente conservada a fuerza de oro por el gobierno, se desquicia hoy, dejándonos entrever próximos días de luchas fratricidas; a esa paz comprada que hemos tenido hasta ahora, sucederá la anarquía; al aparente orden reinante sucederá un completo desorden social, si no se toman serias medidas.

No queremos, por lo dicho, que se derrame bárbaramente la sangre de nuestros compatriotas como en la Dictadura del año 81; no queremos presenciar que bajo el amparo de la ley se asesine sin piedad; no; no lo queremos porque no hay necesidad de ello. Para demostrar energía no se necesita derramar sangre: impóngase el orden, hágase respetar la paz, pero sin muerte alguna.

¡Paz sobre todo!

*El Centinela*, 7 de julio de 1885.



## **Economías del Gobierno**

Todos los esfuerzos del Gobierno actual tienen por objeto salvar la honra de la nación, saldando, del mejor modo posible, las deudas que la República tiene contraídas.

Para ello ha empezado por suprimir todo gasto superfluo, y por rebajar el sueldo a todos los empleados.

Varias veces hemos manifestado nuestra opinión sobre este punto; pero ahora hacemos capítulo aparte para tratarlo más detenidamente.

Que el Gobierno actual empezara por suprimir todo gasto superfluo, muy bien hecho y merece los aplausos de la gente sensata. Muchos eran los gastos de esta naturaleza que tenía la nación, y éstos se debían haber suprimido hace tiempo, para evitar los conflictos de ahora. Pero nosotros creemos que las economías del gobierno están llevadas al exceso.

En primer lugar, debiese rebajar el sueldo a todos los que ocupan altos puestos, y no a los empleados subalternos; pues algunos de éstos tienen que atender a los gastos de su familia con el mísero sueldo.

En segundo lugar, creemos que el Gobierno debería ser equitativo; no es el gobierno del general Billini ni tampoco del general Gil los que deben los sueldos a los empleados: es la República. Y esos sueldos son el pago del trabajo de los empleados, y él es para la nación y no para los generales antedichos; luego el Gobierno debe pagar a todos o a ninguno. Y sin embargo, es notorio que a muchos les han saldado sus cuentas, mientras que a otros se las deben.

Esto no debería suceder así, porque todos han trabajado y todos tienen derecho a reclamar lo que es suyo. Si no hay para pagar a todos algo, espérese a que haya.

Además, disposiciones económicas dadas por el Gobierno parece que no surten efecto más que en las provincias del Sur; pues según voces que corren a todos los empleados de las provincias del Norte se les paga, y eso está muy mal hecho.

Lo que debe hacerse es impedir que las autoridades superiores de las provincias se apropien las entradas de éstas, obligando a presentar cuenta exacta de todo lo que entra y sale por las Administraciones de Hacienda, esto sí es de ley.

*El Centinela*, 7 de julio de 1885.





## La libertad perece

La nación garantiza a los dominicanos: la libertad del pensamiento expresado de palabras y por medio de la prensa, sin restricción alguna.

Esta garantía es un ridículo mito, porque esa libertad que nos legaron nuestros antepasados, sucumbe ante la arbitrariedad de los que hoy nos gobiernan. Si esa garantía fuera un hecho en que se pudiera confiar, nunca se hubieran perseguido a los que por medio de la prensa defienden los intereses de la Patria, y se oponen tenazmente a los desmanes del Gobierno.

La libertad es indispensable: el pueblo la pide. Por ella han luchado todos los pueblos del globo, se han inmolado millones de víctimas, y todos los tiranos han sucumbido ante el potente grito de los pueblos esclavos pidiendo libertad.

Ese sublime sentimiento que Dios ha inculcado a todos los hombres, es necesario para el desarrollo de las industrias, el desenvolvimiento del progreso, el sostenimiento de la vida; y aquéllos que abusando cruelmente de la confianza del pueblo, tratan de sacrificarlo todo en aras de su ambición, son déspotas que sólo merecen el desprecio de los hombres.

Nuestra libertad perece porque a un hombre se le antoja; se cometen arbitrariedades, se hoyan nuestros derechos, el país se arruina y se obliga a permanecer en silencio a los que tienen tantos o más derechos a la Patria que los hombres del Gobierno: este es un atentado contra el sentimiento humano.

Pero no tan fácilmente se matan las semillas que el patriotismo ha regado en el corazón de los dominicanos: la libertad subsistirá a pesar de tantas demostraciones de despotismo.

Nuestro pueblo ha comenzado a vivir la vida de la libertad, y no es posible que muera; si esas semillas de libertad parece que no germinan, no es porque hayan muerto, no; ellas necesitan alimento, y nosotros tratamos de dárselo; para brotar y crecer necesitan luz, y nosotros se la buscamos.

El fuego del patriotismo se ha extinguido; él crece y se propaga por debajo de la gruesa y fuerte costra que el despotismo ha formado y ¡ay de cuando aparezca!

Tirano: ¡temed la ira del pueblo! Él duerme pero ¡ay cuando despierte! Comprará con sangre sus derechos; rendirá a los déspotas, y recobrará su perdida libertad. Entonces, sólo entonces habrá paz y verdadero progreso.

Magnates: el pueblo no os ha elevado para que lo sacrificéis; no os ha dado poderes para que lo esclavicéis: él, confiando en vuestra honradez, os ha llamado para que hagáis su felicidad, ¡y vosotros pagáis esa confianza con la más horrenda ingratitud!...

*El Centinela*, 31 de julio de 1885.

# Cuba

Cuba será libre, aunque el soberbio poder de España a ello se oponga: lo quiere la humanidad, lo manda la Providencia.

Cuba, la bella Antilla, envejece en oscura y espantosa esclavitud; pero, no obstante el mar de sangre que aún inunda sus gentiles campiñas, sus bravos hijos se lanzan al combate, y continúan la terrible cruzada que en diez años ha enviado a la tumba a millares de peregrinos de la libertad.

El verdadero liberal siente una gran indignación al pensar en las odiosas hecatombes que se ven en la esclava Antilla; los campos de Cuba se riegan de sangre: sangre noble, sangre de grandes patriotas que van al sacrificio llamados por la libertad. Pero esa sangre que los españoles hacen derramar bárbaramente, esas hecatombes, esos sacrificios de los mártires de la libertad, harán que reviva más y más el patriotismo en el corazón de los cubanos; esa sangre salvajemente vertida, será la precursora de una era sangrienta de grandes combates que darán por resultado la ansiada independencia de Cuba.

La libertad cubana será un hecho: inútiles serán los asesinatos; grandes corazones sirven la causa de la libertad de aquella hermosa tierra, y nada habrá que los arredre y detenga en tan santo propósito.

*Libre o muerto:* estas son las sublimes palabras que todos los patriotas cubanos deben pronunciar a cada instante; y todo aquel cubano que no se apresure a derramar su sangre por la libertad de aquella tierra, merecerá el desprecio universal.

¡Gloriemos a los patriotas cubanos! ¡Viva Cuba y adelante!





## **Textos marginales**



## De actualidad

Santo Domingo  
10 de noviembre de 1893.

Señor director del *Listín Diario*  
Ciudad.

Señor director:

En atención a que en su apreciable diario han visto la luz pública las contestaciones de los señores don Juan Francisco Sánchez, don Félix Mariano Lluberes, don Francisco X. Amiama<sup>1</sup> y don Braulio Álvarez\* a la circular que, a la vez que a todas las personas de significación de esta localidad, se les dirigiera solicitando su concurso para la erección de una estatua al Fundador de la República, Juan Pablo Duarte, contestaciones en desacuerdo con el propósito, ha parecido conveniente a la Junta Central Directiva del Proyecto dirigir a usted, para su publicación en el mismo diario, la resolución que con este motivo a venido a dictar y la cual transcribo a continuación, en la seguri-

1 Conste de paso que el Sr. Francisco X. Amiama al día siguiente de su protesta envió su contribución al tesorero de la Junta. (Nota del autor).

\* La carta de Juan Francisco Sánchez, así como la de Félix Mariano Lluberes fueron publicadas en el *Listín Diario* el 4 de noviembre de 1893; y la de Francisco X. Amiama apareció en el mismo periódico, el 6 de noviembre de 1893. En el mismo periódico fueron publicadas las cartas que se dirigieron Félix María Del Monte y Juan Francisco Sánchez. (Nota del editor).

dad de su complacencia para con la Junta en cuyo nombre me permito suscribirme de usted agradecido S. S.

Q.B.S.M

FÉLIX E. MEJÍA  
Secretario de la Junta Central Directiva

Resolución de la Junta Central Directiva  
del Proyecto de Estatua a Duarte

Considerando la Junta Central Directiva del Proyecto de Estatua a Duarte:

1<sup>ro</sup>. Que priva en ella desde el primer día la opinión desapasionada de que la erección de una estatua a Duarte antes que a los demás próceres es solamente el principio de una nueva serie de apoteosis que empieza con el primero que concibió, dio calor, propagó e hizo fructificar la grandiosa idea de constituir una patria independiente; cosa que no han podido negar los que contestan su primacía histórica;

2<sup>do</sup>. Que, por el contrario, un monumento simbólico el *hecho magno* unido al recuerdo en bronce de las tres glorias más afortunadas para con la posteridad, por más recordadas, Duarte, Sánchez y Mella, con olvido injustificable de los otros colaboradores en la obra, consagraría una injusticia notoria, una manera más efectiva que otra cualquiera de eternizar en el olvido a esos olvidados;

Y 3<sup>ro</sup>. Que siendo estas consideraciones el resultado de maduras reflexiones, convicciones profundas y conscientes, de un criterio moral depurado de preocupaciones, de contempORIZACIONES, de afectos, de afectos que pueden contaminar la imparcialidad de su juicio, e inspirada en el universal principio de equidad que preside el discernimiento del mérito real de cada entidad histórica –razones por las cuales no vaciló un momento en asumir el proyecto que el Honorable Ayuntamiento le confiara–, no será parte discusiones ni protestas de ninguna especie, cualquiera que sea su intención, para moverla a

modificar o proponer la modificación del pensamiento de conmemorar la gloria de Duarte en una estatua, ni a disuadirla de su empeño de llevarlo a feliz cima tal como desde un principio surgió, a la vez que, por su carácter de Junta delegada del Ayuntamiento, órgano ejecutor de su noble propósito, es su sola misión realizar ese propósito, sin pararse en el camino a presentar liza abierta a los que se propongan entorpecer su marcha, entablando polémicas que a nada conducirían sino a distraer la atención pública del acto edificante y justiciero que la ocupa, cambiando en las sensaciones del momento que la polémica excita la pura emoción ética y estética del pueblo agradecido que venera a sus bienhechores y espera ya el galardón que se adjudique al Fundador;

Considerando todo lo que se acaba de imponer, ha resuelto, en su sesión del día 5 de noviembre, no contestar ninguna manifestación directa o indirecta que tienda a proponer modificaciones al Proyecto de Estatua a Duarte; no sostener polémica de ninguna especie, y remitir su satisfacción a los disidentes que se hayan presentado o en lo sucesivo se presentaren –como por la presente resolución los remite– a los importantes documentos históricos que se publican, a las adhesiones que de asociaciones o individuos, de Ayuntamientos y pueblos llegan cada día y, como última comprobación de la justicia de la causa que la Junta sustenta, al fondo de equidad que, por ser propio de la naturaleza humana, existe en todo hombre, no obstante las pasiones o los afectos que por de pronto los mueven a obrar en oposición con esa equidad.<sup>2</sup>

*Listín Diario*, 13 de noviembre de 1893.

2 La forma dada a esta resolución fue aprobada en todas sus partes por la Junta Central en su sesión del 9 de noviembre de 1893. (Nota del autor).



## Con motivo del día

El 16 de agosto de 1900 se cumplieron 37 años de vida independiente en la nueva República.

La obra modesta, pero bella y dignísima de Duarte y Sánchez, “su única hermosa hija a quien sin tasa amaban”, habíase hundido en el abismo de la anexión en que la precipitó la ignorancia, o el error, o la mala fe, o las tres cosas sumadas, de funestos gobernantes, y gemía desventurada, cual cautiva [...] sin su amor y sin su venia [...] El ruido de sus cadenas resonaba [...] escudos los pechos esforzados y por equipo y armas el aliento vigoroso del Perseo que vuela a libertar a Andrómeda y el alado corcel de patriótica esperanza.

Y lucharon con denuedo no soñado. Y vencieron.

Habían sido soldados pundonorosos todos, patriotas y dignos: el país les esperaba, si gobernantes, fieles a la ley, probos y adoradores de esa misma libertad a la cual habían ofrecido sus amores; si simples ciudadanos, los primeros en el acatamiento, en la honradez y en el trabajo.

¿Fuéronlo todos? ¿Supieron todos «dejarse ser soldados para ser ciudadanos? ¡Ay, no!

Por eso los errores, las desdichas; esto es, los cadalsos, los crímenes de lesa libertad, el peculado y la ignorancia, como aspecto general, que o ellos sembraron o fueron causa de que cometieran los que ellos, en cuanto políticos, engendraron.

De ahí las sombras de la política desde el 65 al 99, sombra a largos intervalos apenas disipada por débil rayo de luz; de ahí la entenebrecida noche de las últimas etapas lilisíacas.

De ahí... el empeño tenaz de los que aún maquinan por separar –para reinar ellos– las dos conspicuas personalidades políticas que se llaman Juan I. Jimenes y Horacio Vásquez.

Son esas dos entidades de la actual situación que se completan necesariamente, que suman una garantía de paz, concordia y trabajo para el país. Poder dividir las será poder exterminarlas.

La cábala es conocida: es la magia negra de Satán que procura realizar su infernal sortilegio: el incendio del país, sobre cuyas humeantes ruinas pueda celebrar en horrendo aquelarre sus orgías.

¡Y que haya corazones generosos, almas jóvenes templadas al calor de los sanos principios que, creyendo servir éstos, secundan sin quererlo, esa obra nefanda con su imprudente irreflexiva actitud!

¡Como si no fuera más edificante demostrar los denunciados errores, si los hay, con la lógica implacable y el propio dominio de las pasiones que dan la plena posesión de la verdad y la honrada intención de realizar el bien, que fustigar el rostro con el insulto que exacerba y despierta la bestia dormida en todo hombre, y que no logra, que no puede lograr jamás el mejoramiento del gobierno ni la convicción del ciudadano!

¡Como si más valiera la efímera gloria del furioso Rochefort, blandiendo el látigo, o el siniestro resplandor que circunda a Saint Just, eterno acusador, que el plácido recuerdo de Fenelón, fabricando a los franceses un rey humano de la grosera arcilla de un déspota probable, o la perenne memoria de Pestalozzi, pretendiendo arrancarle siervos a Alejandro con su amable plática!

Es innegable que los gobiernos han menester de la censura de una prensa de oposición que no les deje languidecer, manteniendo en pie los espíritus por la necesidad de la lucha, ni les deje tiranizar, denunciando con valor sus violaciones del derecho.

Pero esto ha de hacerse muy sensatamente en países ineducados, en donde todo hay que esperar de los gobiernos, nada del pueblo, que nada sabe hacer ni reclamar; muy sensatamente, si no se quiere obtener un resultado contraproducente.



La insensatez nos perdió desde el 44; nos perdió desde el 65; ¿nos perderá otra vez?

¡Oh, no! Recomendemos la tarea, borrando el pasado; partamos nuevamente del 27 de Febrero de 1844, del 16 de Agosto de 1863; y convirtiendo siempre la mirada hacia esos luminosos astros del nublado cielo de nuestra historia, labremos la felicidad de la República.

O resignémonos a seguir llorando, como hasta aquí, cual plañideras de oficio, las desdichas de la Patria, y a llorar más aún mañana con el llanto, acaso sincero pero indigno, de Boabdil el tesoro que no sabemos defender!

16 de agosto de 1900.

*Listín Diario*, 18 de agosto de 1900.



# Renuncia

Santo Domingo  
31 de marzo de 1912.

Señor presidente del Ateneo Dominicano  
Ciudad.

Señor presidente:

En nombre de la patria potestad que ejerzo sobre mi hijo menor, Gustavo Adolfo Mejía, imposibilitado para hacerlo porque me hallo en prisión, dirijo a usted la presente renuncia de su condición de socio de ese culto centro.

Al anticiparme a la para él humillante sanción que dejan presumir las despiadadas líneas suscritas por usted el sábado último en las columnas del *Listín Diario*, séame permitido presentar a su digna asociación, en nombre de mi referido hijo y por la autorizada mediación de usted las consiguientes excusas, caso de que haya él tomado la participación que se le imputa en la pueril e irreflexiva alegoría a lo que realmente fuere –sin trascendencia ni sanción legal, por no dirigirla contra autoridad constituida alguna– significada en el balcón del Ateneo y aun severamente castigada en dos adolescentes y en sus atribulados padres.

A reserva, tal vez, de exponer a usted aparte mi sentir personal en este caso de la presunta falta de mi hijo<sup>1</sup> y la cruel

1 Para con el Ateneo, debí agregar, y agrego ahora. (Nota del autor)

censura que implica la protesta de usted, me suscribo de usted, y del Ateneo, con toda consideración

FÉLIX E. MEJÍA

*Listín Diario*, 1 de abril de 1912.

## Reserva de argumentos

*Al expirar la pulga dijo:  
“Ay triste por tan pequeño mal dolor  
tan fuerte.”*

LEONARDO DA VINCI

Aunque Federico Henríquez y Carvajal, presidente del Ateneo Dominicano, no se digna contestar en público como ya lo hizo en carta privada amablemente a lo que él ha llamado *mi erróneo concepto*, yo sí lo haría gustoso rebatiendo uno por uno, victoriosamente, los términos de amonestación empleados en su protesta del sábado y en cual anónima aclaración de ayer, si no embargara más mi atención, de momento, el cuidado de que se levante el *apremio corporal* que sufren desde el jueves esos pobres niños acusados a quienes ayer mismo se ha sometido a la ley, porque antes llegan a mi alma de padre los clamores del hogar que llora el rigor de tal apremio, que los duros términos de una protesta, si bien intencionada y obligada por las circunstancias con más cariz de acusación que de defensa.

Pero reservo todavía mis argumentos, para si se han menester, y concluyo haciendo presente que si *protesté de la protesta* del antiguo esforzado y generoso redactor de *El Mensajero*, y si vuelvo más tarde al asunto llevado por él y otro cualquiera, no lo hice, ni tampoco lo haré para mortificarlo sino porque temí o temo que su voz autorizada, que entiendo es oída arriba, perjudique aun sin quererlo y procurando precisamente lo contrario, como lo afirma y yo lo creo sinceramente, a esos locos muchachos que parece quisieron realizar en esto uno de sus *juveniles devaneos patrióticos* (nadie debe pretender que yo, padre, lo califique en términos que hagan causa, si no lo tienen, a sus autores) que tantos otros hemos también *cometido* allá en la deliciosa edad de todas las quimeras generosas, inclusive tal vez

los mismos que hoy, por omisión o comisión,<sup>1</sup> contribuyen a detenerlos en la Torre del Homenaje mientras<sup>1</sup> pasan los adolescentes la prueba de la justicia y de ella salen como del fuego de oro sin culpa ni mancilla.

FÉLIX E. MEJÍA

*Listín Diario*, 3 de abril de 1912.

1 Salvo que se les otorgue esta tarde, como es posible, la libertad provisional.  
(Nota del autor)

## Alegorías... y algo más

*Para mis lectores.*

Nací a pleno sol y a pleno aire; no porque no lo hiciera, como casi todo el mundo, bajo techo y en discreto aposento, sino porque entraba, el uno radiante y abundoso, por un ancho ventanal que daba a un florecido prado, y se colaba el otro de rondón, subiendo del vergel y saliéndose luego por otro ventanal. En una atmósfera transparente y pura, de amor, de sinceridad, y de honradez.

Algún hada maléfica vino a conocerme luego a luego y me vio allí arrebujado entre blanquecinos pañales, en barata pero limpia cuna, la movilidad de la criatura sana haciendo alguna suya, franca ya la mirada, la naciente sonrisa en la bermeja boca... Porque mi boca, de criatura, debió de ser bermeja y no color de berenjena o de aceituna en agraz, como tantas otras por ahí; magüer escudriñándome en la linfa del torrente que aún me vivifica, se dé alguno a la tarea de ver bogar por ella, cual brunos pececillos, gotitas no muy claras. De esta hecha me hago decadente, y en cuanto a lo “de sangre azul por ser de sangre gorda” ya se ve que tampoco *me las doy*... que es como decimos por acá.

En viéndome que me dio así el hada a la bruja dijo: “traigo aquí mi regalo”. Y se fue dejándome en la cuna algo que hedía, bien así como, según Samaniego, puso el escarabajo su inmun-dicia en el regazo de Júpiter, que por divina munificencia había ofrecido el dios para el nido del águila era una vil bolita de calumnia.

Y dícenme que agregó el genio malvado, cuando salía por el ancho ventanal, cabalgando en la cresta descarnada de un

feo sabio; la llevará consigo mientras no descienda, cual tantos otros, a la cloaca, y allí la arroje entre las suciedades que a ella llevan los negros albañales.

Desde entonces, sin poderlo evitar, va conmigo el don funesto. ¡Cuántas veces, cuántas ha infestado mi olfato! ¡Cuántas veces, cuántas, las gentes sencillas y crédulas dijeron: cuál hiede ese! Y ese no era yo, vive Dios, sino que era la bolita. Si una vez más ocurre, ¿por qué lo he de extrañar?

\* \* \*

Cierta ocasión hube necesidad de irme hasta Europa, primero, por salud, luego para ver mundo. Pobre el zurrón, sin mucha blanca en el bolsillo, quise y obtuve —¿a qué lo he de negar?— lo que tantos otros mejor favorecidos que tuvieron antes y después un pasaje gracioso de esos que no costaban al Estado y él donaba galán. Trájomele a mi casa propia lo que doble don un amigo de enantes, personaje de arriba, muy arriba, si los hay.

Fuime, híceme operar, después vi mundo: la Lutecia hermosa, Colonia la del Rhin, la Hamburgo de los cisnes herederos, y los flamencos en un pie sobre el hielo de los Binnen Alster y la ciudad condal donde acaso hizo etapa mi abolengo, camino de este ruin cautiverio, como los judíos en el desierto, si hubiesen seguido contrario derrotero de Canaán a Egipto.

Vínome antojo de ver la urbe del yankee, y en pleno invierno, como había ido a España y a Alemania, entre besos de brumas y abrazos de tempestades de nieve llegué a la urbe.

Habían pasado seis meses de mi partida de casa; mi bolsa estaba exhausta y había roto mi pasaje de regreso directo desde Europa aquí, mal impresionado, escaldado por la tristeza y la soledad de la ida en que fui único pasajero de un vapor mercante que tardó dieciocho días mortales de Saint Thomas al Havre, y entre la enfermedad y la nostalgia estuvieron a punto de darme en pasto a los voraces peces.

Allí me sorprendió agradablemente la noticia de que aún permanecía en Nueva York mi personaje amigo. Y digo que me sorprendió, porque desasido el ánimo de momento de las cosas de la patria, las ignoraba en sus detalles. De él obtuve, a petición, el medio pasaje que la línea Clyde acordaba todavía a



los empleados oficiales. Yo no lo era a la sazón, pero lo había sido y tornaba a serlo; de ello estaba yo segurísimo y asegurado cuando arribé al otro hemisferio. Un destino creado para colmar un vacío y que yo lo desempeñara, me esperaba y acudió al recibirme en la persona de mi estimado amigo don Augusto Franco Bidó, Ministro del ramo, al día siguiente de mi llegada. ¿Hubo entonces recomendaciones del personaje de entonces? Lo ignoro todavía. Ni creí que lo haría yo menester, pues no dudé que esa recomendación estaba hecha desde esa recomendación estaba hecha desde antes. Ni entonces lo pregunté ni antes la había pedido: con ella contaba sin la petición. ¿Pensó él, acostumbrado a que tal hicieran tantos otros, que yo iba a *asegurarme* ese destino, y así lo expresó entonces a alguien, o así lo ha insinuado ahora? ¿Lo creyó algún otro, pregunté, presente o mediador en lo del medio peaje? Prefiero no averiguarlo. De todas suertes “*Homni soit que mal y pense*”.

\* \* \*

Otra vez, desolada una esposa, angustiada una madre, solicitó, sin la venia del esposo en ambos casos, la intervención del Mitrado de la banda tricolor para la libertad de su esposo y de su hijo. Valióle al primero, como simultánea y sucesivamente a los demás encarcelados, y se creyó el suscrito a *dar las gracias*, subió y bajó por la escalera del Mitrado. De algo, o de mucho, valió luego al segundo, y nuevamente subieron y bajaron la escalera, entonces ambos. Una tercera vez, se alojaba un distinguido huésped en el dos veces señorial palacio, y por tercera vez subió y bajó aquella escalera el que ahora escribe. “—¿Me solicita a mí?”, recuerdo que me dijo al verme, y yo: “No, Monseñor, a don Horacio”, y tras estrechar su mano proseguí a partir con el ilustre huésped.

Si que fui a pretender, pensó quien por estar siempre subiendo y bajando esa escalera, me *pechó* las tres veces, se engañó como un necio, si eso dijo, entonces o después, mintió como un *bellaco*. Y si el Mitrado pensó tal y como lo dijo —que lo dudo— pensó ligeramente o también mintió el Mitrado.

Después... ni los míos ni yo les parecieron buenos para justa reparación o amable excusa. ¿Por supuestos horacistas? Lo ignoro.

¿Dónde pues el favor? ¿Gratitud? No la debo, en verdad, en grado tal que se le imponga el silencio a mi opinión. Si alguna vez pudiera yo, y a él o alguno suyo le hiciera falta, con gusto y amor le tendiera mi diestra protectora en servicio parecido. ¡Mi libre opinión nunca!

\* \* \*

¿Que a qué traigo a colación estas dos referencias?... Pues a esto: para sacudir de vez en vez, sin bajar a la cloaca, –y aun a trueque de malograr como Júpiter la mirada del águila, afecto, amistad, respeto– la ruin albondiguilla.

28 de junio de 1913.

*Listín Diario*, 2 de julio de 1913.

# Distingamos

Para *El Tiempo*

Tres artículos he escrito, y otros tantos he roto, en réplica a la insidiosa explicación de *El Tiempo* en su edición del lunes último. Por eso, y por mis ocupaciones del día, los calores de la noche y el exceso de materiales del *Listín*, ha sufrido alguna demora éste que al fin publico.

Hacíaseme cuesta arriba dar tanta importancia a tanta pequeñez; oponer mis razones abrumadoras a razones falaces; y bajar a la arena a medir mi arma cortés con otra arma de punta emponzoñada.

Tampoco gusto de esgrimir la diatriba, la calumnia o la insidia en mi defensa y no lo haría aunque conmigo se hubiese llegado alguna vez hasta la delación, que es un nefando crimen.

No lo digo ahora por *El Tiempo*; pero júrolo en mi ánimo: antes quiero arrojar mis margaritas a los cerdos, que marcarlos con el hierro de su culpa porque al sacudir su hirsuta piel mancharen con salpicaduras del pantano mis vestidos. Caridad es nobleza, y la *nobleza obliga*.

No pretendo aplicar el caso a *El Tiempo*; pero ¿quién no aprecia la esencial diferencia entre ser vocero de una época oprobiosa, cenáculo de sus hombres *de pluma*, bastión de sus defensas impudentes, pregonero de sus mentidas informaciones, y dirigir una Escuela Normal, pongo por caso, que fue durante esa dirección, como lo había sido antes y no lo fue ya después, en la cautividad del espíritu público tabernáculo de la sana doctrina, refugio del ideal y protesta viva y manifiesta contra la ignominiosa tiranía? ¿Entre caer del puesto, de cara al honor, por no prostituir con bajezas cortesanas la institución

escolar, y ganarlo por méritos contrarios? ¿Entre abandonar, despavorido, limpio de alma y de manos, un destino de hacienda que desdoraba el peculado desde arriba, y aceptarlo cuando impera todavía, antes impuesto a sangre y fuego, el peculado? Entre servir un cargo dignamente, libre de todo vínculo político, extraño a todo trato con la gente del poder, perdiéndolo más tarde por no haber humillado la cerviz ante el gorro deslucido de algún Gesler, y solazarle en el cenáculo con la desdicha de los que a un tiempo sufren paternal dolor y afrenta de mazmorra?

No he de aseverarlo por *El Tiempo*; pero afirmo que hay distancia, grande e insalvable, entre apoyar una situación política cualquiera, desde un periódico propio o ajeno, y servir una institución desde un destino público, sin mezclarse en aquélla ni emporcarse, cual a otros tal vez ha sucedido.

Si Cáceres fue o no un tirano, no me place averiguarlo en esta oportunidad. Le debí, como a Presidente de la República, un honroso nombramiento, y me debió mi honradez, mi laboriosidad y competencia al servicio de una institución de la República. Cuando murió arrojaba el saldo nuestra cuenta; y le dejo ahora dormir en paz, porque sé que si le insulto no ha de venir ya a demandármelo. Los hay que le debieron la prosperidad de su comercio a cambio de pequeños servicios personales atiemposos, tales como recados en provecho del negocio y otros de poca monta; y que colgaron en sus oficinas su retrato y el de sus ministros más temidos. Que lo insulten éstos. Y esto, juro a Dios que tampoco lo digo por *El Tiempo*.

En mis oficinas, pública ni privada, ha lucido jamás la vera efigie de mandante alguno, ni yo acudí a rogarles protección en ningún tiempo, ni a prestarles servicios de menor cuantía. Ni nadie me hizo merecedor de la primera, ni osó pedirme los segundos.

No puedo, pues, invocar en mi favor, para acusarlos, la negra máxima que reza: “la ingratitud es la independencia del corazón”.

En cuanto al ejemplo que me pone, a guisa de resbaladero, de los generales Tadeo Álvarez y José Bordas, no he de comentarlo. Quédese para otros, y esto no va tampoco con *El Tiempo*:

*halagar lisonjero las orejas  
de algún príncipe insigne, aprisionado  
en el metal de las doradas rejas.*

Y para mí, cuando me venga en gana y no cuando a otro le plazca hurgarme en ello, censurarlos por sus hechos pasados, presentes o futuros que no me parecieren ajustados a su pasada filiación política, a la ley o al interés de la nación.

Y aquí paz, y después gloria. Que no volveré a cruzar probablemente, por ahora, el acero de mi pluma con *El Tiempo*.

25 de junio de 1913.

*Listín Diario*, 26 de junio de 1913.



# Finis Poloniae

(Artículos, si crudos muy sinceros)

*Nadie es feliz hasta el fin, ni debe ser juzgado hasta su muerte, ni refutado en su discurso hasta oído éste del todo.*

## I

Hay momentos en la vida de los pueblos en que el silencio de sus hijos es la complicidad, y su inacción el crimen.

Soy el más humilde de los ciudadanos, pero no el más desautorizado. A quienes otra cosa crean, porque miren solo al través de la mezquindad de sus pasioncillas desmedradas, ya se lo demostraré si llegaren a provocarme a ello.

Ahora me ocupa un interés más alto, un más noble deber.

Tengo derecho a alzar mi voz de ciudadano lastimado en lo más hondo, el honor patrio, y la levanto ahora. Tengo derecho, como dominicano, a ser oído, y lo reclamo.

Ignoro si habrá ahora garantías para el libre expresar del pensamiento, pero confío en que aún queda la vergüenza en la conciencia pública. Y a ella me dirijo abrumado de vergüenza.

¿Hasta cuándo, ciudadanos de un país que tanto blasonó de independiente, soportáis la insólita intromisión del pueblo yanqui? ¿No advertís que en cada etapa dolorosa de esta airada vida nacional en que nos destruimos sin gloria, sin piedad y sin provecho se irgue más insolente aquel coloso, “*el toro bravo de todo el barrio, abusador con los vecinos*”, al decir de aquel eminente repúblico que se llama Woodrow Wilson al inaugurar su Presidencia del pueblo americano?

Recordad que la ofensa a nuestra humilde pero noble soberanía ha venido siendo cada vez más afrentosa. Que nos enrostran

ahora el más tremendo ultraje. Arróganse el derecho, *urbi et orbi*, de nombrarnos un nuevo Presidente, y arrógaselo él, el presidente Wilson, el mismo gran autor del gran discurso aquel de marras que con verdadera reverencia y fe leímos entonces todos;<sup>1</sup> de nombrarlo él, el presidente Wilson, si no os apresuráis a ello vosotros, los árbitros de hoy, conforme a su plan inconstitucional y antojadizo; de nombrarnos él un Presidente, erigiéndose así, según su felicísima expresión de enantes, “en tutor improvisado por derecho de propio, en intruso en asuntos latino americanos”.

¡Qué atentado al derecho de gentes esa frase romana! ¡Qué atropello del débil por el fuerte! ¡Qué desconsoladora apostasía en un hombre casi llegado a grande!

Y vosotros, ciudadanos, porque la frase arrulle ahora vuestra ambición política, o sople como el austro áfrico sobre vuestro despecho, o reanime como flor de esperanza envenenada vuestro espíritu de buenos mercaderes que aspiráis (a justo título, mas nunca ¡vive Dios! a tanto precio) a que luzca y permanezca el iris de la paz sobre vuestras tiendas y plantíos, y cese ya el beduino de cerrar valeroso contra vuestro ganado y vuestras trojes; porque la frase os seduce, os venga u os promete el medro cierto la escucháis indiferentes? ¡Qué digo indiferentes! La recibís inicuaamente confortados, sombríamente gozosos, *hebreamente* regocijados.

Pues yo de ella protesto y me avergüenzo por ella enrojezco de humillación y santa ira; contra ella me rebelo y cierro contra ella.<sup>2</sup>

No penséis, no, que porque me amenace más que a vosotros, los que de ella todo lo esperáis. Yo sé, como el que más, en el buen tiempo cultivar mis eras, siempre fui, y en todas partes, labrador infatigable; jamás supe temblar por el temor de un

1 Publicado en el *Listín Diario*, Nos. 7103-7106; 3, 4, 5 y 6; febrero de 1913. De él tomamos textualmente las frases aquí citadas. (Nota del autor).

2 Protesté cuando la intromisión a la caída de los Victoria, provocando aquella Junta patriótica la mayoría de cuyos miembros no es verdad que se hubieran avistado antes con Doyle y Mc Intyre; y justo es decirlo, todos los que después fuimos al Homenaje preferíamos prolongar allí nuestro hospedaje a deberle la libertad a la grosera intromisión del yanqui. (Nota del autor)



golpe de fortuna; hoy a pie, mañana sobre el asno, ando la vida, y cuando caigo me levanto y sigo ruta.

Cierro con ella porque es el rayo que aniquila el tabernáculo, el decálogo santo de la Patria.

¿Por ventura corren en esta tierra ahora, tras tantos siglos ya pasados, los tiempos de la Roma y la Numidia de Yugurta? ¿Hiede tanto, tanto ahora, en Dinamarca? ¿Se hallaron aquí emplazadas la Sodoma y la Gomorra de aquel mundo indecente que consumió el fuego del cielo?

¿A vosotros habré de preguntarlo oh prohombres de la política que aspiráis a suplantar a ese otro hombre que entre todos empujastéis al error de no caer tal vez por vano orgullo, a aceptar vuestro duelo fratricida, a concurrir con los vuestros a las matanzas de inocentes? A vosotros todos habré de dirigirme luego, mientras llega la hora de que se os dirija Aquel que a Caín preguntó un día “¿Qué hiciste de tu hermano” Y a vosotros diré: ¿Qué hicisteis de vuestra madre y vuestro hermano?

A vosotros! ¡Y cuidado si ahora hacéis de un hombre un héroe, que al caer lo haga en la arena repitiendo en sus labios expirantes la dolorosa frase de Kosciuszko: *Finis Poloniae*.

A vosotros habré de dirigirme, y a vos, Presidente Bordas, que estáis en el actual momento suspendido, como no recuerdo si alguna mítica figura, sobre el campo de la Historia, un pie junto al abismo, otro acaso en la cumbre.

## II

¿Sermón perdido? Ya me lo temía, prediqué en desierto. En desierto de buenas voluntades; en ausencia de virtudes ciudadanas.

Mas yo cumplí un deber de mi conciencia honrada y el deber se me antoja, en medio a las pasiones; fuerte roca saliente entre las olas: que resiste su embate siempre aislada, pero erguida.

Fue bogar contrariando la corriente; nadie combate el *plan*. ¡A tantos intereses acomoda! ¿Trae él la paz y la fortuna? Me lo diréis más tarde. ¿Salva el decoro de la Patria? ¡Nunca!

Pero ya me olvidaba. Tócale hoy el turno al presidente Bordas.

No me dirijo a vos, oh Primer Magistrado, porque me juzgue ni más apto ni más puro que los otros. Si altos ecos se alzarán hasta vos, el mío sobrará. Quiero sólo romper tanto silencio alrededor de tan sagrada causa. ¡Quiero que oiga alguna voz viril el extranjero!

Venís a dimitir. Antes lo hubiérais hecho, y ninguna coparticipación hoy os cupiera en la vejatoria orden de aquel César romano. La intransigencia y la injusticia, la ambición de mando, la codicia del poder que aún ejercéis por voto de las Cámaras, las traiciones y la intriga os hicieron el blanco de sus tiros, su víctima obligada. ¡Acaso también vuestros errores! Que no a callar verdad ni a deciros lisonjas vengo a vos.

No se os sacrifica en cuanto Bordas, sino en cuanto obstáculo. Os llamarais comoquiera, Billini o Espaillat u otro repúblico, y otro tanto os aconteciera en esta época tumultuosa de pasiones e intereses encontrados e impacientes.

Se os echa porque no guardasteis a los amos la *noble fe jurada*, el poder que con título igual ambicionasteis. Es la pura verdad. Se os acusa de desleal en vuestro compromiso secreto con los árbitros. ¿Es así? ¿Firmasteis algún pacto formal y lo olvidasteis? Lo ignoro. Mas ello, de ser cierto, será un lunar político y no un crimen republicano. Al país nada le importan los pactos celebrados, si los hubo, sino la paz honrada y el imperio de las instituciones. Y las instituciones no tuvieron la ocasión del brillo, atropelladas por la guerra civil, durante vuestro mando. Lo que hubierais sido en gobierno de paz, usurpado o no según el código de banderías, eso no ha podido saberse.

¿Fusilasteis a destajo, mancillasteis los hogares, atropellasteis privada hacienda, agarrotasteis la prensa y los poderes públicos, fuisteis tirano detestable? ¿No? ¿Pues por qué os echan? Sólo así justificaran tan tremenda guerra.

¿Fuisteis vos un mandante equivocado? Puede ser. Nada empero, justifica tan sangrienta lucha.

Vais ahora a dimitir. ¿Sois aún el poder? ¿Sois aún el poder constituido y la legalidad? ¿Los ejercéis? ¿Creéis tener con vos el derecho y la razón, la verdad y el decoro nacional? Pues obrad con ellos. Obrad como quien sois.

Dimitid, para la paz y por la paz de la República, ese sueño mentido y mentiroso, aunque al hacerlo, parodiando a

Vergniaud, murmuréis al descender: *tanta humillación, tanta vergüenza, ¡y volverá la guerra!* Pero dimitid tan sólo ante el Congreso de la nación que para ello habéis ya convocado. No cedáis a otra cosa ante insinuación ni fuerza alguna. Salvad así vuestro decoro, y hasta dónde es ya posible, el decoro de la nación.

Quienesquiera que sean los hombres de las Cámaras amigos vuestros o enemigos jurados aquellos que lo fueron, son vuestros compatriotas. Como quiera que hayan sido elegidos, son los únicos llamados a la función pública que se les arrebató. ¿Cuándo se eligió aquí a nadie por mejor sistema? ¿Quién otros medios puso jamás en juego? Los que allí estaban, los que llegaron luego, los que vengan más tarde, yo os lo fío, todos habrán las mismas credenciales. Estos son los representantes legítimos del pueblo; sólo ante ellos podéis vos renunciar. Temed, si no, el fallo de la historia inexorable.

Si no sois un detentor del poder público, ni un gobierno de facto, ¿cómo ibais a proceder cual si lo fuerais? Traicionaríais la Constitución que ya jurasteis deponiendo el poder ante el nuncio extranjero o ante una Comisión criolla, sin calidad legal alguna.

Sólo el pueblo es soberano; sólo los poderes constituidos lo representan legalmente; es el pueblo la única fuente del poder. Tan sólo al pueblo independiente y soberano podéis devolverle el encargo representativo que os confiara. No tenéis derecho a otra cosa. Sois la legalidad. Obrad como quien sois.

Dimitid ante el Congreso a condición de que sólo él elija vuestro sustituto. Que sea éste un Judas u otro Cristo, un leal o un farsante; que se escoja ya tirio, ora troyano, eso, en vuestra conciencia individual, nada os importa. Vuestro deber se habrá cumplido. Dominicanos serán electores y elegido. Y no pisareis en la historia mancillado. ¡Que ese sí sería un crimen de lesa república y de patria!

Pero si así no place si os fuerza el extranjero, asistido del criollo para baldón de todos, a la mengua, a la innobleza, no dimitáis entonces. Caed. “Quien cae por cumplir su deber”, he dicho antes, “se levanta en la historia”.

Cuando todo lo perdáis os quedará el honor; el honor... y la manigua, si se ha de menester, contra la odiosa intromisión del

extranjero. ¡Aún hay patriotas en Quisqueya! La manigua, no contra el hermano, sino contra el extraño.

La manigua, que sería entonces la gloria y el honor, Ciudadano Presidente.

### III

Ignoro si a la hora en que empiezo a rascar con mi lápiz las cuartillas, se ha decidido ya sobre la suerte y la vergüenza de la República en la última entrevista celebrada. Debo entregar temprano a las cajas este escrito, y nadie ha venido a informarme, mientras escribo a prima noche, el resultado.

Pero sé que ponen al cuello del presidente Bordas el dogal: lo económico. Y con él le ahogan para hacerle ceder. Exhausta el arca pública, sin ración el soldado, enhambrecido el infeliz herido que puebla el hospital, debátese ahora el asediado entre el deber y la piedad, el decoro y la conmiseración a sus compañeros de campaña.

Y después de leídas las declaraciones de sendos miembros de ambas Cámaras, pierdo toda esperanza de que se salve siquiera la apariencia de la soberanía que tantos quieren salvar a precio de ella misma.

¿*Qué dirán las naciones extranjeras?*, clamo yo ahora con el viejo estribillo ¡*Finis Poloniae, Finis Poloniae!* ¡Y tan edificante ejemplo como nos dan hoy mismo esas sublimes nacioncitas que el heroísmo agiganta; Bélgica, Servia, Holanda, Montenegro!

Y en verdad os lo digo. No me pesa tanto de estas cosas por nosotros mismos: todo lo merecemos. Se ha dicho y es muy cierto. Duélome sí, duélome en el alma de que en el país vecino, –Puerto Rico, Cuba, Centro América– nos juzguen menos que ellos. Duélome porque nosotros, con razón o sin ella, afeamos agriamente a Puerto Rico el que al pisar allí el yanqui vítoearon “*a sus conquistadores*”. Tal se dijo aquí entonces. ¿Qué dirán ellos ahora de nosotros?

¡Oh Pan, buen dios Pan, cómo has cambiado! Ya no eres aquel dios de la siringa melodiosa que embrujaba las desperdigadas dríades de la selva solitaria y propicia a tus forzados hi-

meneos. Hoy ostenta por tus armas la *cazuela* sobre descomunal *barriga*, y unos ojos en que al brillo mate de la senil lujuria ha sustituido el amarillo y rojo del oro y de la sangre.

\* \* \*

Duélome en verdad de la parte que en este cerco odioso puesto a la dignidad de la nación toman figuras prominentes que debieran cuidar mejor de su concepto histórico.

General Horacio Vásquez, hombre público de relevantes prendas, no embargante defectos que os afean, ¿adónde vais desatentado, concurriendo con vuestro nombre y vuestro contingente de influencia a que rueda por los suelos el decoro de la Patria, el honor quisqueyano de que fuisteis otro tiempo celoso centinela? ¿Ya no sois aquel repúblico que el año de 1899 declinasteis el poder tan codiciado en las manos del elegido de los pueblos? Erais el árbitro y acatasteis la ley y la voluntad de la Nación; fuisteis el amor, y declinasteis el poder para convertirlos en esclavo del honor y del derecho. ¿Ya no sois aquel desolado fugitivo que espantado de la ruina de sus conciudadanos fue a esconder su desolación y su remordimiento en el exilio? ¿Olvidasteis a aquel solitario de otra época, solitario en el refugio de un pueblo amigo y una conciencia honrada? ¿A aquel desprendido de toda ocasión ruin que prefirió más de una vez las apariencias del desaire a la tea de la discordia y dejó a otros la triste gloria de tiranizar o mal administrar en el poder?

Y ahora, cuando la edad, crisol de buenos, os acerca al tribunal severo de la Historia, ¿ahora vais a empañar la página de cristal de vuestra vida pública?

Volved en vos, ciudadano Horacio Vásquez. No os ofusque la nube del momento. Vuestro pasado quedaría deshecho como erguido palmar por la tormenta, quedaría innoblemente oscurecido, como un bello día de primavera por la niebla y la ventisca del invierno.

No os hablo ahora yo así por lisonjearos, o que aspire a volver a vuestro aprisco. Yo no soy un cordero, ni me resigno a ser conducido por el narigón como un bovino. Tengo libre albedrío; casi soy un rebelde. Fui a vuestras filas a buscar un nombre-núcleo alrededor del cual se agrupara de buen grado un

partido de principios y no un *ismo*, ese hombre erais voz. Mas huyó defraudada mi esperanza. Los vuestros no parecían curarse de tal cosa. Todo lo más, tenían por bueno el guante para ocultar la garra; o como el lobo aquel de la Caperucita, convenían en fungir de buena abuela sólo mientras alguien –¡yo!– formulaba pautas y programas que acogían complacidos, los otros, salvo algunos, conspiraban, aspirando sólo a “subir, a mangonear”.<sup>3</sup> Tarde ya lo advertí; que suele hacer el tonto el hombre sano.

¿Qué cómo fue apartarme de los vuestros y sumarme a otros? Ya os lo diré más tarde. Hablar muy largo de la propia persona es enojoso para los lectores.

No busco, no pardiez, volver a vuestro aprisco; altivo soy como ninguno en vuestra grey. Pero os conservo aquel mi aprecio, pues sé que de los vuestros seguís siendo el mejor. Y acongójome de que estropeéis vuestra figura. La cabeza de un partido personalista es casi un dios en pueblos de caudillos y un dios debe ser siempre uno e inmutable.

#### IV

Al fin dio a luz la Comisión de *árbitros* su esperada criatura. Y como siempre en tales ocasiones, fue ésta una sorpresa. No diré yo que buena ni mala la elección: esto lo dirán los días.

Fuera de que sería ello prejuzgar un poco, pues el hombre había ocupado hasta ahora todas las presidencias menos ésta, y en ella aún no le conocemos, tengo razones personalísimas –ni de miedo ni de esperanza, sino más nobles– para abstenerme de toda opinión adversa o favorable hoy.

Cuando el barón de Montesquieu y Voltaire, si la memoria no me es infiel ahora atribuyéndoles milagros de otros, como temo,<sup>4</sup>

3 Me refiero a cierta parte activa del horacismo, pues la otra, o nunca creyó en ese expediente o sólo se mueve en la bonanza. (Nota del autor).

4 Si no es así, fáltame ahora tiempo para rectificar consultando mi biblioteca. La verdad es que no recuerdo bien si la anécdota es de estos grandes hombres, o del Duque de Rivas con Madame Staël u otro escritor de la época. (Nota del autor).

se enemistaron por no recuerdo tampoco qué motivo, publicó el primero algo sobre poco más o menos así: “Voltaire y yo estamos algo reñidos, sabedlo; y no toméis muy en cuenta lo que yo diga de Voltaire, ni lo que Voltaire diga de mí”.

No tengo yo altura de personajes tales, válgame, empero, la comparación, porque no hallo otra a la mano para explicarme más discretamente.

Con que aplíquese el cuento y a otro asunto, que este ya está devorado, como dirá Tití.

\* \* \*

La Comisión de paz americana –y tomad la ambigüedad como queráis– ha practicado hoy dos de las diligencias de su cometido: ha forzado, apremiante, a la nominación de un Presidente, y Presidente habemos; y va una; ha fiscalizado, por la mediación del Control Johnston, la distribución de raciones junto al contador de Hacienda, después de facilitar los cuartejos para ello; y van dos.

¿Qué os parece, ciudadanos de la noble Antilla de Caonabo y Duarte?

Dicen también que el propio Mr. Johnston formula el presupuesto fiscal, barriendo prebendas –léase legaciones– que es una bendición, y cercenando sueldos de canonjías –dígase Diputados y Senadores– que es un contento. No censuro lo primero, cargos ociosos y pingües sobran; ni que acorten la sábana al representante, si esta es más grande que el cuerpo, esto es, que el trabajo del año que el sueldo remunera. Pero que esto haya venido a hacerlo el extranjero, que sin duda dejará sueldos lujosos a sus nacionales, de esto no me conformo.

¿Qué queréis? Es mi genio; ya lo sabéis. Cuando falta alguna perrería que atribuirme con esta me sacuden: ¡Cascarrabias!

Pero hoy precisamente estoy de buen humor: ya aquí lo veis. Es este un artículo de vacaciones respecto de los otros. Hace tres o cuatro días que me ahoga la vergüenza y si sigo así *me va a dar algo*; más vale jugar un poco, que ya habrá tiempo para proseguir inútil y desigual cruzada.

\* \* \*

La Comisión de Paz y esto por seguir la antonomasia, pues de guerra lo fueron sus hombres, y lo son –y fue la electora del Presidente Provisional. Dícese que la otra, la americana, que fungía de parturienta, la animaba en el trance de esta suerte: “¡Ánimo, muchacha, uno, dos, tres..., un pugido más!” Y largaron el chico.

La multitud esperaba fuera, en aceras y avenidas, la anunciación del alumbramiento, y fuéronse todos luego que se enteraron: este mohíno, esotro alegre, según presienten que les irá en la feria. La ciudadanía al conocer la solución tan esperada respiró fuerte y casi agradecida.

Yo no. Soy así. Habría preferido, prefiero, francamente la intervención armada: soldados, cañones, un susto mayúsculo, algún bombardeo. Un poco de resistencia, más Quijote y menos Sancho, cierta escaramuza y su montoncito de muertos en las calles, hechos desde las ventanas, desde las esquinas, frente a frente también; comoquiera. De ellos y de nosotros, así fuera yo de éstos. ¡Tantos hace la fratricida guerra! Unos pocos más salvarían la vergüenza. Siquiera un duelo a primera sangre, como el de México, cuyo honor lavó así. ¡Viva Veracruz!

Ese es mi ser: antes quiero que me despojen de las ropas a pedazos, para darme una pela a *cuero limpio*, que no ser desnudado por mí mismo, buenamente, y presentar al efecto el... salva sea la parte.

\* \* \*

Terminado su objeto, salió la Comisión dominicana junto con la otra. Los miraron salir todos. Yo no; guárdome de presenciar tales dolores.

Salieron todos: Bidó por Luis Felipe, que aún cerca la ciudad, aunque es de paz, Vásquez, siempre mi estimado, con su apuesta figura de monarca asirio; Velázquez, suerte de Richelieu, Sully y Felipe II, todo en uno; el propio que en amargos días prefirió el asilo de la legación haitiana a inspirar una sombra de sospecha de yanquismo escogiendo su refugio. Por cierto que le visité allí de los primeros, rompiendo el cerco de espías que de lejos lo custodiaba, y dando yo así la primera prenda a aquellos Victoria torturadores de los míos y mí, y a



quienes Dios ni mi pluma perdonen tanto mal cuando bajo Él y ella caigan. Tal es mi sino: lucir apenas en los frisos del palacio en pie, y adherirme a las ruinas como hiedra.

También salió Jimenes. “Fui su amigo”, diría yo al revés de Hamlet sobre el cráneo de York, Jimenes era aquel; el mismo que de un tajo cortó el nudo de la Improvement. Salieron todos, menos el pobre ajusticiado aquel que nunca regresa del entierro.

Mas no fueron todos los que debieron concurrir a la elección. Faltó uno, el más importante y de más rango. Ese quedó en su casa avergonzado: el honor patrio.

## Epílogo

Todo se ha consumado. Verificáronse ayer con toda pompa los funerales de la soberanía. ¡No diré yo sus *honras fúnebres*!

Anticipada fue la ceremonia por la exigencia interventora, urgida según versión, por la amenaza de afuera de acudir a galvanizar el cadáver con apariencias de una efímera vida. Empeño vano fuera: la pobre Patria estaba ya bien muerta, se podría.

Asistieron al acto los del séquito del sepelio, nunca uno, Don Horacio y más uno, el caudillo del Sur. Presidía el acto Mr. Fort, se pronunciaron oraciones fúnebres y se tomaron películas de la pose de los personajes, que se prestaron a ello gustosos. Incidente: una nota convulsiva de un doliente que a punto estuvo de ser trágica.

Luis Felipe Vidal, en el momento de la jura de aquella Constitución exánime y mutilada, culpable de las desventuras posteriores al 19 de noviembre; de la jura ante aquel Cónclave incongruente y *sui generis*, protestó de un detalle sin gran trascendencia, comparada con la dolorosísima del sacrilegio que allí se consumaba, y abandonó bruscamente la sala. Estupor de la concurrencia, alarma en los corredores del Palacio, cierto pánico en la calle, conato de tumulto entre la gente armada; tal la progresión creciente de siempre en estos casos.

Hallábame en diligencia municipal cerca del Secretario del ya ex Presidente, en su mansión oficial, cuando la corneta mandó

¡firme! Correr al balcón, enterarme del tumulto, despachar mi asunto de un tirón y volar a Palacio, a conocer lo ocurrido, fue todo uno. Allí vi el final de aquella farsa innoble y anodina para los dolores de la Nación. Y con dolor también mío fui allí informado.

Fuerte y helada ducha llovió entonces sobre mi corazón: no era lo que esperaba y a medias me dejaron entender transeúntes con quienes me pechara al acudir: “Un gesto varonil de Luis Felipe”, iba yo diciéndome con fruición mientras me acercaba a aquel foro romano. “Al fin brotó la nota de aquel hecho esforzado aún juvenil”.

Pero nada. Sueño fue. El gesto no había brotado del pecho generoso. El gesto no era un gesto; era un grito de ira. No lloraba el doliente a la difunta; sublevábase de ser desheredado.

¿Qué se propuso obrando así? ¿Un pretexto cualquiera para romper su pacto y volver sobre sus pasos? Era cuerdo no haber entonces concurrido; más cuerdo aún haber rechazado de plano la intrusa intervención desde el principio. Cuerto, generoso, excelso el haber acordado a cualquier precio todos los contendientes; haber sacrificado un poco de ambición y vanidades, y haberle dicho al Nuncio y sus acólitos: “No tenemos menester de vuestro empeño; nos vamos a entender; somos hermanos, y esta, la patria amenazada, es nuestra madre”.

Gesto habría sido disolver las huestes y entrar, inerme ya, a decir a los demás: “vuestro es todo el baldón; yo me retiro; cuando a guerra de honor llame el clarín, podéis llamarme”.

Gesto habría sido, el temerario y arriesgado, haber acudido a la reunión a protestar del acto insólito, y refugiarse luego, enérgico, a esperar y resistir entre su gente armada la avalancha exótica. ¡La patria es lo primero! La pasión es bestia: puede tirar de la triunfal carroza, pero es demasiado torpe, harto pesada para escalar la gloria.

Ahora ya no hay remedio: transcurrió el momento. Cederá el caudillo a la presión exótica y se irá con sus validos. ¡Cuidado, Coriolano!

Tuve un hondo pesar. La nacionalidad se evaporaba. Un hombre libre se convertía en autómeta; un soldado valeroso en un débil inválido.

Rehuyendo una responsabilidad menor, el posible conflicto a mano armada, en desigual pero gloriosa lucha, tal vez un blof, se incurrió en una mayor ante la historia: la intervención pasiva.

Laméntolo por voz, ex Presidente, que más airoso que el solio, Quiquí Victoria juró y depuso ante las Cámaras, y era Quiquí Victoria, el pobre Claudio; Monseñor juró y depuso ante el Congreso, y era el Monseñor, aquel “prematuro anciano”; vos, soldado y ciudadano, jurasteis la Constitución en la Asamblea, y la entregáis ahora, hecha trizas por el extraño, ante un ... *chanchullo*.

¿Qué era, si no, ese Concilio mixto, típico, *sui géneris*? Nada para el derecho. ¿Qué deponíais allí? Nada que no hubieseis ya de hecho depuesto. ¿Qué ha sido entre sus manos vuestro sustituto? Nada; una sombra de poder, un guiñapo de Corte.

Sobre el muro de aquel salón severo y solitario dicen que una mano fatal ha escrito así:

Hic jacet Patria.

\* \* \*

Y he terminado por ahora. Aquí hago pausa y me retiro por el fondo.

Ya se alzaré el telón.

P.S. Un verdadero *lapsus catamí* delizóseme ayer, y lo he de subsanar hoy. Dije *parturiente* por *comadrona*, términos que bien discernio desde niño, por un doloroso recuerdo unido a mi orfandad. ¿Cómo incurrió mi pluma en él? No lo acierto, mas subsánolo.

Otro. Ciertas omisiones de puntuación en estos artículos débense a la mezcla, con el tipo del texto, de tipo de puntuación ya muy gastado Subsánense también.

Ut supra.



## Por mi sangre

En la edición del sábado último de este mismo periódico y de *El Tiempo* aparecen sendos sueltos en los cuales se acusa mi hermano, el Dr. Rafael Mejía, encargado de Negocios interino en París, de haber abandonado su puesto para marchar a la frontera franco-alemana en servicio militar, reclamado por aquel Gobierno “a causa de haberse matriculado francés desde hace tiempo” mi referido hermano.

Antes de responder a tal especie, quise cerciorarme de su fundamento sin otro resultado positivo que retardar hasta hoy estas líneas, ya casi fiambre, y adquirir el convencimiento de la nobleza de ciertos caracteres.

He de explicarme.

Cierta o falsa la información procede ella de una fuente despiadada, ruin e interesada, y debo demostrarlo.

Ninguno en la familia, que yo sepa, conocía el cambio de nacionalidad que se imputa a mi hermano, como tampoco que corría a los azares de una tremenda guerra; y si fuere la especie calumniosa, del daño moral y material que implica habrá de responder un día su autor, probablemente.

Lo es Enrique Deschamps, cuya firma he visto al pie del parte telegráfico dirigido a la Secretaría de Relaciones Exteriores, y es la propia, estoy cierto, de la carta a que se refiere el *Listín Diario*.

Es despiadada la denuncia. Cifra mi hermano en los cuarenta y cinco años de su edad, y de ellos ha vivido veinticinco: por lo menos en París, que le dio carrera, esposa, hijos, afecciones, patria. De la suya conserva acaso vagas memorias de su adolescencia, y algún desencanto de más tarde, cuando, ya casado,

vino a plantar su tienda en ella y hubo de levantarla. Nada holgado de fortuna, esperó de la Secretaría que desempeñaba un recurso de vida, y asumió de orden la interinidad del cargo mismo. Ni como lo primero ni en cuanto lo segundo llegó a recibir un solo céntimo de sueldo, o para gastos, fuera de lo situándole por cable para cubrir estrictamente el valor de los funerales del malogrado Morales, nuestro común y bien sentido amigo. Puede certificarlo así el Despacho de Relaciones Exteriores.

Si hondas tribulaciones económicas, si tristes decepciones y urgentes exigencias del medio le movieron a acogerse a la bandera de su segunda patria, a ninguno de los suyos de aquende el mar lo dijo. Si reclamado luego de improviso por esa bandera, ¡suponed cómo habrá abandonado en la gran ciudad amenazada su familia, sin bienes de fortuna, ni otro haber que sus cotidianas visitas y consultas para llevarle pan; y marchado a esa monstruosa guerra, de la cual tal vez no vuelva ya en la que acaso haya caído a esta hora en el sangriento surco!

“Dios le dio y le amó al hombre justificado”, ha dicho Juan Montalvo.

Cónsules y Ministros siempre hubimos extranjeros en el extranjero. ¿Qué ad honores? ¡También él lo fue hasta ahora! Y húbolos también en toda época, que abandonaron sin licencia el cargo, y no para cumplir deber alguno.

La delación, si solo delación, es impiadosa.

Es ruin porque su autor, malquisto con los del apellido, por razones no ignoradas, aprovecha solazarse con el primer golpe en desquite, descargándolo sobre el más inocente, en este caso, de los deudos de su ex deudo, a quien acaso le atribuye la obra de sólo su pecado.

E interesadas son la oficial y la oficiosa información, porque en la primera se propone a sí mismo, yo lo he visto, para sustituido; y aun creo que insinúa un envío de fondos para amparar a los dominicanos.

Debajo del sayal... hay al ... ¡Y tanto que le hay!

## Puntos sobre íes

La calumnia no es arma de caballeros: es traidora y cobarde como el puñal que hiere por la espalda.

La política, que ha menester siempre de una víctima sobre quien disparar sus tiros despiadados, y los despechados y movidos por interés mezquino, que aspiran a recuperar puestos perdidos y a ocupar cargos superiores a su valer y competencia, la han emprendido ahora de recio contra ese Ayuntamiento, empeñándose en que es él la resultante del deplorable dos de diciembre.

Mienten como bellacos los que tal afirman.

Aquella fecha de luto fue la obra, exclusivamente, de la intemperancia de la masa, mal conducida por demagogos envenenados e inhábiles, y de la brutalidad de las fuerzas armadas que por desgracia, con muy raras excepciones, constituye nuestra clase militar. Choque rudo y brutal de dos barbaries, del cual sólo es responsable el medio ineducado y el hervir de las pasiones del momento.

No fueron las elecciones, para Municipio y Constituyente, todo en uno, la ocasión de aquel delito anónimo. Fueron ellas el pretexto. La causa fue la insania política, la efervescencia política, la desapoderada e impaciente ambición política, la perfidia política, la crueldad política. Esa política nuestra, ruin, indecente, ignorante, sombría y cobarde.

No toméis el efecto por la causa, ni la rabia por el can que la posee. Ni de la víctima queráis hacer aún el verdugo, y tomar venganza de ello, porque os halléis ahora situados en el caso de Breno sobre Roma. ¡*Vae victis!* ¡*Vae victis!*

Y el gran César romano hoy nos ha dicho, por boca de su múltiple procónsul: “No habrá vencidos aquí, ni vencedores”. Promesa, al cabo, de una Roma, que al vencer a Cartago le tomó su fe púnica.

Aquella tarde trágica las víctimas cayeron casi todas del lado de los inculpados.

¿Lo recordáis? Lo dijo Esopo en la primera de sus fábulas, la del lobo y el cordero: “Cuando los fuertes se empeñan en tener razón, ¡guay de los débiles!”

Argüiréis que desde entonces hicisteis la misma inculpación. Pero es que desde entonces, en la amplia libertad de que gozabais y tan ingratamente habéis correspondido, erais ya los más fuertes. La oposición aquí, acaso en todas partes, es monstruo formidable si rompe la cadena que le ata. Es la bestia felina, que largo espacio presa entre las rejas de la jaula, se ha escapado a aspirar a nariz dilatada el puro oxígeno y las emanaciones enardecientes de la selva. Y si el oxígeno es excusa a la sazón, porque el rayo ha electrizado el aire, entonces, ¡oh, entonces! la bestia formidable no trisca y se refocila entre la yerba fresca; sino que ruge, patea, acomete y mata.

Erais ya entonces temible y coligada oposición, suelta en la selvática llanura; ola tremenda y tumultuosa que de improviso forma la vorágine. Un interés común, ¡que sólo el interés ligó aquí bien los hombres!, os acercaba a todos. Tuvisteis plena libertad para desfogar vuestras pasiones. Plena, si por virtualidad de convicción de aquel gobierno, si por la mirada observadora de intruso yanqui...

No defiendo la virtud-*causa*; recuerdo la necesidad-*efecto*.

El primer día de aquellas elecciones, todos, inclusive vosotros y el ojo interventor, que ya os asistía simulando lo contrario, lo proclamaron bueno. Los mismos vicios, idénticas mañas y supercherías y fraudes y disfraces; el propio voto doble y triple y cuádruple; iguales resistencias en las puertas y el ya viejo sistema de arrebatar el voto en la escalera a los contrarios inconscientes; el eterno acarrear la masa hirsuta en coches y automóviles, entre halagos y amagos, a las urnas sagradas del sufragio; el mismo derramar el oro público, si de las arcas públicas el de unos, si para cobrarlo de las arcas luego, o venido de las arcas antes, el de otros; iguales armas esgrimidas por ambos contendientes. Las



que también se manejaron en épocas de más bonanza, por éstos y los otros elementos. ¿Queréis aún más detalles? El actual Presidente Provisional de la República, que presidió las elecciones desde el Ayuntamiento anterior, y fue también reelecto regidor entonces, podrá darlos. Porque es lo peregrino de este caso, que pedís la caída, por ilegal, de un personal en que formaba el presente Jefe del Estado, que lo presidió en algunas sesiones. Tanto vale esto como decapitarlo ahora en efigie.

En nuestro medio, ésa es buena elección; y ya veréis que, desgraciadamente, no las habrá mejores.

Otro día, la emboscada que un contingente sancristobalense y otro de Mella o Guerra preparaban la zancadilla con que amagabais a aquella, como todas y no más que ninguna, mascarada de sufragio, os fracasó. La intentona de un golpe fue frustrada. Prisiones hubo, si justas no lo sé, pero que en nada entorpecían la marcha eleccionaria, la marcha con buena fe relativa de ambas partes, que acabo de esbozar.

Pero estabais perdidos, y era precisa la retirada honrosa, a tiempo, y preparar la serie de protestas. Y os retirasteis.

¿Qué ley, en tierra alguna, dispuso suspender las elecciones al retirarse de la lucha un bando, que en la ley no tiene entidad reconocida? El pueblo, y no los bandos, son llamados a las urnas, y el pueblo continuó afluyendo a ellas como siempre, ese pueblo inconsciente en mayoría, el eterno *arreatado*.

Hoy no, porque os ciega la pasión, que es ira negra; pero mañana, cuando nuevos rumbos hayan encaminado vuestros pasos en esta inconstante política criolla, que cambia más de faces que la Luna; entonces, cuantos aún seáis hombres honrados habréis de confesar que es cierto de toda certeza lo que expongo.

Para entonces, señores, os emplazo.

\* \* \*

Y vuelvo al tema, para referirme ahora a la Carta pública dirigida a los regidores y suplentes, y a la manifestación que la siguiera.

Plazo conminatorio, veladas amenazas. ¿Para qué? ¿De qué? ¿Para un motín? ¿De violencias, de insultos, acaso de algo más? Tome cartas en el tenor de esa carta la Justicia. Es su deber.

¿Con qué títulos derribará esa muchedumbre de firmas reales y apócrifas el Consejo de la ciudad? ¿Cuáles privilegiadas ejecutorias vocifera esa chusma desenfrenada que desazona hogares y maltrata las damas honorables en un grito rabioso?

Si un girón queda todavía de la Carta Magna dominicana, en ese girón están inscritos los derechos del Consejo edilicio. Para derribarlo es preciso emplear la fórmula legal: la nulidad pronunciada por las Cámaras cuando sea tiempo.

Y si la Carta se ha consumido toda, como la piel de zapa de Balzac, entonces... venga el úkase del poder de facto a derribarlo, si tal es su buen placer. Se acatará el *Vae victis*.

Pero una masa no; esa masa, más o menos influida por firmas y personas de algún ver, no es el pueblo ni el poder. El pueblo es todo, el pueblo, no una parte interesada, otra anónima y otra apócrifa. En todo caso, un plebiscito en forma su imponía.

El poder, representante y apoderado del pueblo, el poder legislativo; o el poder, resultante de la circunstancia vencedora, el poder *de facto*, según quede o no vestigio de la ley, son los llamados a tal desaguizado.

O el pueblo mismo, el verdadero pueblo expresando su voluntad por acto deliberativo, en forma organizada, ya pasional o justiciera.

Pero la muchedumbre desatentada no es el pueblo soberano; el motín no es la fórmula del derecho; los desahogos u otros desafueros de la multitud sin freno no son el veredicto de la ley.

Yo rindo a la verdad mi pleitesía, me humillo a la justicia, me someto a la ley. Pero me rebelo contra la mentira, la iniquidad y la tiranía. Demagogia. Y aun cuando fuere derribado, gritaré bajo la bestia que me oprima: "Caigo ahora por la fuerza brutal; Breno me ha vencido. Mas mi derecho permanece en pie; aguardo la victoria".

De toda hora presente, sosegada o tumultuosa, es juez inexorable el porvenir.

## ¿Arras o parras?<sup>1</sup>

*Al presidente Báez*

Es ahora, señor, cuando dispongo de vagar para deciros.

No, no fue la turba vocinglera, conducida por pasioncillas y mezquinos intereses, la que movió vuestra voluntad dictatorial a suscribir el *úkase* demoledor de una administración comunal harto indolente, es cierto, pero irreprochablemente proba. Dijerais que acatabais así el querer del pueblo, y os llamara yo, a todo evento, mentiroso.

Aquello no era el pueblo, éste no es país ni atravesamos época para humillarse al mandato imperativo –caprichoso y amorfo en este caso– del pueblo soberano.

No, no fue la negra inquina, nunca huésped de pechos levantados sino entecos, la que inclinó vuestro ánimo, mas ganoso de amores que de odios, a fulminar, desde la altura olímpica a que accidentalmente habéis trepado, vuestro rayo implacable contra el débil y malquisto Consistorio, tan sólo acaso porque, sentándoos en sus sitiales, hubisteis de sufrir allí la réplica en lógica de acero, de uno de sus ediles, y hallarais ahora la ocasión propicia del castigo. Tal perpetrarais, con notoria mengua de vuestro decoro viril y ciudadano, y yo os gritara cobarde, a todo riesgo.

Porque tal acto fuera digno de Vulcano y no de Júpiter.

No, no fue tampoco la ilegitimidad de su derecho, alegada por contrarias opiniones y malquerencias personales, quien ladeó vuestro poder a contemporizar con estos y derribar a aquellos; porque esa ilegitimidad, señor, aún os alcanza, a vos que formasteis en aquellas filas, de teniente fungiendo, y capitán a

1 Parra en el sentido de vaso de barro en que se sirve miel. (Nota del autor).

veces. Tal proclamarais como excusa, y yo a tal excusa apellidara farsa, a cualquier trueque.

Si antes fue bueno y legal, cuando en él sentasteis plaza, ¿cómo habría venido ahora tan a menos que le echarais del templo a latigazos cual a vil mercader? Inconsecuencia tal fuera harto inexcusable; y la historia os demandara de ella estrecha cuenta.

No, no fueron esos, los móviles pueriles o bastardos que la opinión vulgar da en la flor de atribuiros, los autores de lo que antes llamé un desaguisado, lógico, moral, jurídico.

Fue la razón de Estado, ciega, impía, tenebrosa; fue la política insana, cruel, intolerante; fue la presión tenaz de los partidos en lucha de intereses, no de ideales; la ruin venganza de los sicofantes hechos hoy prohombres y doctores de la ley para honra y prez de la patria fugitiva. Fue la corona de hierro que ceñisteis con la primera magistratura, la que oprime vuestra frente con el peso de las exigencias encontradas de los bandos y hiere vuestras sienes con los envenenados clavos de sus odios.

Os forzaron a ello, y al cabo, fatigado ya, os rendisteis. Os estrecharon de cerca e hicieron su cautivo, cautivo de sus voluntades malquerientes. Vuestro pecado es de omisión y no de comisión; de ceder, no de empujar. No hicisteis ahí lo que quisisteis, sino lo que quisieron.

Sea. No os absuelvo, pero no os guardo rencor.

Viéneme ahora a las mientes, no sé si porque ajuste un tanto al caso, este pasaje de la novela *Bizancio* de Lombard:

*Constantino V Coprónimo se ve forzado por la presión tenaz del Patriarca de la Santa Sabiduría y la saña iconoclasta de los Azules y sus aliados los Rojos, a condenar al dulce niño Upravda vástago ya remoto de Justiniano, porque Verdes e iconólatras, con sus aliados los Blancos, partidarios todos éstos de la Santa Pureza, le tomaron de bandera para alzarle sobre el trono, y entre piadoso para la víctima inocente que querían enfrentarle, y colérico contra los que, de una parte le forzaban a la crueldad y de la otra le querían arrebatar el solio para aquel mocoso, dicta así su sentencia.*

*“Yo, Emperador de Oriente, he condenado al vencido Upravda a que pierda los ojos. ¡No será muerto, no, no lo será!”*

*A lo cual se había ya adelantado el pobre niño en soliloquio de momentos antes, con estas tristes frases.*

*“Sea. He sido vencido y el Bien lo ha sido conmigo. Merezco el suplicio que el Mal me va a imponer”.*

*Y se le sacaron los ojos, dejándole vivir empero y contraer tempranas nupcias con la joven Eustaquia, descendiente de Teodosio, y aún intentar el engendro con ella del futuro rival de la casa de Constantino, que desdeñaba destruir del todo aquel enteco ser, incapaz de procrear nada temible.*

*¿Tal, señor, o algo de esto, quiere ocurrirme ahora?*

*¿Ganoso de que no se os vitupere el que vieja personal desarmonía pudo dictar vuestro decreto insólito, buscáis no arrebatar me todo el pan de la boca, y me ofrecéis un cargo público, una labor honrosa a guisa de permuta?*

*Creo, sinceramente, señor, en vuestro noble intento pero no acepto vuestra oferta. Cansádome he de laborar en el silencio, honradamente, fatigosamente, para ser luego echado como indigno, trunca aún mi tarea, sin prez mi nombre, sin doblas mi bolsillo. Situaciones de paso sólo pueden ofrecer efímeros honores y acomodados; y la que venga luego, si no os cuadra o no le sois propicio, os echará a rodar de nuevo en el vacío.*

*Vuestra bondad se extrema, y en vuestro nombre vienen a ofrecerme un nuevo cargo de confianza honrándome muy mucho, connotadas personas, dignatarios. Poco afanoso es, de fácil salida sin dejar la labor trunca, y expuesto apenas a las bruscas despedidas, porque acaso se detenga en los linderos de la nueva era cuyas puertas van a dejar abiertas los comicios.*

*¿Cargo es sin compromiso de bajeza alguna, que detenga mi pluma ni entumezca mi lengua? ¿Responderá en él lo comido a lo servido, lo servido a lo comido, sin*

*canongía pero sin irrisoria paga? Es arras de amistad, no parrá de hidromiel para endulzar mi labio acibarado? ¿Prenda de hombría de bien, de hidalgo pecho; no humillante limosna vengadora?*

*Sea. Labrador soy. He de uncir cada día mis bueyes al arado para labrar la tierra y, humedecida con el sudor honrado de mi frente, arrancarle el sustento de los míos.*

*Nada tengo: mi hacienda es el trabajo. Donde le hay sin mengua ni desdoro allí le tomo.*

*Pero sabedlo todos bien éstos y aquéllos los que me arrojasteis, por mano poderosa, del electivo cargo a que fui llevado de la propia manera pseudo-buena con que fueron a él conducidos hasta ahora cuantos me precedieron desde el 44 y lo serán mis sucesores todavía, y los que desertando unos al amago de golpe, silenciando todos la caída, la habéis legitimado; o remitisteis a mí solo, porque sólo yo cobraba y laboraba la reparación de la común ofensa; sabed todos, los que dignos hijos de esta madre tierra conocéis como yo cuán poco duelen aquí las sinrazones a otros inferidas, y cuán lejano el día de la sanción, si es que un día llega para esa gran señora; sabed todos que de pies o sentado, arriba o debajo, sirviendo cargos que siempre me han buscado a mí jamás yo a ellos o echado de uno por servidor sin tacha cesante o empleado éste es siempre mi lema: independencia, dignidad, honradez, trabajo.*

\* \* \*

Y si después de esta sincera profesión de fe, señor, me halláis aún merecedor de vuestras mercedes y confianza, gracias.

*Listín Diario, 15 de octubre de 1914.*

## Anticipo

No sin sorpresa acabo de leer en la edición del *Listín Diario* de anoche un extenso y destemplado artículo del Sr. Enrique Deschamps encaminado a mi persona, a los míos, a los que fueron suyos, por poco a todo el mundo; que el delito de lesa majestad de haber osado a él, castígalo Júpiter, fulminando rayos.

Mas hállome presa desde ayer después de mediodía de un mal que me trae entontecido, y como quiero regodearme en la contestación a lo que personalmente me concierne, sin “estériles ni habituales violencias”, la aplazo por uno o dos días, pues hoy apenas puedo escribir esto.

Cuanto al cúmulo de sombras que sobre mi hermano quiere proyectar el referido escrito, no con frases más o menos emponzoñadas he de disiparlas, sino con testimonios y documentos fehacientes, parte de los cuales debo procurarme aquí en mi primera salida, parte espero aún de París; por lo cual ruego a la pública opinión suspenda todavía todo juicio en la materia.

Fío para mi empeño en la hospitalidad de este importante rotativo.

Entre tanto, sirva esto de anticipo; y también de promesa de que mi silencio momentáneo en modo alguno implica que nos rindamos convictos y confesos; siquiera no sea propósito mío acudir por nuestra defensa a verduleras, pretendiendo hacer de un decente periódico un libelo, que no es de mis costumbres, no embargante mi temperamento “irascible, violento e impulsivo”; ni tal me toleraría su Director.

La aparente inercia y el silencio momentáneos suelen ser, en campaña, fragua y signos precursores de eficacísimas actividades subsiguientes.

*Listín Diario*, 4 de diciembre de 1914.



## Dos palabras ... sin carta

*Al Sr. Enrique Deschamps*

Punto por punto me proponía la contestación a los muy vulnerables de su extenso e inconsiderado artículo encabezado *Una carta y dos palabras*, y ya la tenía escrita, cuando se llegaron a mí deudos y amigos diversos a pedirme desistiera de proseguir polémica de tan pobre fruto para los lectores y, por la resbaladiza pendiente en que la ha situado Ud., tan poco honrosa para mí, que habré de suscribirle con mi nombre, no por humilde menos calumniado y combatido, pero siempre honrado por cierto latente respeto en la pluma de mis detractores.

He de deferir, pues a los deseos de quienes tal opinan, entre los cuales se cuentan por parte interesada los injuriados con el dictado de *listos* que sin distingos aplica Ud. a todo el apellido, y también amigos periodistas de fusta y de combate, nada remirados en la lucha y cuyos pareceres son muy de tener en cuenta en estos trances de la negra honrilla.

Por de contado, en tales abstenciones no entra lo relativo a la justificación de mi hermano en cuanto Encargado de Negocios interino que fue, *ad honorem* hasta la fecha.

Justificación que se reducirá, como ya dije, a producir testimonios y documentos que a la mano hubiere, inclusive el que la casualidad me ha deparado antes de lo que esperaba, en la carta de Mr. Bickart publicada en la edición del sábado último, de este mismo periódico.

Mas no pondré la rúbrica a este artículo sin antes solazar dos puntos sutiles a mi contrincante: el uno por todos los míos, los *listos* del apellido, quienes pienso que fían al tiempo pasado y porvenir la aplicación *por pasiva* del vocablo en el sentido mismo

en que un *listo*, acaso en todo, a ellos ahora lo endilga; el otro en mi solo nombre, y es sobre la disyuntiva planteádome al final de sus conceptos con motivo de una frase incidentalmente alusiva usada por mí sin la intención ni el valor que él da en atribuirle. Alusión irreflexiva, por cuanto ella vino a ofrecer pretexto a Enrique para entrar en terreno vedado a caballeros. Mi pluma debe detenerse ahí, en el sagrado ajeno, y otro tanto he de rogar yo a él propio, ya que sin querer tal provoqué. Debe detenerse, Sr. Deschamps, porque nobleza obliga.

En hecho de impostor y de farsante, agregaré a este asunto, no hay actuaciones en mi vida: diáfana es y sincera hasta lo rudo con mis defectos mismos; modesta, sin ejecutorias de reclamo alguno, en que jamás fui listo. Sólo farsantes e impostores podrían dudar de ella, juzgando por la propia condición; como Deschamps no pertenece a éstos, no ha de incluirme entre éstos.

Y pongo punto aquí definitivo en todo personal detalle. Ni la distancia, ni el tiempo que demoran estas réplicas, ni la circunstancia poco feliz hoy de mi adversario consienten ir más lejos. Tampoco mi decencia.

Punto final en esto: no he de invertir en nimiedades los pocos ratos de vagar que hay en mis días. Ni hoy ni después vuelvo yo al tema por la prensa. Suya toda la responsabilidad si, sea cual fuere el resultado, nos obligare a acudir, a mí o a alguno de los míos, a otro terreno, que judicial, que personal.

Rosas me ofreció Ud. que antes blindó de espinas ponzoñosas; de éstas, ya saneadas, le devuelvo. Rosas, no tengo rosas: las de Ud. se deshojaron; de ellas quedo deudor.

*Listín Diario*, 9 de diciembre de 1914.

## En descargo

Ya en varias ocasiones, la última sólo hace unos días y todas en este mismo prestigioso diario, se ha llamado la atención, en queja por su no funcionar o en pregunta acerca de su existencia, hacia lo que fue *Comisión Examinadora de Créditos contra el Estado*.

Y como parte interesada, por comprendido en ella e implícitamente aludido, véome precisado a acudir a las columnas del propio periódico, porque en este asunto, como en todos, chicos y grandes, bueno es y justo que cada palo aguante su vela.

No funciona esa Comisión desde hace próximamente tres meses, porque después de habersele negado el pago de la segunda quincena de noviembre (última de la Administración Báez), satisfecha a otros muchos favorecidos y de abonádole por concesión la de diciembre, se le declaró, y así fue cumplido, que no sería pagada en lo sucesivo por no figurar de modo expreso tal renglón en el Presupuesto, si bien en algún otro renglón del mismo pudo considerarse incluida.

Díjose también oficiosamente por Palacio –aunque a ella ni oficiosa ni oficialmente se le dijo nunca nada– que figuraría más adelante en la nueva Ley de Gastos Públicos, no sé si esto por amor de su eficacia o amor a alguno de sus miembros, que no sería ciertamente el que suscribe.

En verdad que a nadie puede obligársele a trabajar de balde, y la Comisión no lo intentó siquiera, ni por sí ni mucho menos exigirlo al Secretario de la misma, quien ya lo había hecho en tales condiciones durante dos quincenas *en blanco*.

Fuera de que el local de su oficina fue luego a luego destinado a otra oficina sin más formalidad que... mandarla ocupar. Procedimiento insólito que bien pudo ser otro, salvándose un poco por lo menos la más rudimentaria urbanidad.

Y a fe de hombre de orden aseguro que la Comisión era merecedora de maneras más corteses. Organizada como no lo estuvo nunca ninguna de su género, para rendir labor honrada y eficaz al Fisco, en lo que consumió su corto espacio de vida esperó en vano desde los comienzos de la Administración Jimenes a que se la convocase, siquiera para disolverla y decirle lo que haría con las numerosas cuentas en depósito, o recibírselas. Vamos, cualquier cosa, ya que no eran intrusos filisteos sus componentes, sino dominicanos genuinos, de esos sobre los cuales no proyecta su sombra una infidencia a la patria, ni siquiera, que yo sepa de abolengo.

Con nadie va la andanada, sino que sólo los tales fueran dignos de tanto desdén y... no lo son.

No que, en vista del receso o la anomalía, apenas quedó el recurso de la dimisión a algún miembro de ella que, como el suscrito por suponerse persona no grata a la situación imperante o a algún funcionario de la misma, la habría dado sin el riesgo de que se le dijese renunciante a la mano de doña Leonor.

Por sí misma no podía ella disolverse, ni sabría qué hacer, en tal supuesto irregular, con su sagrado depósito, aún hoy al cuidado de su ex miembro cajero, Sr. Lovelace.

Tampoco actuar por sí sola, pues de ella formaba parte el Secretario de Estado de Hacienda, su Presidente nato, quien no la convocó jamás, como ya expuse, a partir de esta Era Jimenes ni se ha dignado decir sobre este caso que la boca es suya.

A tal funcionario deben dirigir sus preguntas curiosos, interesados y perjudicados si de éstos hubiere.

No implica en modo alguno inculpación a nadie este mi informe, mas sí un descargo de la responsabilidad de la Comisión y, por ende, del que suscribe.

*Listín Diario*, 19 de abril de 1915.

## 26 de julio

Pertenece a las fechas históricas de la República; a las fechas faustas y redentoras.

No fue un momento de inmarcesible gloria, como las que iniciaron las dos grandes Eras que abarcan con sus brazos de gigantes toda la existencia nacional: 27 de Febrero y 16 de Agosto, genitores en El Conde y Capotillo de estas dos epopeyas: *Independencia, Restauración*.

No participa del aliento de titanes que en los coloniales tiempos escarmentó al aventurero de La Tortuga, la dolosa génesis de la actual Haití (24 de enero de 1654); al inglés en las asoleadas playas del indolente Haina y de Najayo (19 de mayo de 1655); al francés usurpador en los pajonales de Sabana Real o Limonada (21 de enero de 1691). Ni del gesto de viril protesta ciudadana que desde la plaza que después fue “Trinitaria” marchó a despedir con *destempladas cajas* al presuntuoso Charité la noche del Viernes Santo de 1714. También poco del tenaz antihaitianismo opuéstole a Toussaint desde Ñagá (25 de enero de 1801) y en el hoy torpemente derruido fuerte de San Gil (8 a 9 de febrero de 1802); y al monstruo Dessalines en San Carlos (28 de mayo de 1805); triple y bizarro esfuerzo de aquel varón de empuje que entonces se llamó don Juan Barón.

Fáltale la majestad de Palo Hincado (27 de noviembre de 1808), que el héroe Sánchez Ramírez esculpió sobre el muro de la historia con este nombre por la intención excelso: Reconquista. Y de la grande y generosa tentativa, tan presto malograda, del precursor de Duarte, don José Núñez de Cáceres, en la noche del 30 de noviembre y el día 1<sup>ro</sup>. de diciembre de 1821.

Carece de la nobleza y valentía de las fieras resistencias de Caonabo, de Guarionex, de Guatiguaná; y de Maniocatex y Cotubanamá y el sin par Guaroa, y tantos otros de nuestras casi mitológicas leyendas de la trágica Conquista. Del audaz rasgo de gallarda justa del paladín Cabral en Santomé.

Su hazaña es de la índole de Teseo contra el Minotauro, de Perseo contra Medusa, de Hércules contra el león de Nemea, de Jasón contra el dragón y aún de Ulises contra el Cíclope de un ojo.

¿Sus ejecutorias? Las del 4 de agosto de 1805; las del 25 de noviembre de 1873; la que trajo al poder a Espaillat en el 76 y a los más puros ciudadanos de la época al Congreso del 79.

Fue vengadora y reivindicadora. Defensiva de vidas y haciendas y ofensiva de una de las más ominosas tiranías que han manchado el solio presidencial de la República.

Proclamó los derechos conculcados e inició tal vez el más desinteresado y limpio, leal y noble gobierno provisional de la nación.

¡Que su obra fue luego a luego malograda por dualidades pueriles, por infidencias aduaneras, por desconcierto culpable en los últimos meses del gobierno legal a que dio origen; eclipsada por el error de abril; esterilizada por la reacción sangrienta y desordenada del 23 de marzo; mal zurcida por la Unión inconsciente; desgarrada por la terrible Desunión; nunca fielmente interpretada por el gobierno octaviano de Cáceres, el brazo de la fecha; y escarnecida por la orgía de sangre, ignominia y peculado que surgió del 19 de noviembre? ¡Ay! También se vio frustrada en sus empeños generosos la esperanza de aquellos indios bravos; de esotros valerosos colonos cuyas glorias se disuelven en la borrosa oscuridad de la Colonia; de la esforzada Reconquista; de la efímera primera Independencia... también la magna obra de la Separación, afianzada por Santana, se vio por el mismo fusilada en sus más nobles próceres, y villanamente traicionada en la Anexión... También la Restauración fue deslustrada por el desenfrenado afán de mando y la codicia de sus ínclitos guerreros.

¡Ah! no culpéis al árbol que frondoso amparó contra el sol canicular al caminante, porque después sirvieron sus ramas deshojadas para colgar de ellas a los ayer por su sombra prote-

gidos. ¡Con tanta frecuencia, en la historia del mundo, han aherrojado e inmolado la libertad y la doctrina los propios que poco antes al par que las exaltaban exultaron! ¡O los que en emboscada contra ellas, las asaltaron por sorpresa, aniquilando a sus campeones!

Tuvo el 26 de Julio su corazón y un brazo; le faltó cerebro. El brazo cayó después despedazado, envuelto, como el rostro de César, en la clámide del poder ensangrentada; o como Hércules, sobre la piel del león a quien matara y en la funesta túnica de Neso, por la vil adulación de los secuaces emponzoñada con anhelo de mando indefinido.

El corazón fue despojado de su prerrogativa de central arteria por el mal consejo de los propios y la enemiga feroz de los extraños. Y recogido en el silencio del exilio, en la tranquilidad de la conciencia y en la noble faena de un nuevo Cincinato; aleccionadas por la meditación y la experiencia su demostrada buena fe, su política honradez no mancillada, fuera hoy ya un corazón hecho cerebro sin dejar de latir cual corazón rendido al ideal soñado, a los encantos de una patria nueva, si dejádole hubierais, ¡oh adeptos impacientes!, ¡oh adversarios injustos!, libertad a su albedrío.

Dejadle ahora la ocasión espontánea a su conducta, no más le violentéis su credo pacifista, y pruebe él en no lejano día, a los propios y a extraños, que el 26 de Julio es una fecha fausta, y cual árbol vigoroso aún reverdece tras la tempestad y el rayo que sus ramas desgajaron y en horcas fraticidas convirtieron; y aún se cubre de pompa y lozanía. Que aún florece tal vez y aún fructifica, al cultivo de un hombre, Horacio Vásquez, esa obra de los grandes: Redención.

*Listín Diario*, 26 de julio de 1915.





# Candidatos

## I

Yo también quiero echar mi cuarto a espadas en este debatido tópico del día, rompecabezas de las Cámaras, elefante blanco de los partidos y esfinge en la que el pueblo tiene fija su mirada interrogadora y dolorosa.

Yo puedo hacerlo porque no me hallo en propiedad adscrito a ningún ismo, ni espero la solución de mis problemas caseiros más urgentes de ese nudo gordiano, bien que la manta no me arroje arriba de la citura.

Yo debo hacerlo, porque soy un ciudadano de esos que no han contribuido en modo alguno al derrumbamiento de esta frágil vida nacional que se ha quebrado como doble cama al soplo del septentrión, y mi derecho de exigencia y de protesta es el hermoso gemelo en este caso de mi deber de coparticipación en el dolor y el sacrificio inmenso que a todos nos espera.

A mi corazón llegan los ayes de los que cayeron a golpes de extraño, a mi rostro el sonrojo de los que han vergüenza del humillante vilipendio, y a mi cuello el filo de la cuchilla que a todos por igual habrá de cercenarnos la cabeza.

El Congreso ha de elegir cuanto antes un Presidente. ¿A quién? He ahí el problema. Cada fracción del mismo, representante de un partido y apremiada por éste, quisiera sacar a flote el de su pasión, el de sus intereses. He ahí el empeño. El pueblo, identificado sólo con la patria, exige el suyo: el desasido de todo compromiso de grupo o bandería; un cerebro, un carácter y un corazón, todo en una pieza. He ahí la incógnita.

Cedan ya las combinaciones de precámaras y los intereses de partido al único propósito premioso, noble y digno: a la

liberación de la ignominia. No porque ello baste para eso, más porque es el principio de la lucha en el que el derecho y el honor son los campeones contra la fuerza y el ultraje.

De los candidatos que han desfilado por el campo del deber hagamos el análisis. Descartemos a Báez, ya descartado, y a Nouel, que a sí mismo se descarta. Lo que son, lo dijeron en su día, lo que pueden dar de sí ya lo sabemos. Y traigamos a los otros al laboratorio.

Don Federico es una cumbre, se ha innovado. Hermosa, puede serlo, digo yo. Nevada, no lo niego. Pero no de granito. Y no basta ser cumbre. De ellas rueda también al llano el agua turbia sí, removiendo nieves, llegan hasta la tierra inconsistente, que éstas cubren las zarpas de la tierra. No diré de él, no, ciertamente, que las del peculado, la concupiscencia, la traición, la tiranía, eso no; que una vida es historia y en la suya tales ocasiones no hicieron guardia. Ni ocasiones tuvieran. Pero éstas: debilidad, vanidad, *pater familiae*.<sup>1</sup> Que en los tiempos que corren y frente al extranjero significan: toda una enorme irrupción de nepotismo, toda una acometida de Quijote a la que siga un resistir de Sancho. No es lo que pide este momento aciago... Pero basta. Con su declinatoria, cuando ya declinaba en las Cámaras el sol de su fortuna, renunció a la blanca mano de doña Leonor. Y basta. El juicio huelga; el análisis fuera disección.

Don Pancho es otra cumbre... Corroboro. Si tocado de la diátesis de familia, es resistente, y el granito en ella luce sus anchas vetas de cristales. Yo fui siempre un devoto de esa cumbre, aunque desde tan bajo que en esta devoción jamás él reparó. No llega hasta las cimas el amor rumoroso de la altiva palmera que crece en la llanura.

El Dr. Henríquez fue un sabio profesor y un estadista. Hoy es sólo un galeno acreditado y un nombre sin mancha en la opinión. Político sagaz nunca lo fue, pero sí muy eficiente y de gran brío. Prestó servicios, no es el decorativo parásito. Figura del que han llamado jimenismo histórico, cuando cayó del pedestal sin que sufriera el bronce, se fue a vivir de su ciencia en

1 Es una acepción romana, amplísima y comprensiva de nexos diversos igual que lato sentido pláceme dar aquí al vocablo nepotismo. (Nota del autor).

otras tierras; y en ellas justa fama ha alcanzado y subsistencia decorosa. Cuando lo necesitaron para misión honrada y útil a la patria, allí le hallaron, siempre presto a servir. Jamás puso acechanzas al poder, ni bajo el Presupuesto, como gato pendiente de la mesa, esperó que le llegaran las migajas. No tiene odios de nadie, ni a nadie dijo después amores.

Tornó al poder quien lo debió, de entre los suyos, a él y a Deschamps su antiguo brillo. No les llamaron porque la política había tomado por derroteros de bajuras pantanosas, y ellos no eran para trillar tales senderos. No habían sido útiles en la marcha por la ciénaga; no debían usufructuar del goce en la resbaladiza y negra roca del poder; y el olvido cayó sobre ellos como una blanca nube.

Hoy ha resurgido este hombre prestantísimo en la opinión del pueblo, y su nombre lo postuló un instante la fracción más nutrida de las Cámaras. ¿Nauta es para las sirtes del mar en cuyas ondas pudiera naufragar cada piloto ignaro? Pudieran todos postular aún su nombre y acaso se llegara con él a situaciones. Pero ha vivido muchos años apartado del medio; ya desconoce la índole de éste, que el tiempo ha transformado. ¿Podría obrar con acierto? Tal se ha argüido. Luego no es tal vez todo lo liberal que se demanda que lo fuera su hermano, por ejemplo. Aparte de eso, el momento es conflictivo, el peligro inminente, él está lejos. No será probablemente el elegido. ¡Lástima grande! (Todo esto lo digo yo).

Don Jacinto de Castro, joven aún, pero maduro en saber y reflexión, de algún caudal y de caudal político temprano, fue también postulado y tuvo a su favor la mayoría. Es injusto decir que él es ista como justo reparo a su acomodo a circunstancias. No lo es ello me consta. Juntos elucubramos fuera de aquí en un ambiente de libertad propicio, aquel proyecto de partido sin candidatos y sin ismo en que cupieran todos los que a su credo y disciplina se mostrasen adictos: don Horacio, Velázquez, Bordas, Luis Felipe, fracciones de Jimenes y aun Victoria, que se baña actualmente en el Leteo, en cuyas aguas por costumbre abreva el pueblo tornadizo; todos cabían allí. No pudo ser, sin que por él no fuera (ni por mí, que nada puedo), y a pesar de la franca aquiescencia del primero citado, que restaba su nombre, en cuanto nombre y domaba su legión. Pero quedó

con ello, téngolo yo entendido, desatado de toda ligazón personalista, no embargante su voto inalterable –como lo fuera el mío– para el jefe estimado, en los comicios venideros.

Quédanme nuevos candidatos por analizar. Y contribuir después, pese a mi corta vista, a buscar aquel de transacción que a todos satisfaga.

Pero el periódico reclama espacio para otros temas y otras plumas. Continuaré mañana mismo, salvo que por exigencia del material acumulado el diario resulte este mañana el ayer de fray Luis, como suele ocurrir.

## II

Como decíamos ayer, antes de tocar el ayer de la materia que es el candidato de transacción a que todas las fracciones del Congreso den su voto, iniciando con ello la obra de salvamento del naufragio, he de hablar de algunos otros.

José María Cabral y Báez, conjunción de dos notables apellidos, si el uno más ilustre por vinculado a las dos epopeyas de la Patria, si el otro de un vigor más pronunciado, en cuanto mandatario, es de los postulados. Su dos veces histórico abolengo pudiera redimirnos de inquirir sus dotes para el caso.

Carácter firme, liberal sin tacha, político sin claudicaciones ni bajezas, aunque horacista de filiación, nacionalista de doctrina para él como para todo el que no se llame ista, no hay bolos ni coludos, ni velazquistas ni legalistas, para él sólo hay buenos y malos. Compromisos de tanto por ciento no los hará, pero tomaría lo mejor de lo mejor donde lo hallara para cada servicio. En su cruzada con el yanqui, trazaría una línea de conducta con su espada, la del honor y el patriotismo.

Amigo es, y aun deudo muy cercano de las Cámaras en la banda bola; amigo y compañero histórico de la horacista, amigo de legalistas, dícese que también de velazquistas. Odios no guarda a nadie; porque su temperamento no es de odios. Si fuera yo, que lo conservo inmenso a cierta secta y antes pusiera mi mano en un brasero como Mucio Scevola, que estrechar con ella la del jefe que tan gratuito daño nos causó a los míos y

a mí. Y conste que con esto no me refiero yo a Velázquez, del cual sus presentes actuaciones y el virus recientemente inoculado por los suyos en nuestras relaciones, otro tiempo cordiales, me tienen hoy separado.

Argúyese o arguyó el propio Cabral y Báez que su salud no es actualmente buena para las grandes fatigas de la lucha. No he de opinar en eso; no me incumbe; pero es lástima que no se fije seriamente la atención en él instándole y que se pierda esta posibilidad de un buen acuerdo.

A Enrique Jimenes pongo ahora bajo mi mente cuentahilos. ¿Tiene talla, capital político bastante, prestancia para el caso? ¿Es elemento armonizable con los menguados intereses de partido que separan los bandos y mantiene acéfala y sin defensa la República? De lo primero tiene algo, si no tanto como algunos de los que he citado, caudal de bando, más que otros de los mismos, prestancia la tendrá, si quiere conquistarla.

Hay notables gestos en su historia: su fidelidad en la desgracia de aquel Morales malogrado por la injusticia de la hora, y su digna actitud liberal en el jimenismo, su casi abrazo a la oposición en nombre de la doctrina, lo que le valió la caída de su curul ministerial.

Candidato para la presidencia definitiva yo no lo sustentaría, aún le falta crecer y robustecerse en los principios y dar pruebas inequívocas de ello en nuevas actuaciones. De transacción, bien puede serlo; creo que si promete decorosa imparcialidad ante los bandos y firmeza ante el invasor lo cumplirá cabal.

Ésos son los candidatos asomados por las Cámaras. Otros tal vez apunte la opinión, y uno hay que, en divorcio actual de ello, pudiera presentarse de momento por una de esas sorpresas mágicas en que tan pródiga ha sido nuestra política inefable. Este es Velázquez. Pongámosle el cuentahilos.

Elemento de organización sí que lo es, hombre de ideas severas, exactas y precisas también. No contemporiza con la holganza, ni se abraza en el poder, a lo que no sirve, si bien pudo plegarse a veces a circunstancias y hombres. Le conocí ideales levantados, desmedida ambición entonces no tenía. Liberal no lo es, inoperante en sus pasiones mucho menos. Absorbente de la ajena atribución por absorbente, dicho sea en su honor, el trabajo que los otros le dejaban.

Tal el Velázquez que trabó otra tiempo. Después las ambiciones le han maleado, el dinero granjeado en la política le ha hecho menos severo en abrazarse a secuaces que mañana tal vez él recusara; también le ha hecho más audaz en su propósito de escalar la primera magistratura. Su querer en este punto es insolente. Y parece no reparar en medios. Se le acusa de conivencia con el yanqui invasor; y no se justifica. Se lo ve manipular como un su cómplice, y no cura de sincerarse.

Para una interinidad él no es de molde. Cumpliría fielmente con sus pactos, pues ha venido a ser tratante en conjunciones. Organizaría, ordenaría, encausaría y levantaría ciertas instituciones venidas tan a menos; pero a las libertades públicas habría que celebrarles funerales el día de su arribo al solio, y la justicia sería él. Tiene carácter para no abandonar al yanqui aquello que él gobierne a su llegada; mas para llegar se quedaría sin brazos y dejaría como cangrejo sin bocas y sin patas la República.

Para la definitiva posee lineamientos de Thiers, García Moreno y Doctor Francia: esa trilogía tremebunda de doctores. En la historia apenas se recuerda el buen gobierno de un borlado, y aunque Velázquez no lo sea, se les parece en eso. Fue el Ministro Franco de Portugal: por él murió su jefe. Yo no sé si de cadalsos porque de sanguinario no posee ejecutorias, pero de encarcelamientos y destierros y atropellos puede que se le llenen los anales de su mando. Si fuera cosa realizable suprimiese estas rémoras, dejándole aquellas sus ventajas, cambiarle la mitad de su psicología moral fuera cosa excelente. ¡Lástima grande!

Dejo aquí mi presentación de candidatos asomados. Veamos cómo hallar ahora uno de transacción. Pero antes de terminar esto e ir a aquello, permítanme que siente un aclarando.

No soy dado al oficio de incensario, mas soy justo. En el poder mis ahora analizados no prodigaría a ninguno ditirambo. Tampoco funjo de verdugo: no descabezo a nadie sino sirvo a la verdad, a lo que por tal tengo. En el poder supremo mi ajusticiado de hoy no le diría yo tanto, o lo diría ya lista la maleta o el ánimo bien dispuesto al sacrificio estéril que es en estas tierras sin sanción el enfrentarse al fuerte, aunque no enferma tal vez de ese mal mi señoría.

Lo dicho es a reserva de decir, lo contrario en contra o pro, si más tarde los hechos me demuestran que estuve con alguno equivocado. Para rectificar, aunque no me lo demande otro que mi conciencia siempre estoy presto.

### III

Tres condiciones deberán bastarles a los desinteresados árbitros de la solución más urgente del conflicto, para elegir Presidente interino de la República, tres cualidades en el candidato: capacidad, carácter y honradez. En la honradez comprende el patriotismo honrado y puro. Esto al País le fuera suficiente para su salvaguarda. Cumbres no ha menester, que con ellas, cuando son espejismos de las nubes, podremos deslumbrar a la América Latina literaria, mas no satisfacer a hombres-Estado de ésta, o de la sajona. Basta ya de efectismos, que han consumido ellos, junto con la revuelta, nuestra vida pública y privada.

Con hombres como he dicho, medianías o cimas –pues si esto se une a aquello es aún mejor, sin duda– tiene el país para el gobierno de transición que anhelosamente espera. Pero como no tienen ellos, los padres conscriptos, con lo que él tiene; como los tiempos no son los de los Gracos, ni se trata de la magna asamblea de los del 4 de agosto de 1789, en que diputados del clero y la nobleza compitieron gallardamente en renunciar sus privilegios en honra y provecho de la nación, como se quiere un hombre que garantice la posición ganada, los tantos por cientos proporcionales; que sea prenda de buenas elecciones, de reformas, de libertades públicas, y en esto la razón les sobra; como cada partido compele a su fracción en el Congreso –su participación en la mesa del presupuesto, sus cubiertos– claro está que hay que atender a tal propósito primero. La Patria, eso entra en poco; eso es lo secundario.

Hombres de cierta altura moral, de cierto favor público, para no improvisarlos si no los quieren nuevos; alejados hace años de la candente arena, de alguna holgura pecuniaria; hombres de honor capaces de comprometerse en cosas dignas y de cumplir sus compromisos, aún los hay, a más de los citados en mis

artículos precedentes. No importarán sus viejas filiaciones, pues por algo son hombres de honor. Ahí están, ya que edad y quebrantos le mantienen inmóvil, al más prestante de los hombres públicos pasados, al íntegro Tejera, ahí están Luis M. Hernández Brea, Emilio C. Joubert, Domingo Ferreras, Manuel de J. Viñas, Francis Guzmán y otros que no acuden ahora a mi memoria. ¿Que ésos son horacistas? Del que podría llamarse histórico, sin duda, mas su apartamiento en esos años últimos, algún valor les da; luego su hombría de bien... Empero he aquí estos otros: Genaro Pérez, Manuel Ubaldo Gómez, Eugenio Deschamps, Pedro A. Pérez, Manuel de J. Bidó y alguno más de aquí, también ya señalado, a quien no he de nombrar. Mas vayan los siguientes: Apolinar Tejera, Jaime R. Vidal, Manuel de J. Troncoso de la Concha, Salvador Gautier, Arturo Grullón y los del interior que no recuerdo y se hallen en su caso. ¿Qué son ésos? ¿Por sus nexos de afinidad serían, los más políticos platónicos? Yo los tengo por elementos desligados de partidos istas. A todos por honrados. De aptitudes notorias, de seso y patriotismo.

Ya que los hombres que mayor valer político, unidos en éste o en aquél a una reputación moral o intelectual, tales como Horacio y Leonte Vásquez, Enrique Henríquez, Luis F. Vidal, Bubul Limardo y otros, por su matiz político asaz bien pronunciado, fueron descartados, ¿por qué no fijan entonces la mirada en hombres absolutamente nuevos en política, aunque no improvisados, puesto que son de altura en otro orden y gozan de opinión? ¿En Francisco J. Peynado, cuyo discurso no fuera una doctrina ni un programa sino una convicción franca y honrada, en Américo Lugo, patriota sin discusión, capacidad sin, liberal sin tasa, energía sin miedo? Son dos jurisconsultos de gran talla, dos grandes luchadores. O en éstos de probidad, de buena fe y carácter, en los que la intelectualidad puede suplirles ministros competentes: D. Eliseo Espaillat, que estuvo en el tapete a punto de elección, D. Andrés Pérez, D. Amable Damirón, D. Fernando A. Ravelo, D. Manuel Moya, D. Lilo Cabrera, D. Pancho Herrera u otros con que no acierto en el momento, todos tan honorables. ¿Que defectuosos? Todos. Para perfectos acudid al cielo.

Cualquiera de ellos, o de los anteriores, o de los postulados puede gobernar el País en la interinidad y un programa previo que se les exija. “Vengan programas”, les diría yo, de ser yo el



Congreso. Y escogería el más adecuado de los hombres con el mejor programa y la mayor garantía de cumplimiento.

El temor es pueril, la gratuita sospecha es infundada. ¿Cómo le harías hablar, al porvenir? Preciso es arriesgarse con alguno.

He callado adrede nombres muy estimables. O por nexos que a ellos me unen, o por falta del favor popular, si muy merecedores, o porque su amistad personal a algún magnate les haría, sin motivo, sospechosos. No quiero yo exponerlos a la sonrisa del desdén del público o de los árbitros de la elección. Lo que no quisiera para mí no busco para otros. En política, en profesión, en ciencia o letras la impopularidad es una lepra de la que todos huyen: a quien nadie le da, nadie le quiere dar. Ríndese parias a la reputación ya consagrada; a la envuelta en oscuridad, por no buscada, vade retro.

Lo que ha menester el elegido es una gran firmeza; y una gran temperancia en el uso del poder.

Pues bien, si el Congreso Nacional, por sus antiguas filiaciones a unos, por su actual partidarismo a otros, a éstos por incoloros, a ésos por sus débiles matices hipotéticos, por nuevos, dudosos o sin relieve a los de más allá a ninguno elige; ni ha de acudir a la borrosa penumbra de los innominados, ¿a dónde irá este Diógenes de treinta y seis cabezas que sin salir del tonel de su egoísmo, apenas fuera de él asomado con maguey bajo su carapacho, dice buscar un hombre a la hermosa claridad del patriotismo, cuando sólo ilumina el candil de un mezquino interés partidarista? ¿Cómo hallar el que a todos deje en pie, la mano en la sartén, el puesto en la trinchera insospechable de felonía, garante de libertades, patrocinador de las reformas y al par patriota firme y probo mandatario? ¿Qué hombre será el de bastante altura que cumpla todo eso de cada grupo y a la vez de todos? Sólo hay uno: el que sirva a la Patria. A cuyo amparo cada bando y cada ciudadano hallará lo que su diligencia y sus merecimientos le deparen.

Fuera ya las intrigas: la hora es de nobleza. Basta ya de esperanzas cortesanas [...]

*El que no las limare las rompiere,  
ni el nombre de varón ha merecido,  
ni llegar al honor que pretendiere?*

Apresuraos a elegir, árbitros del momento, o confesad que servís con vuestra lentitud una de estas dos causas.

O la de un poder de facto nacional, obra de los partidos en consorcio, que os echará de ahí como a los viles mercaderes echó Jesús del templo.

O lo que es más probable y sería en breve la de un poder de facto híbrido, fruto del contubernio de extranjeros y descarriados ciudadanos.

Para ruina total de la Patria y baldón vuestro.

*Listín Diario*, 12-14 de julio de 1916.

## De antifaz a careta

El espíritu sereno del artículo que publica en *El Tiempo*, edición del jueves último, alguien que suscribe Guayubín, obliga mi cortesía a dedicarle unas cuartillas.

Analicemos una a una las especiosas falacias con las cuales se pretende desvirtuar conceptos externados en una de mis *Yanquilandarias* salidas a luz en *La Bandera*, aquella en que someto a mi criterio recto la responsabilidad que cabe a Desiderio Arias en la Intervención Americana.

Comienza el tapado autor por enrostrarme, así como de paso, que oculto mi nombre tras el seudónimo de *Alter Ego*. Como no conozco a nadie que se llame *Guayubín* en propiedad, y ni remotamente vislumbro en el estilo quién queda allí parapetado, una sonrisa plácida, benévola, cual la que suelo dar a las pequeñas debilidades de razón, se dibuja en mis labios. Mi seudónimo es harto conocido en el país: diáfano como un cristal, me deja ver tan claramente, que no hay viejo ni mozuelo, del centro o de la orilla, capitalaño o provinciano, que en dándose a leer la prensa periódica, cuando ya me ha conocido no me reconozca *incontinenti*. Y el que no, por referencias. Téngalo bien comprobado y podría invocar una gran gruesa de testimonios. Pero esto sería distraer al lector mucho más de lo justo en punto que nada le interesa. Si le uso, es por motivo ajeno en absoluto a la vulgar cautela que lo aconseja de ordinario.

Apuesto ciento a uno a que el original de *Guayubín* sabe muy bien quién soy. ¿Ocurrerme con él otro tanto? No por cierto. Que lo conozcan muchos y sea toda una celebridad, bien puede ser a mí que me fusilen por la espalda si atino con quién

sea *Guayubín*; y si hubiera de batirme con él personalmente en este escrito –lo que sería difícil, pues yo no descendo al lavadero aunque me llame *airado*–, tendría que dispararle mi arma al bulto, en tanto que él lo hiciera (una expresión de acá) *a punto metido*. Porque mi antifaz es de gaza y el suyo una carátula de Diablo Cojuelo.

He ahí la primera sinrazón de mi censor. Cierta vez oí a un callejero que increpaba a otro: ¡*Feo!*, ¡*feo!*, le decía, y el que apostrofaba era uno horrible.

Llámame también *partidarista*, *sectario*, ¡qué sé yo! ¡Señor, qué desatino! ¿Pero no me ha visto darle chicote a todo el mundo? Para que tal no se me diga, ahora que funjo de juez, no me encuentro afiliado a ningún bando, y asilado vivo como la roca escueta en medio de las olas. Bien que ello no me pesa, pues por algo he leído, no recuerdo dónde, que “el hombre aislado, ese es el hombre fuerte”. ¿Podrá decir lo mismo mi adversario? ¿No será él un *ista* rancio, pongo por caso, algún *desiderista* redomado?

¿Que “abro mis fuegos contra Desiderio, agotando el vocabulario del *dicterio*”? ¡Quiá! no señor. Si guardo provisión mayor en el costal...; pero no de dicterios, sino de calificativos pertinentes. Supongo que usaría el vocablo porque se lo trajo a la pluma el consonante. Tan ayuno de toda sanción vive este pueblo, que a la verdad llaman en él injuria, y al lenguaje de la noble indignación bastarda ira. Habitado a que el silencio arrope el crimen, no por generosidad sino por miedo, y a que las ruines conveniencias se disfracen de magnánimo olvido, cuando hay uno que se atreve a anatematizar de la tribuna a quienes han abusado del derecho a pecar venialmente que tiene todo el mundo, a ése tal se le moteja de parcial, de odio, de índole colérica.

No, señor *Guayubín*, yo a nadie hiero por herirle. Ni para Desiderio guardo el odio. Lo que aborrezco es la perversidad y no al perverso; al criminal le juzgo, le califico y le condeno. Sin ira, sin rencor, sin miedo. Mi indignación es inexorable, pero honrada. Mi dolor es intenso, pero no mezquino.

Hay en el primer párrafo un período de intención ambigua; alude a referencias del pasado y responsabilidades compartidas, que se omiten porque la hora, dice el escritor, no

es para acusaciones. Eso no va conmigo. Sólo puestos de competencia he ocupado, desde los cuales no se toca *pito ni flauta* en la política. Mas no he de curarme yo en salud: precise y hablaremos.

Solidaridad nacional, prédica y concordia quiere ahora, después, como él muy bien dice, del naufragio. Bueno: yo no diré que es tarde para eso. Luchar por resurgir, armonizarse para vencer, no acostarse a morir, es de varones. La hora más propicia, empero, para esa solidaridad nacional, para esa prédica y concordia, fue aquella en que la inclinación a la concupiscencia hizo sordos a los que jugaron en el tapete de ávidas codicias, y más tarde, una fracción, en torpe rebeldía, el honor de la Patria.

Ignorancia de la amenaza extraña no la había. La nota a que se refiere el articulista no dejaba la duda. Y no obstante, hubo la defección *desiderista*, que era como poner fuego a la mecha. ¿Y para qué? Para meter el país en la aventura, y luego dejarlo en ella, arrimándose el jefe a calentarse en el brasero.

La intervención americana estaba decretada, arguye el defensor de Desiderio. No lo niego. Más ¿por eso debían los cofrades de *Guayubín*—porque *Guayubín* huele a *desiderista* como a ajo el ajo—, apresurarla? El que se halle nuestra madre al borde del abismo; no digo ella, un cualquiera, ¿es razón para precipitarla dándole un empujón? Lo lógico, lo patriótico, lo humano, lo filial era hacer un esfuerzo supremo por salvarla. No dar uno el pretexto; ni traer por propias manos la ocasión.

Confunde *Guayubín* lastimosamente las especies. No apoyó Desiderio a las Cámaras en la acusación de éstas contra Jimenes; fueron las Cámaras quienes se adhirieron a Arias ya en plena sedición, apelando, *a posteriori*, al recurso de la acusación para legitimar el hecho. Fue “A moro muerto gran lanzada”. Jimenes merecía eso y mucho más, pero lo mereció desde hacía tiempo. ¿Por qué no disteis paso, meses antes, a la valiente acusación del horacismo? Entonces erais, completos, de Jimenes. Creo yo que es deber de toda fuerza pública apoyar a la autoridad, sea ella cual fuere, que ejerza su derecho; la fidelidad, a las instituciones antes que a los hombres. En eso estoy de acuerdo, mas ese no es el caso. La autoridad legislativa acudió a cohonestar el hecho, brutal y artero, de la fuerza. El asunto Sulze, lo

ignoro o lo he olvidado; no ha de ser el mismo, sin embargo. ¿Se reveló el ejército contra Sulze antes de cursar la acusación? Los yanquis son los yanquis; empero, entre ellos no se cuecen esas habas. Tales argucias son buenas para aducirlas al intruso extranjero; no a un criollo testigo de las cosas. Inmejorables marrullerías congresales, allá en las disquisiciones de las Cámaras; en el criterio sin pasión, claro y honrado, eso no cuaja. Id a contarlo a otros.

No he pintado como un monstruo de sangre a Desiderio. No levantó cadalsos, ya lo sé; no mandó a herir por la espalda, yo lo creo. Lo declarara así como viniera a cuento en el curso de ese escrito. Encarcelar, lo ignoro; atropellar, hallo esto entre mis recuerdos; cuando mandaba el arzobispo Nouel hizo saltar Desiderio a un gobernador que se le opuso, no siendo él, legalmente entonces, jefe. Yo, empero, nada de eso he dicho. Aludí en mi *Yanquilinearía* a ese desatar hordas como quien suelta perros, a la voz de “sálvese quien pueda”, sobre la población pacífica de Santiago y otros puntos más, a buscarse la vida a puño limpio entre paisanos, al grito de “la bolsa o la vida”. A esas exacciones y atropellos sin ejemplo en la historia nuestra, de las que llegaron hasta aquí los ecos de protesta. Si no es cierto, han mentido cuantos de allá vinieron; demandadlo a ellos.

Concluyo. No tienen mis *Yanquilinearías* el propósito de derramar virus rábico en los hombres cuyas ejecutorias negativas prepararon o trajeron la Intervención. Juzgar no es atacar, condenar no es odiar. Ni la justicia humana ni la historia adulan cuando el crimen califican o castigan. No exijáis a los hombres que lo hagan cuando les mueve la intención honrada.

30 de septiembre de 1916.

*Listín Diario*, 4 de octubre de 1916.

## Respuesta a la segunda encuesta de *Letras*: ¿Cuál es el mejor libro nacional?

Estimado Sr. Fombona:

Ha tenido Ud. la humorada, amigo mío, de incluirme entre los destinatarios de su última encuesta, y débole la cortesía de una contestación.

No será mía la culpa si ésta no le satisface, y si rozo con el amor propio de autores que estimo.

Ni funjo aquí de crítico de oficio ni me meto por ello a literato, como podrían tal vez pensarlo por ahí, alarmados con la perspectiva de una nueva aunque débil competencia, algún pontífice magno de las letras o tal autor almibarado de crónicas galantes. Apenas puedo ser un dedicado a estudios solitarios en diversos campos, y, aunque ya viejo, tímido diletante, amante del *gay* saber y de la abstrusa ciencia.

Pero como no pertenezco a sectas ni a cenáculos, ni cultivo con afán de Pasteur el microbio del *yoísmo*, estoy en condiciones de ser y creo que soy hombre sincero.

Esto siquiera, nada común en nuestro ambiente intelectual, va ganando la encuesta con mi concurrencia, bien que asista yo a ella vestido de trapillos.

Sírvase el preámbulo de excusa de que al *sancta-sanctorum* me le atreva con profana pluma; que así Dios me condene por mis muchos pecados a horneado en el infierno como tengo yo ganas de granjearme con esto el *aura populis* de los árbitros de reputaciones del parque o de la crónica.

Pídale asimismo mil perdones por el espacio que le ocupe mayor del que Ud. quisiera y también yo, en su acreditada revista.

La brevedad de ciertas respuestas me ha coartado un poco; a punto estuve de rogarle me hiciera Ud. merced de ésta la mía, y a ello se debe que antes no se la enviara. Porque no poseo autoridad que me permita exponer mi pensar sin motivarlo, sin disertar sobre el un *úkase* literario no es un fallo, aun cuando lo haya dictado el porqué, tal como entiendo yo que el juicio en este caso lo requiere, propio Júpiter.

Y ahora es tiempo ya de que me acerque al tema.

## I

*¿Cuál es a mi entender la mejor obra nacional en prosa y por qué?*  
Procuraré contestarle con mi leal saber y mi entender escaso.

Ardua en verdad la empresa, porque entre obras de índoles tan diversas como las escritas en prosa, no embargante la pobreza intelectual del medio, es por demás embarazosa la comparación –de la cual resulte acertada clasificación que dé margen al análisis de cada una– y la proclamación de la que a todas las otras señoree.

*La obra nacional en prosa*, expresa Ud. de un modo general, y naturalmente debo pensar que no excluye ningún género y las comprende todas. Pero como yo no las poseo ni las conozco todas, he de limitar mi tarea a aquellas que llegaron a mis manos bondadosamente dirigidas a mí por sus autores respectivos, o que por su valía o un interés ocasional adquirí después con mi dinero o he rogado a algún distinguido amigo facilitarme de momento ahora.

Creo que en casos como el presente debe aspirarse a concluir por vía de eliminación, seleccionado, hasta rematar en lo mejor.

Mas he aquí, ¡válgame Dios! Que un auto de fe previo parece que se impone, cosa así como aquel que antaño practicaron el cura y el barbero en la biblioteca del manchego ilustre. No haré yo tal, empero. Antes quiero encontrar el mérito de todas.



## II

En hecho de obras, debo aquí descartar cuantas no tienen una unidad de asunto, las que son una serie de trabajos recopilados, cual las muy doctas y estimables, galanas o donosas, de Lugo, *A punto largo*, Henríquez Ureña, *Horas de estudio*, García Godoy, *La hora que pasa*, Ulises Espaillat, *Escritos*, Fiallo, *Cuentos frágiles*, Garrido, *Siluetas*, García Gómez, *De todo un poco*, García Mella, *Tiempo perdido* y algunas más que desconozco o no recuerdo ahora, aparte las primicias juveniles, que antes que de análisis han menester tan sólo de aplauso alentador. Hubiera Ud. empleado la voz libro, y mi labor forzosamente se extendiera a tan meritorios exponentes de la cultura y de talento, entre los cuales los de Lugo, Henríquez, Fiallo, Godoy y tal vez otro postularan con legítimo timbre el primer rango. Mas por una obra entiendo yo la obra una en toda su extensión, hija de uno solo y esforzado aliento, de un largo discurrir por la alameda a cuyo término Beatriz, la gloria, aguarda al Dante para ceñir su frente de laureles.

## III

Si Hostos, preclaro borincano, no fuera lo que es, una altísima personalidad de las Antillas, gran figura intelectual de Hispanoamérica, junto a Martí, de autor, Rodó, Darío, Montalvo y Bello, cuya gloria pudieran reclamarla como suya, del propio modo que las radiosas y sublimes de Bolívar, San Martín y Sucre, desde el Popocatepelt al Aconcagua, claro está que en cuanto autor ninguna otra le tomaría la delantera a su *Derecho Constitucional*, obra aquí concebida, escrita aquí por mano de sus discípulos, y publicada en primera edición en el país: fuera la producción primera en jerarquía.

Después de ésta, de su *Moral social*, también escrita y editada antes aquí, su *Sociología*, que si no se editó se dictó de igual modo que las precedentes a sus discípulos de la Normal, hay dos producciones nacionales más, de factura científica antes

que literaria que a todas las puramente dominicanas pudieran disputarle el ápice, la una por su prioridad cronológica, su erudición preliminar, la tersura de su idioma, su elevado espíritu y su elegante sobriedad y precisión de Tácito; la otra por el supremo esfuerzo, la riqueza del acopio, la intención patriótica y la asidua y fatigosa labor que aúna y representa. Son la *Historia patria* de Delmonte y Tejada y la de José Gabriel García respectivamente. Pero ambas son defectuosas, o por sus lagunas y a las veces mal documentada aquella; o por prolija de cosas menudas, pobre de lenguaje y de otros recursos atractivos, y caótica de narración esta última; o por falta de verdadera crítica histórica y de método científico las dos. Sin que sea preciso mencionar la de su índole, compendiosas y destinadas a textos de enseñanza, pero nada adaptadas a ello por una sabia didáctica escolar. Meros ensayos juveniles o apresurados, carentes de cívica cultura y de paradójica presentación, ayunos de método e inadecuados de lenguaje para la mente infantil. Pudieran mejorarlos sus autores, que talento tienen. Y aún debieranlo.

En cuanto a obras de otras materias con las cuales se ha enriquecido la didáctica nacional, fuera de las meritorias para su tiempo, la *Geografía patria* de Guridi y la de Meriño, muy pocas cayeron en mis manos; me abstengo de juzgarlas. Sé de algunas y tengo oído decir de otras que son requetemalas. Bien que a todas sea justo agradecerles el vacío que han llenado.

#### IV

Llego ahora a la parte más delicada de la encuesta; a la que sin duda Ud., artista de temperamento, dirigió principalmente la mirada: no necesito aclarar que a las que son obras de arte.

De entre las que reclaman este título y poseen la unidad del caso, no he de tomar en cuenta sino aquellas cuyos autores gozan ya de renombre que ha traspuesto los horizontes patrios. Las demás, raras, como los libros de diversificada lectura clasificables en el mismo rango, o no merecen un estudio detenido o me son desconocidas. Por regla general son ensayos medio-

cres, más o menos felices, de gente moza, que aparte lo que prometen, sólo alcanzan aún a reflejar en sus páginas las más frescas lecturas, hechas sin método y sin maduro discernimiento, de sus jóvenes autores, alguno malogrado. Ni estilo propio ni originalidad. Distraer la pluma en autores noveles, cuando en ese alborear no son aun geniales, tanto vale como apacentar el espíritu en la menuda grama o en campos de hojarasca y pétalos dispersos que el aura primaveral arrastró allí de los floridos prados o de las altas frondas. Las presuntuosidades juveniles agigantan las proporciones de sus cosechas, debido al entusiasmo de la edad, con el cual las miran por el anteojo del lado que las acerca a su amor propio. Son bellas flores que evolucionan hacia ópimos o insustanciales frutos. Aplaudirlos, sí, sin exageración, para no engreírles; pero sin mezquinas reservas que abatirán su vuelo.

Los otros, los de mayor talla, no siempre por más geniales sino por más expertos, claro está que han bebido en otras fuentes sus motivos, sus escuelas o sus maneras; la riqueza de su léxico o la elegancia de su cláusula (*Nihil novum sub sole*); pero imprimiéndoles su sello peculiar, salvando su originalidad y barajando el material ajeno con tal facultad de asimilación que alcanzan a crear su obra: el panal de la abeja. Paséanse por el acervo literario común, arrojando sobre sus haces nueva luz; tal el cocuyo, que a un tiempo liba del cañaveral y lo ilumina.

La literatura nacional, pobre aún, pobrísima en todo género, lo es más en las obras de unidad y buena prosa de que vengo tratando. Es facilísima, pues, la selección: pues donde hay poco, pronto, pronto se da con aquello que se busca.

Tengo delante a tres autores en éstas sus obras para analizarlas: *Rufinito y Alma dominicana*, de García Godoy, que debía su deferencia cuando yo también, desde la crónica de la *Revista Escolar*, que dirigía, prodigaba mi aplauso a libros recién aparecidos que implicaran alguna enseñanza; y *Guanuma*, obtenida de momento a última hora, para hojearla siquiera; *Ciudad Romántica* y *La sangre*, de Tulio Cestero, llegadas a mi librería y que leí con delectación antes de ponerlas a la venta; y *Enriquillo*, del ya extinto Galván, obra que fue siempre de las bellas reliquias que guardo con unción en mi biblioteca particular.

## V

Siempre leí con gusto a García Godoy. Creo que es de los escritores nacionales de más fuste por la alteza de sus miras, la soltura de su pluma y la abundancia de su verbo. Fecundo y laborioso, construye cada día y mantiene su intelecto en comunicación constante con las ideas modernas y bien informado de los nuevos derroteros y las últimas modas literarias, que no se apresura él a vestir indiscretamente. La crítica es su predilección y la cultiva con lucimiento y gallardía, bien que no siempre con severidad y plena independencia. Los comentarios históricos de sus obras ostentan la nobleza de su espíritu generoso, pero cuando se mete en dibujos novelescos y deja de ser un autor subjetivo para hacer hablar los personajes inconscientes de las que ha dado en nominar novelas, o baja por propia cuenta a esa estatura, viene a menos su alcurnia lamentablemente, y la pobreza de su imaginación contrasta con la maravilla de su decorado. Edifica él magníficos palacios y aloja en ellos luego a pordioseros.

De su trilogía histórico-novelesca, *Rufinito* cabía en unas cuantas páginas, como un cuento verídico que es, un episodio diluido en todo un libro que encierra capítulos soberbios, casi fuera del marco del asunto. Cánovas del Castillo, que explotó en su *Campana de Huesca* una tradición parecida, si inversa en el suceso<sup>1</sup>, aunque censurado en detalles de arte por la alta crítica, fue mucho más feliz en su intento novelesco.

Además, hay una nota triste en aquel concierto de ideas levantadas: a pesar del nacionalismo acendrado de la obra, censura en ella con embozo el altísimo civismo del gran Duarte, que rehusó alzarse poder sobre el pavés de un pronunciamiento, e iniciar así él la era funesta de las cuarteladas que abriera luego la usurpación pretoria de Santana. ¡Mil veces bien por el gran Duarte! La posteridad aún mal nutrida de verdadera moral

1 Porque en vez de unos cuantos dones que defienden su vida con la muerte de un palurdo, es un plebeyo quien reivindica osadamente la autoridad real cortando las cabezas a varios nobles y colgándolas luego en forma de campana. (Nota del autor)

cívica se atreverá a tal reparo, mas nunca así el criterio absolutamente recto. No quebraría hoy la luz sus rayos de oro sobre la blanca figura del patricio para arrancarle en trueque fulgores de diamante.

En *Alma dominicana* y *Guanuma*, en las cuales parece que se aspira a pincelar glorias criollas, muéstrase más ganoso el escritor de ensalzar la bravura de un Cid tráfuga, de hembras de desertores de su bandera, y aún de las mismas huestes enemigas, cuyas proezas legendarias canta, que de cumplir el alto fin moral que preconizan sus hermosos prólogos. Tal no hiciera, por ejemplo, sino para mayor realce de sus héroes, aquel autor casi épico de *Venezuela heroica*, cuyas huellas tal vez, de pura historia, para su mejor éxito debió seguir.

Es lástima ver cómo desvían su vocación ciertos talentos. Son las novelas de éste simples disertaciones de áurea vestidura, nobles comentarios y pinturas felices de algunos caracteres, ora individuales o ya colectivos, algo sociológico junto a lo psicológico y... nada más. Un soplo de Salustio, ráfagas de Suetonio y de Plutarco pasan sobre la frente amplia mientras rasguea en las cuartillas su pluma bien cortada. ¿Por qué no contentarse con el narrar ameno de un Thierry, el febril y nervioso de Michelet, el de Tires acaso, antes que requerir de amores la musa encantadora de Scott y de Dumas, a cuya posesión su estro no alcanza?

En la novela histórica lo novelesco es antes y más abundante, como lo es el vehículo más que la droga en una poción a base de agua azucarada. En las de Godoy la ficción es endeble, los personajes concebidos no son viables y se desvanecen de la mente antes que el libro haya caído de las manos: la historia los disuelve, la disertación los estrangula, y como no eran bellos no queda de ellos rastro. El diálogo rarísimo, sin vivacidad, sin nervio; misérrima la fantasía: débil el colorido.

De ciertos lunarillos en el léxico, y aún en la frase a veces, no hay que hablar: son hijos muy probables de su distancia del cajista y el corrector de pruebas; pero no puede decirse lo mismo de los anacronismos en que incurre al poner en boca de sus personajes y a ratos en la suya propia términos y terminachos muy posteriores a la época que narra.

En suma, téngolas para mí, esas obras, pujante y aparatoso esfuerzo por levantar en alto unas vejigas de aire, impulsiva

arrancada que se rinde muy lejos de la meta, ricos marcos a lienzos sin valor.

Hay en ellas, repito, trozos admirables, de profética inspiración... mas todo en vano.

Y obra de arte que frustra su primer propósito, el artístico, y la alteza moral de su objetivo, no ha triunfado. Ni puede proponerse por modelo, así atesore méritos preciosos.

## VI

*Ciudad Romántica y Sangre solar*, de Cestero, forman un solo libro, pero tan hermanadas en el fondo y en la forma las dos obras, que se diría la una continuación de la otra. Estas afinidades no son raras en producciones de un mismo autor, y por algo aparecen asociadas con frecuencia en la bibliografía general.

*La sangre* es su última palabra artística, su obra más acabada, la madurez de su talento hecha verbo y color en riquísima gama, su escepticismo personal presente y su temperamento diafanizado en esas páginas tan bellas y tan crudas, exquisitas y crueles como dagas de Benvenuto.

¿A qué escuela pertenece Tulio? Dificilillo precisarlo, y forzoso para ello investigar su filiación literaria a través de los autores que refleja en uno o más detalles de sus trabajos de aurífice, desde sus primeros ensayos románticos parnasistas hasta su última hija, de puro naturalismo y de un *verismo* desolador. Refleja a sus maestros y se refleja a sí mismo en sus obras con toda su cambiante modalidad mundana, artística, política filosófica. Aplicárasele el procedimiento Sainte-Beuve, desarrollado y elevado a sistema por Taine, y encontraríase de cierto la razón de esos derroteros en zigzag, en curva, en recat, de su arte. Porque este Proteo que vimos de adolescente enderezar la planta a extraños lares, para ir de Caracas a La Habana (o viceversa), la Meca y la Medina de cuantos entonces –y antes y después– aquí aspiraron a profetizar en letras; y recogido que hubo tempraneros lauros regresar a su país con escéptica sonrisa y propósito aventurero, para mostrársenos en sucesión vertiginosa político, corifeo, general de *dublé*, periodista de combate, guardia

nacional, diplomático, con intermitencias de trashumante por países de arte y de placer, es una de las más evidentes confirmaciones de la teoría determinista del gran Taine. Pero sería muy largo y fuera de lugar el demostrarlo aquí... Baste lo ya dicho y veámosle en sus obras precipitadas a este peregrino, oriundo del ideal, que en cada nueva etapa de su ruta sacude sus sandalias y deja caer una prenda de su vestidura virginal de ensueños, hasta llegar al realismo ya desnudo y bañarse en sus ondas con fruición.

## VII

*Ciudad romántica* es una visión artística de Cestero. Situado acaso en el Acrópolis de Atenas, en el momento en que allí hace, según que lo cincela magistral en su última página de *La sangre*, la renunciación de Epicuro a todo lo que no sea placer íntimo del alma, goce espiritual de la belleza pura, abre sus brazos a las piedras seculares, y tendiendo luego hacia acá el telescopio del recuerdo, paso ronda a los vetustos templos y demás tranquilos edificios de esta vieja y linajuda Ciudad de los Colones. Evoca allí su historia y las sombras majestuosas de los ilustres personajes que alojara en su recinto a tiempo en que se iban para siempre los últimos caciques, y recoge en la cámara interior del pensamiento coetáneas noches de plenilunio y horas de siesta ardientes en que la cigarra canta en las vecinas eras su himno al sol reverberante que madura la espiga, a la que hurtó su almuerzo. Todo eso será romanticismo con dejos parnasianos, o simbolismos, o naturismo, o lo que sea. Pero eso es bello, bellísimo.

Mas cuando enfoca hacia los hombres y sus vicios sociales y políticos, o pasea sobre prosaicos detalles la memoria, diríase que sacude del polvo de los siglos soterrada mansión señorial, en la que va descubriendo luego a luego, y persigue con escoba impiadosa, murciélagos y sabandijas asquerosas que discurren o se esconden entre inmundos cacharros. Su verbo, tan hermoso y brillante unas líneas atrás, baja entonces a la altura de la cosa, y aunque el dibujo es fino y el colorido exacto, el

vocablo rastrea y vulgariza tanto como innoble es la imagen que despierta. Naturalismo puro y suyo, realismo vergonzante que se oculta como sierpe nauseabunda bajo fragante alfombra de violetas. Rapaza horrible y pestilente sobre el regazo de una rica hembra.

Ese precioso cosmorama es uno como tapiz de bellos tonos en que la única unidad es la manera del artista, mientras dibujos y matices sin concierto simbolizan las escuelas y calidades diversas del estilo, que aun pugnan sin predominio absoluto de uno solo en el gusto del autor.

*Ciudad romántica* es una bella revista escénica, sin finalidad estética precisa, con finalidad trascendental ninguna. Y como si ya al caer el telón se diese el tramoyista en la frente una palmada y lo alzase de nuevo para exhibir unas escenas macabras que faltaban, viene a página seguida su *Sangre solar*.

Hay aquí intención más honda, y aunque ha vivido él eso, y aunque desciende a veces al caló de los rústicos, improvisados legionarios y llega a detalles groseros y pornográficos, tiene momentos lúcidos, rasgos felices en que rompe a llorar los extravíos del medio que llevan a una muerte sin gloria a Juan Rural, hombre de pecho y de trabajo, rico ya en tierras y rico en porvenir; y pone a cabrillear, sobre la piel de aquellos lobos de la sangre que danzan sobre la muerte, reflejos metálicos de almas bien templadas, simiente perdida de épicas jornadas que se echará de menos. Porque debe decirse: si aquello pudiera ser leído y entendido por el pueblo, algo saludable y redentor tal vez se derivara; pero Tulio no escribe para el pueblo, y cuanto a la clase directora, la poción no era bastante purgativa. Un motivo de Alighieri, y nada más.

## VIII

*La sangre* es otra cosa. ¿Acaso por más noble en sus alcances o por más complicada? No ya desde el Acrópolis, sino desde un globo cautivo todo inflado de *esprit* pero atado a las viejas pasiones de allá abajo, paleta y pincel en mano el aeronauta, los colores riendo la lujuria de sus matices, traslada éste al lienzo la



realidad sin velos, sin atenuantes; verdadera realidad del medio a través de su temperamento, de un medio en que sólo columbra deformidades morales, escenas triviales, nimios detalles tristes o jocundos; miseria y farsa. Y como fatalmente determinado por ese medio enfermo en el cual no sorprende un latido generoso, producto de tanta mezquindad y tan grosera educación, su héroe, farsante redomado, hildaguero indigente del corte aquel que Hurtado de Mendoza traza en su regocijado *Lazarillo*. Y junto al protagonista sus coetáneos, unos cuantos amigos más o menos fielmente retratados o calumniados, y él, Arturo Aybar, el autor, quien tras su oración fúnebre ante la estatua de Atenea a cuanto ya él vivió, y la jura solemne de su única fe al arte, viene a justificarse en esta su obra bella, su obra inútil, de aquello que antes fue, si malo fuera. Cuadro en el cual, como en el *Las bodas de Caná*, del Veronés, cabezas de convivientes del autor alternan con las figuras de fantasía; y se asocia a nombres reales ficticios nombres de personajes verdaderos; y ... también se pone él...

¡Cuál derrocha la luz sobre esa gusanera! ¡Qué desperdicio de oro y pedrería, de sedas y de blondas para la desnudez de ruin leproso! ¡Vieja cisterna desde cuyo brocal frescos helechos y bienolientes margaritas encubren en el fondo el agua infecta!

Yo lo confieso sin ambages. Este primor de orfebre, de donoso decir y dibujo y colorido dignos del Tiziano y de Teófilo Gautier, padre y señor del colorismo *in verba* me ha regalado en su lectura ratos deliciosos, pero no de un placer puro, sin mezcla de dolor, que diría un psicólogo. Tal me le daban también las compañías lírico-infantiles, y repuesto de la emoción habría puesto en la cárcel al empresario.

Tulio no es un vulgar simiesco; es más que limitador de muy buen gusto; un asimilador venturoso que sin curarse de ello y dentro de su manera propia nos hace desfilar por su novela en procesión rumbosa algo de los maestros que le nutren. Cuándo neorromántico, sectario devotísimo del arte del color, a lo Teofilo; cuándo intermediario, irónico e impasible, escéptico y dibujante inimitable, cual lo fuera Merimée; tan pronto detallista asombroso del medio, subjetivo realista apasionado, a lo Balzac, como impersonal –con gran esfuerzo– pagado de la frase impecable, fotógrafo antes que pintor y objetivo-realista,

a usanza de Flaubert. Y es naturalista experimentalista, fisiólogo y patólogo, romántico-realista, tal Zola; observador sutil, minucioso, implacable de toda debilidad que se le arrima, del ridículo, de lo menudo, aún en los suyos y en sí propio, *particularista* de casos patológicos y raros, individuales, familiares y sociales, a modo de los Goncourt. En toda la obra un historiógrafo contemporáneo, novelador *verista* que, repito, baraja realidad y ficción, nombres de pila auténticos con nombres supuestos a personas vividas y vivientes, a lo Voltaire, a lo Diderot, a lo Rousseau, y sobre todo a lo Daudet, sin el calor y sentimiento de éste, y sí el donaire de trechos, la pompa del estilo, la gracia del dibujo. Por regla general frío en apariencia, indiferente en su narrar, pero exacto y delicado paisajista, geórgico si viene a cuento..., cual Guy de Maupassant. Y por último y para no citar más, sensualista, neurótico, simbolista, enamorado, ardiente y exclusivo de la eterna belleza..., en olor de D'Annunzio.

No por prurito de erudición, sino para reconocerle cuanto es bueno y suyo, me he espaciado en esto.

Pero al lado de tan excelsas virtudes proyectan su sombra algunos vicios. Su estilo es desigual: ahora se eleva y ennoblece, ya es trivial, y desciende a gerrmanías o se hace procaz y cínico. Tiene muchas frases hechas, suyas, y también ideas, que repite o se trae de sus obras anteriores. Su memoria infiel o su malicia afanosa de ver siempre el ridículo, altera muchas veces la verdad, desfigura adrede para chotear y reír de altos móviles en que él no cree y no le han movido a él jamás... Aunque afecta gran desasimiento de las opiniones de sus criaturas, cuando habla alguno, escéptico o acomodaticio, diríase que habla él con su frase familiar cortada, breve y nada melosa. —“Oye Arturo, esa frase es de Castelar”<sup>2</sup>—responde Portocarrero a una peroración optimista de su interlocutor. Y yo digo: —Esta frase es de Tulio.

Hasta ahí en cuanto a la forma. Veamos ahora el fondo.

2 Y en *Ciudad Romántica*:

—Dimbo, ¿qué ron tienes?

—De Baní, uno de diez años que da la hora.

—Tráelo.

—¡Cómo! ¿Un frito nada más? ¿el último frito...? Quieras las manos. Ese es mío, «Me han dado ustedes capote».

Tulio puro y pinto, por boca de tres de sus personajes en un mismo diálogo. (Nota del autor).

## IX

¿Cuál es su propósito estático? ¿Una novela naturalista de costumbres o psicológico-patológica? Lo uno y lo otro. Y como hay dos objetivos que se dividen la obra, se quiebra la unidad de ésta y su valor artístico se debilita. Alrededor de ambas finalidades acumula y estiba tal cantidad de datos y antiguallas, que hace del libro un verdadero museo parlante, un museo que se desborda como río en avenida cuando arrastra contra el puente –el doble asunto aquí– cuanto hallara a su paso.

La emoción que produce, de detalles, debida ella al dibujo y al color, la contrarrestan con frecuencia lo soez de la imagen que despierta o lo grosero del vocablo.

No es la suya obra de altura, ni hay nobleza en su tenaz empeño de pintar a su pueblo, un pueblo de costumbre vulgares, necio y granuja, sin un solo rasgo de grandeza. Cabe aquí la frase del propio Zola censurando a Richepin: “Cuando se pinta al pueblo es preciso buena fe ante todo. Nada más chillón que una nota bullanguera puesta en un cuadro cuyas partes no están todas equilibradas”. Y esta otra de don Juan Valera censurando a Zola: “el toque del naturalismo estriba en el primor superfino de la forma para retratar la verdad, que es la inmudicia”.

Pero vayamos al caso, a su héroe, cuyo original tomó de la realidad y acaso mucho ha calumniado. ¿Es de una sola pieza aquel histrión? No; no ha delineado ahí un carácter. Falso o sincero, un carácter lo es siempre. El autor no ha sabido perfilarlo rígido y uno o *jaleoso* y mutable. Es lo uno y es lo otro. Y ni lo uno ni lo otro. No logra la mente aprehenderlo bien y decirse: “Es así”. Se inicia como un rebelde, y en sus propios soliloquios, donde nadie se engaña a sí mismo, tal parece; luego es un comiquillo, un despechado, un hambreado de pan, de ostentación y de poder; ya al desenlace, el dolor y la desesperanza tórnanle sincero y habla su corazón. ¿Qué es, en suma, esa ambigua figura destacada de un cuadro de miserias, sobre los cuales figura y cuadro se han derrochado las galas de un estilismo no poco afectado y efectista?

Porque se me antoja simbólico tráigale ahora a cuento. Otro tiempo –no sé si aún lo hacen los de hoy– solíamos discurrir los

párvulos al atardecer por esos extensos y enmalezados patios en que vinieron a transformarse muchas de nuestras históricas ruinas; a la sombra de cuyos caducos muros, sobre cascote y entre *cundeamores* y otras silvestres enredaderas, brotaban incultos jazmines blancos, rosa y amarillos. Gustábamos de hacer con ellos ñoños, sartas tricolores, para las cuales no servía una pajueta quebradiza cualquiera. Luego, de la sarta una guirnalda... y aquí era ello: la pajueta, el hijo o eje, comenzaba por doblarse en varios sitios; después se dividía el oro, rosa y nieve rodaba por tierra y volaban las florecillas arrebatadas por la brisa. Huraños y apesarados quedábamos, en cada un cabo de la sarta un jazmín, el primero y el último, en cada mano un cabo, y el perfume saturando nuestro aliento.

Tal ocurrió al autor talentado de *La sangre*. Tal al lector también.

De *La sangre* dijera la zorra de la fábula: Hermosa, pero sin seso. No palpita un ideal bajo el ropaje regio. Para belleza plástica encubre un organismo enfermo, que se pudre. Flores sobre la charca.

## X

No soy, en absoluto, un secuaz del arte sabio, de este arte docente, encaramado, que ex-cátedra nos endilga en cada trozo una lección moral. Eso es pedante y sólo bueno para literaturas infantiles. Pero profeso y sigo a pie juntillas el *utile dulci* de Horacio. En la obra de arte, preceptistas preconizan y grandes autores se proponen siempre un más allá del fin estético. No hay sin ideal obra maestra; sin edificación, sin enseñanza. A fuerza de ser grandes, cuando no se lo propusieron ahí llegaron. Citadme obra inmortal que después de conmovir no haya movido, o intentado mover; advertido, nutrido, o deseado advertir y nutrir; redimido o anhelado redimir.

Ruda guerra han librado los partidarios del arte-bello y los del arte-útil. No es la palma de aquellos, y sí ceguera pretenderlo.

En la estética moderna se asevera que el fin primero e inmediato del arte es la emoción. Bueno; convengo en ello. Y aun el único en ciertas formas plásticas y en las suntuarias. Mas

convenid también que en esa misma estética se asienta que el placer de lo bello predispone el espíritu a las nobles acciones, a la verdad, al bien. Ergo, viene la belleza a hacer campo propicio, a arar la tierra, regirla y abonarla; ya vendrá la simiente, si no viene con ella, que es lo que ocurre de ordinario. Lo repito: ahí está, para no desmentirme, toda la gran literatura de la humanidad. Y ahí están el lienzo, el bronce, el mármol y el granito, que hablaron y vocearon cuando el libro no lo osaba. Ahí están las obras musicales wagnerianas, vehículo de enormes pensamientos.

Me argüiréis que ha movido a Cestero un alto arresto: el descubrir la llaga en mira de curarla. Tengo de negador. Zola, Dickens, Tolstoy, Gorki, D'Annunzio, Pereda y otros tantos escribieron para pueblos adultos que sabían leerlos. Contaron desde luego con estos lectores: los franceses, los ingleses, los rusos, etc.; sus pueblos respectivos. Los trapos sucios lávanlos en casa. ¿Que se ven de la calle? Débese a la altura. Si, traducidos, traspusieron fronteras y extraños les leyeron y aclamaron... bueno; culpa de su grandeza.

Nuestros escritores neo-hispanos son cosmopolitas. Saben que sus pueblos no son lo bastante lectores para ellos, y sitúanse generalmente en medio extraño y amplio para escribir, editarse y glorificarse. Escriben para todo Hispanoamérica y España; para sus colegas y la clase intelectual.

Componer un libro para anatema de la patria es un error, cuando no un crimen. Cuatro docenas de dominicanos no habrán leído *La sangre*, cientos de hispanoamericanos y de iberos la leerán. Acaso traducida, llegue hasta otras razas. Y como es lo humano ver la paja en el ojo ajeno y no la viga que cuelga del propio, dirán todos encogiéndose de hombros: "¡Bah!... Si es así..." Y parodiarán la frase de Víctor Hugo en *Notre Dame*... Y pensarán: Esto justificará aquello.

Casi puede decirse que no es *La sangre* una obra nacional, y si tanto me he detenido en ella es porque sé el número de sufragios con que cuenta entre la gente joven, que o no ha pensado en eso o también como el autor, ha hecho ya su renunciación completa a lo Epicuro.

Por cuanto dejo dicho, he ahí por qué niego a *La sangre* ejecutoria para ser tenida por la mejor obra nacional en prosa.

## XI

Réstame ahora discurrir acerca de *Enriquillo*, único legado de una de las intelectualidades, si no más nutridas, sí más potentes de la generación que ya ha pasado. Creo recordar que escribió él mucho y bueno en la prensa, más no se ha recogido aún ese tesoro de elegancia y donosura.

Seré más breve y sintético en este juicio, ya que tan extenso y analítico fui en el anterior; así para no abusar más tiempo de los lectores como porque ninguna falta hace. “Esto, Inés, ello se alaba, no es menester alabarlo”.

*Enriquillo* es una leyenda entre la historia y la novela. Cíñese el autor a la primera, salvo en algunos detalles secundarios. Orilló su talento con gran éxito el escollo de novelar sobre lo histórico.

No parece haberse propuesto Galván seguir escuela alguna en su precioso libro; no se acentúa en él otra tendencia literaria que el correcto decir, la amplia cláusula ciceroniana, un estilo limpio y elevado y un fondo de belleza sugestivo y encantador.

Acudió a la rica cantera de nuestra época indígena, tan poética y heroica, y de allí tomó el bloque para su escultura. Buceó sin duda en los archivos y en libracos de Indias lo que le hacía falta para delinear con todas las apariencias de la verdad sus figuras, y mayormente la de su héroe legendario y real, aquel último cacique con quien desaparece, en los agónicos resplandores del día de la Conquista, la estirpe de los primeros señores naturales de la Isla, que desde entonces pudo llamarse *La Desventurada*. Lo demás lo encontró en su alma, lo dio su fantasía caldeada por un amor nada vehemente, pero tierno –amor de posteridad sereno y plácido– por las cosas añejas del país. Los vuelos aquilinos de su pluma no hubieron menester más, ni fue él en romería a los vergeles plásticos modernos en busca de una forma, de un ropaje. Bastóle su ideal y la vieja musa castellana, de habla sonora y porte señorial. Atúvose a ese único y verdadero principio de buen sentido que afirma sólo hay dos escuelas en todo hecho de arte: *buen*a y *mal*a. Y optó sin vacilar por la primera.

Yo no sé si Galván aspiró a alcanzar con su obra un más allá de la finalidad estética corriente. Tal vez no. Hombre de alardes patrióticos no lo era, como fue una inteligencia y un carácter. Prescindamos del hombre y hablemos de su obra. Lo cierto es que ha recogido en su leyenda los postreros suspiros de esa extinta raza de leones que aniquiló impiadosa y brutal la razón del más fuerte. ¿Púsola sobre su corazón la gente nueva? ¡Sagrada levadura! Emuló, en tersa prosa, con el dulce poeta, el autor de las *Fantasías indígenas*, y con el estro quintanesco de la Ureña de Henríquez, y por el género más insinuante la novela, les llevó ventaja.

No se propuso él, no ciertamente, dejar escrito el nuevo libro de oro de los Macabeos; ni un evangelio libertario de las multitudes, cual otro Lamennais. Tampoco pensó Homero, o los rapsodas que integran su entidad mística, que los cantos prodigiosos de la *Iliada* moverían a los griegos a proezas sólo dignas de sus dioses. Y es que, según la expresión muy exacta de Valera: “Toda obra cuando se hace bien suele tener más alcance que el que aspira a darle quien la hace”.

En el prólogo de la obra, del extinto José J. Pérez, leo esta frase profética: “*Enriquillo* es un símbolo y una enseñanza”. Y yo creo que este libro amable y bello no debe caer de las manos de ningún bien nacido en la antigua Española. Que si fuera didáctico su corte, debería declararse texto de lectura superior en las escuelas. Por lo menos de obligado cultivo en las clases de historia patria y de literatura, como el Cornelio Nepote de la antigua escuela clásica.

¿Lunares? Ha de tenerlos. Quién lo duda. No se los he buscado. El libro me apasiona y mis ojos se nublan de tristeza o arden de indignación al recorrer sus páginas. Y se abre mi pecho a la esperanza como flor que en la noche abate y un rayo de la lumbre matinal conforta y vivifica. Los lunares de detalles en obras como ésta, del propio modo que en rostro de mujer hermosa, realzan las bellezas.

Sé que tiene unidad: *Enriquillo*, el protagonista, es hilo de oro en que el autor engarza perlas de rico oriente, encantadores episodios en torno del pensamiento dominante.

Porque es obra de grande alcance, a mi entender. Porque es bella en la forma, de un estilo sereno y siempre digno: buena

y bella en el fondo, que no apoca ni denigra, sino ennoblece y honra la tierra en que el autor naciera. Porque enseña y deleita; porque crea y no mata. Porque guarda, como en tabernáculo, la promesa sagrada. Porque canta, nueva *Iliada*, la etapa culminante de la primera epopeya quisqueyana...

Por todo eso, téngola por la mejor obra nacional en prosa.

*Letras*, 4, 11 y 18 de agosto de 1918.



# El Sr. Félix E. Mejía y el Plan Harding

Ciudad. 24 de junio de 1921.

Sr. Director del *Listín Diario*:

Su invitación para que emita yo también mi parecer acerca del combatido Plan Harding, honor que recojo de la lista en que figuran nombres de alta resonancia en muy diversos órdenes, obliga mi cortesía a una contestación. No precisamente para dársela escueta contra el instrumento odioso, porque esto sobra en mí, que desde muy temprano estuve en pie, y su periódico lo sabe, frente a la insólita conquista del país; sino para cumplir así, con la serenidad posible, un deber del momento.

Mejor que esta reprobación, unánime en los términos y casi uniforme en las razones, que contra el plan inicuo va externándose, como una noble consigna a que ningún dominicano bien nacido se atrevería a faltar, ni en las columnas del periódico ni en el fondo de su propio corazón, holgaríame de leer un buen esbozo, o siquiera los grandes lineamientos, de un contra plan nacional, de acción enérgica y eficiente, para oponerlo al plan doloso del dominador. Porque se me figura que no vamos ahora a cruzarnos de brazos, inermes y desalentados, y a esperar sólo de Dios la redención. No es de varones eludir la lucha. Resistencia y abstención no bastan: son dos fuerzas estáticas que muy bien pudieran ser contrarrestadas y que además ofrecen sus peligros, abandonadas a su sola virtualidad. Se ha menester también de una fuerza dinámica: la acción.

No quiero hablar aquí de acción violenta. Después que fue Cartago desarmada, sólo cuando miró lo irremediable de su ruina se decidió a hacer cuerdas para sus arcos de los cabellos de sus mujeres. Téme mucho que a tal acción se llegue un día, en la desesperanza, y no seré yo entonces, como no lo fui antes, quien predique esta palabra de la débil prudencia: la cordura. Pero pienso asimismo que aún hay caminos abiertos para llegar al corazón de Roma con las armas invictas del derecho. Y ahí es preciso llegar; pero por otros medios y con otros hombres.

Basta ya de pordiosear, cual pobre Krüger, la patria detentada a las puertas del César neo sajón y sus pseudos eminentes favoritos, que guardan para su uso particular la justicia y la razón de que en sus vidas blasonaron. Basta ya de peregrinar por tierras meridionales quienes, por llevar el propio apellido del presidente aventado del solio, pudieron ser confundidos, por cuantos suspicaces y malévolos en el mundo son, con vulgares aspirantes a un apoyo para reponer su derrocada dinastía. Bien hayan de la Patria, por su gran cometido y su doble abnegación en arrostrarlo todo; pero ensáyese ahora con nuevos hombres y métodos mejores. Que si Henríquez, como Aníbal, tuvo Hannones compatriotas que obstaculizaron sus pasos contra el enemigo, es penoso confesar también que Henríquez, como Aníbal, incurrió en errores, acaso imperdonables, en su gestión de honor.

Fuerza es abrirse hoy una más amplia vía que lleve por más seguros derroteros al Congreso americano, a la prensa americana, al pueblo americano y a los países hermanos y gobiernos de Latino América. Lo antes hecho no fue acaso suficiente y de toda entereza con el conquistador, y, por demasiado de paso, de bastante arraigo en los ánimos de los que, por sus propios decoro y conveniencia, han de hacer al fin causa común con nuestra desventura.

No más humillaciones allá arriba, ni más estériles vociferaciones aquí abajo. Aquello desautoriza y esto irrita. Lamer la mano al amo que nos pega o ladrarle a la luna, quédese para los canes. Somos hombres.

Aquí, también aquí urge iniciar cuanto antes una verdadera labor reconstructora que nos haga sin disputa apreciables y

cabalmente aptos para el gobierno propio a los ojos, que creamos ciegos y son escrutadores, de esa cultura sajona que sólo por nuestros defectos, lo único que les mostramos, nos conocen. ¡Como si ellos no los tuvieran tan enormes cuanto su monstruoso vientre neoyorquino.

A los primeros toques de posible redención, no se apresuren a enseñar la oreja los partidarismos ávidos del poder, como perros y gatos en oyendo el tintín de los cubiertos al ponerse la mesa. Ni en medio a los fragores de la nueva lucha por redimir la patria amada, se dé la espalda al ideal común para volverse los unos contra los otros a echarse los viejos trapos sucios a la cara. Si nada de esto es la causa esencial de fracaso hasta ahora de nuestro empeño de liberación, será siempre el pretexto, como lo fue ayer nuestra vida tumultuosa y pródiga para la Ocupación. Que predicar cordialidad y unión alrededor del ara santa, y que esto se quede sólo en las palabras, desmintiéndolas con desapoderadas desazones y celos, es malograr expresamente la gestión restauradora y cerrarse herméticamente el porvenir. Más les valiera a esos partidos desaparecer por el momento fusionados en uno solo, el de la Patria, para reaparecer mañana reorganizados con sendas plataformas junto a cada un problema vital de la nueva República. ¡Ah! quisiéramos realizar sinceramente una verdadera labor reconstructora por nosotros mismos –y elementos nos sobran para ello–, ¡cómo quitaríamos el mentido pretexto a los que para sus fines egoístas nos acusan de incapaces!

Tampoco han de bastar las prédicas de resistencia y abstinencia, abandonando la acción a los contrarios. Buen acuerdo el de no concurrir a los comicios cuantos en el país posean la noción vaga o exacta del daño que, acudiendo, causarían; pero, ¿se logrará impedir con la sola abstención que se rabiante, *voluntariamente* en los camiones a los pobres ignorar de los campos? ¿Que ningún partido postule candidatos evitará que los improvise, de entre los descartados, el poder extraño? ¿No estamos viendo ya poner en ejecución, con impertérrita audacia, un principio del Plan Harding con el ya votado empréstito? ¿Conjurará este daño la abstención; lo detendrá la resistencia?

Preciso es, pues, crear al mismo tiempo y con toda premura estas dos cosas: una conciencia nacional y una sanción tremenda.

Una conciencia nacional que llegue a las últimas capas sociales de nuestros compatriotas, con eficaz propaganda por medio de sus propias naturales personas, influyentes en ellas, y hasta con uno como Catecismo restaurador claro y sencillo que les explique en llano estilo el funesto Plan Harding y sus desastrosas futuras consecuencias para todos, y les edifique con credos y mandamientos patrióticos, uno de los cuales dirá: “No ir por ahora a las votaciones, ni amarrados”; nunca faltará en cada grupo quien lo lea, de entre ellos mismos, a los analfabetos hasta que se lo sepan de memoria. Y la sanción, una verdadera muerte civil para quien postule o deje postular ahora su nombre; aplicándola de manera implacable, hasta llevar al Iscariote a colgarse del árbol. Y esto sea por hoy una de las mil formas que ha de tomar la acción. A grandes males, vengan grandes remedios.

Forzoso es demostrar también que el país entero ha rechazado la iniquidad que se le impone y protestado en masa, exigiendo la devolución de su absoluta independencia y su cabal soberanía. Pero no bastan al dominador voces de prensa ni el cívico clamor de numerosas multitudes, miles y miles de manifestantes, en las diversas urbes. Claro lo ha dicho con segundas miras; que esa no es la opinión entera del país. Es, pues, indispensable recoger esa opinión por algún medio. Ardua es la empresa, bien lo sé, pero el empeño es grande; y ojalá pudiera sernos útil ese reciente censo que se trata de poner al servicio del plan e invoca el Jefe del Gobierno Militar. Para tornar a Washington en demanda de nuestra propiedad toda entera y sin cargas, habremos de ir ahora absolutamente bien documentados.

No a título de contra-plan para la nueva lucha me atrevo a estas indicaciones, sino de simples auxiliares de abstención y resistencia activas. Meras orientaciones a guisa de cirugía de urgencia. El contra-plan de acción es de orden más elevado, y acaso corresponda a los que están más altos en el concepto general su fórmula. Pues solo ellos podrán ser ahora escuchados.

Yo, como todos, concluyo declarando que el Plan Harding es injusto, ilógico, atentatorio a todo derecho público y privado, atrocemente abusivo de fuerza y de poder, y decapitador de un pueblo débil. Y como todos, lo rechazo y de él protesto con toda la indignación que cabe en mi alma honrada, en mi pro-

pio nombre y a nombre de mis mayores fenecidos, que la patria amaron, y de todos mis presentes y futuros descendientes, que la aman y han de amarla.

Pero insisto en que ha de comenzar la nueva acción con la protesta y un contra-plan de altura, práctico, ordenador, metódico y de radicales lineamientos. Que ha de ser su ejecución sincera, activa, serena y desinteresada. Que a su servicio han de ponerse todos los sacrificios y todas las abnegaciones. Y han de callar todos los exhibicionismos, todos los prejuicios, todas las pasiones, todas las ambiciones, todas las rivalidades y todas las aspiraciones, aun cuando el plan o su ejecución perjudique aquellos y mate algunas de estas. Frente al enemigo común, pocas palabras y muchas obras. Callen el energúmeno y el necio, el espectacular y el disidente; todo aquel que no aporte algún grano de arena al edificio, calle. En toda lucha caen algunos; cállense en ésta los intereses que se juzguen caídos. Aún la verdad, si fuere inoportuna, aún la austera verdad ha de callar.

Cuando, en la Conquista de América el denodado Gonzalo Jiménez de Quesada remontaba el Magdalena con gente muy diezmada, harapienta y escuálida, llegó en oscura noche a un paraje del anchuroso río a cuya opuesta orilla acechaba el enemigo, innúmero y amenazador. “Señores”, dijo aquel varón frente a sus intrépidos soldados, “el enemigo está ahí y nos escucha; vamos a sorprenderlo, pasando el río a nado señores, ¡a nadar!, y que los que se ahoguen se ahoguen en silencio”.

De Ud. atentamente,

FÉLIX E. MEJÍA

*Listín Diario*, 25 de junio de 1921.



# Al margen de un proyecto. La gran Liga Nacional

## I

Fue desde luego mi intención dedicar algunas marginales a los APUNTES que sirvieron de punto de partida a esta gran asociación; que aparece aún en su génesis, porque dado lo que ha de ser resulta todavía un *proyecto* lo que es. Algunas marginales, no a título de ociosa crítica, sino de humilde óbolo a la eficiencia de su organismo.

Poseo de antaño cierta experiencia, acaso dolorosa, en estos achaques de iniciativas y organización de sociedades políticas, intelectuales, etc., que bien robustecidas en su origen por valiosas voluntades, murieron luego a luego, en la cuna a veces, por concurrencia de factores negativos que se acumularon entorpecedores en la vía desde el arranque del vehículo de acción que era la sociedad en ciernes destinada a recorrerla con su carga de ideales; y por falta de verdaderos y orgánicos factores positivos que les restaron con la esquivez de sus personas individualidades de viso llamadas a nutrirlas alistándose en sus filas, y ausencia de una organización sólida y capaz de realizar metódica y eficazmente la alta misión en miras. Rémoras funestas que como la filoxera en las raíces y tallo de una tierna vid, se adherieron a la joven planta para labrar su pronta ruina.

Pero habiendo ya dado algunos pasos, que en firme que en vago, en el camino de su realización este propósito, y existiendo un acta de instalación que en cierto modo contiene una declaración de principios y algo así como una parte del mandato de los asociados a sus representantes para la constitución

definitiva, parece que prescindiendo en parte de aquellos APUNTES, no he de contraer ya a éstos mis marginales, sino al proyecto mismo de la Liga en su estado actual de crecimiento, con sus precocidades peligrosas, y a cuanto escrito y ya resuelto queda en orden a sus más tempranas actuaciones.

Tengo delante, al efecto, los APUNTES, el acta de instalación, y las resoluciones tomadas hasta ahora, y con todo eso a la vista comienzo estas marginales, en las cuales aspiro a que fijen su atención quienes y cuantos han de poner mano más o menos hábil en la organización de este gran cuerpo de asociados, y también aquellos que por inercia, huir responsabilidades o considerarse situados demasiado altos eluden afiliarse a que otras muchas corporaciones o no quieren darse por entendidos de su existencia.

Para que a esta GRAN LIGA NACIONAL DOMINICANA no le quepa la suerte de su índole, muertas la noche de sus desposorios con el ideal, sin llegar a fecundarse, como las vírgenes wilis de una leyenda germánica que trae en sus ya olvidados viajes fray Gerundio, o no arrastre ella vida lánguida y anodina, desarticulada en sus diversos cuerpos e ineficaz para una fructuosa acción común enérgica y armónica, en derecho o en cualquier terreno, tal como sucede con esa misma tísica... con apariencia de vida por pequeñas electrificaciones intermitentes, que se denomina todavía UNIÓN NACIONAL (y me refiero aquí a toda ella, y no sólo al desmedrado grupo que aún funge de directiva central y se parece tanto en esto a aquellos pobres reyes de la Edad Media cuyos dominios eran inferiores con frecuencia a los de sus grandes vasallos, señores feudales de horca y cuchillo sobre quienes sólo de nombre ejercía la realeza su autoridad); para que nada de esto ocurra ahora a la Liga, repito, preciso es ante todo que abandone ella los viejos y rutinarios moldes en que se vaciaron todas sus predecesoras.

Moldes de hegemonía capitaleña, no resultante del acuerdo previo y libremente tomado por todos los afiliados del país acerca de los principios y bases, del mecánico funcionar y de la división autonómica del trabajo confederado bajo un plan general, sin absorciones ni acaparamientos que pretendan convertir los órganos provinciales y comunales –comprendidos el provincial y comunal capitales– en ciegos instrumentos del centro;



y en meros espectadores o testigos en descargo a los simples soldados del Cuerpo, a los que forman las magnas asambleas primarias de donde toman origen los poderes de los órganos dirigentes, a las fuentes abundosas de ese río esmirriado de Juntas, que se secan por no nutrirse de sus manantiales y desviar su cauce; elementos nunca más convocados; olvidados en todo, ignorantes de todo, borrados para todo, de la lista de agentes activos, menos cuando se trata de exigirles una contribución gravosa, un servicio de riesgo y mañana tal vez su propia sangre.

Moldes que unas pocas manos hábiles aspiraron a moldear con torpes dedos para fundir el impuro estaño de sus pueriles vanidades personales, en aleación simpática con el cobre ruin de sus bastardas ambiciones políticas, cautelosamente achocadas cual innobles calderillas en el arcón roñoso de sus ansias de llegar cuanto antes, como otros ya llegaron, a logrerros venturosos y mandones de mesnadas; ávidos de vaciar en ellos, los moldes, sus estatuas de impúdicos Priapos y de concupiscentes Sátiros, enamorados del efebo poder y de la niña Hacienda para, en teniéndolos en sus brazos paternos, violarlos sin escrúpulos.

Moldes, en fin, con los cuales unos cuantos pseudo prácticos, en realidad unos empedernidos rutinarios, intentaron dar a los proyectos formas de banal adorno, desde la soledad penumbrosa de sus cerebros trasnochados, y amueblados, como ciertas viejas mansiones nobiliarias, con lujo de suntuarios estilos en desuso y figulinas de empolvada terracota, para hacerlos luego adoptar por todos los pagados de efectismos y de huecas apariencias de las cosas circulando entre ellos el *papyrus*, como un sancta sanctorum, bajo el palio de sus prestigios de museo, y crear así un organismo puramente decorativo y oligárquico, perfectamente ineficaz e inconsistente para labor democrática ninguna, fuera de lucir en él baratas energías y ampulosos discursos. O unos pocos sabios omniscientes, de aquellos “pocos que en el mundo han sido”, en puridad unos seres que laboran siempre desde afuera, sin afiliarse a nada, temerosos de ulteriores consecuencias, o reacios a comprometerse en actuaciones diáfanas para el porvenir o en preparaciones sólidamente jurídicas que oponen como argumentos vivos a los

pesimistas de conveniencia, porque en ello puede naufragar su endeble nombradía; seres que a fuero de discretos y pasados de listos, redactan en sobrio lenguaje, en el silencio y complicidad de sus celdas, en las cuales se recogen como felinos en sus cuatro garras para echar la zarpa, documentos de vagas y parcas promesas, los cuales nada dicen, nada definen, ningún plan exponen y a nada se obligan en concreto, haciéndolo pasar luego entre sus necios o deslumbrados admiradores como una hábil consigna, a manera de oscura fórmula sagrada que todos, penetren o no en su oculto sentido, han de suscribir con respeto y acatar con mansedumbre de neófitos: fórmulas enigmáticas adrede, a las cuales se les sacarán más adelante las puntas que convengan a las circunstancias... personales de sus autores, pero cuyas herméticas paredes presentan ya al ojo avizor resquebrajaduras de vetustez que por sus resquicios trasudan la malicia zorruna que formó el propósito.

Todo menos el concertado querer de los diversos cuerposmiembros de la asociación directamente expresado o por delegaciones espontáneas –y no desde aquí sugeridas–, en magnas asambleas primarias o en legítimas convenciones de representativos de las mismas en todo el país. Algo así como aquello que en su doctrina farisaica, refiriéndose él a los pueblos y aplicándolo nosotros a esta Liga, *ha denominado la libre determinación de los propios destinos* ese gran taumaturgo (sic) político que se llamó Woodrow Wilson.

Pero he aquí que, por extenderme tanto en estas digresiones sobre las diversas sirtes en que encallaron, naufragando luego, todas las grandes asociaciones de índoles diversas que en épocas remotas o recientes, se intentaron, he consumido las cuartillas disponibles sin entrar en materia.

Presento, pues, a los lectores mis disculpas, y voyme ya directamente al grano en dos o más artículos con los cuales distraeré aún su atención.

## II

Tengo a la vista entre otras cosas, dije en mi anterior artículo sobre este tema, los APUNTES *de la Alianza de la Prensa Capitalleña*, etc., y a ellos voy a referirme en primer término...

Son estos APUNTES un rico acopio de puntos de vista inspirados en un altruista anhelo de unificación nacional y un sano y bello propósito de recuperar el donpreciado de la patria, que en mala hora nos fuera arrebatado por un poder exótico de abusiva fuerza de cañones y pletórico de hombres y de dólares; cuyo derecho de gentes no se exporta, porque se guarda allí, como sus *trusts*, para exclusivo uso propio y abuso contra débiles extraños. Roma que resucita con su *Forum*, mitad *Ágora* griega mitad mercado fenicio, (como si dijéramos el Capitolio enclavado en Wall Street) en donde “sólo la fuerza dictaría ya las leyes”, según la frase de cierto autor de nota, que atribuye a un Escipión Nasica el haberlo enseñado así prácticamente a los romanos con la violencia de éste en su airado motín de nobles y de esclavos, contra la vida de Tiberio Graco sin formación de juicio. Suerte de ley de Lynch que el correr de los siglos trajo luego a implantar en el gran país de Washington. Y ejemplo que ha seguido Wilson y continuado Harding, mientras predicaban a la faz del mundo lo contrario, para con estos *pequeños pueblos convulsivos de América*.

Pero no son, no podrán ser tenidos dichos APUNTES por un pacto previo entre aquellos que al llamamiento de los proponentes acudieron por un primer impulso a adscribirse a la gran asociación en la síntesis genérica de su propósito y no en sus detalles, que irían tomándose luego de aquella abundosa fuente o de otros receptáculos cualesquiera de ideas apropiadas. Asimilar esta forma de asociarse ciudadanos para ejercicio del derecho público a modalidades del derecho privado, dentro de cánones precisos y en cierta manera mecánicos y coercitivos, cual lo ha intentado alguien que me merece estimación, es peregrino prurito de establecer analogías jurídicas, o por lo menos un medio de obstrucción al libre desarrollo del gran pensamiento de la sociedad en proceso de organización, y un atentado al libre albedrío de los asociados. Así parece que lo entendieron sus iniciadores al someter sus APUNTES a la con-

sideración del país, y así también cuantos se apresuraron a alistarse en las filas de la Gran Liga Nacional para organizarse luego conforme al leal saber y entender de una bien inspirada mayoría, y no de los criterios de excepción, que por demasiado internados en la letra menuda de los códigos llevan, en esos casos, camino de extraviarse en las dedálicas sinuosidades de un derecho privado puramente civil o comercial.

Tres partes contienen los APUNTES. Primera. *Por qué debe organizarse la Liga*, hermosa exposición de motivos, clara y evidente, acogida como básica, con gran acierto, en el tercer considerando (Por cuanto) del Acta de Instalación. Segunda. *Cómo debe organizarse la Liga*, que no es un plan de organización en propiedad, por cuanto no desarrolla, el plano, con cada detalle en su sitio, de la Gran Liga; sino una lista de elementos constitutivos aprovechables en sus aciertos y modificables en sus posibles inadvertencias o errores. Tercera. *Para qué debe organizarse la Liga*, verdadera declaración de sus finalidades, acogidas en el quinto considerando del Acta.

La precipitación con que ésta fue redactada hizo sin duda que, al acoger como mandato para el *modus operandi* algunas de las sugerencias contenidas en la segunda parte de los APUNTES, se las trasladase a ella, no solo sin depurarlas de ciertos errores de forma, sino agregándoles otros nuevos, creando con ello verdaderos inconvenientes para la ejecución, a la letra, del mandato. De esos errores e inconvenientes, y de la manera de salvarlos, hablaré más adelante.

Todo cuanto de esta segunda parte de los APUNTES se hace figura más concisamente en el Acta, es indiscutiblemente un mandato que, por lo menos en su espíritu, hay el deber de observar; pero es también indiscutible que aquello de que se ha prescindido al formular dicha Acta carece de todo valor imperativo para los asociados, y son meros APUNTES. Puede simplemente adoptarse de ellos lo que no colida con el mandato expreso o se halle implícito en su espíritu. Téngase en cuenta al disponer las diferentes actuaciones.

Siguen luego las *Recomendaciones*, capítulo de generoso optimismo que insinúa diversas diligencias conducentes al logro de la finalidad, y las cuales no figuran para nada, de modo expreso, en el Acta. Trataré de esto después.

El *Acta de instalación* contiene cinco considerandos o *por cuanto*; y un *por tanto* que es la solemne declaración de existencia de la Liga al conjuro del lema nacional y abarca a su vez cinco dispositivos que implican otros tantos mandatos de los asociados a sus representantes en el Consejo provisional.

Según los considerandos, la Liga se funda con motivo de la prolongada Ocupación militar; de la Proclama Harding y su cohorte de futuras consecuencias emboscadas tras aparentes formas de rígida etiqueta; de su condicional promesa de desocupación en un lapso de ocho meses “con la cooperación del pueblo dominicano”; de la protesta unánime de ese mismo pueblo contra la falaz Proclama, protesta ya expresada y a expresar, entre otros actos, con la absoluta abstención eleccionaria; y de la necesidad de sumar en un solo haz todas las voluntades del país, y llegar a poseer así calidad indiscutible para deponer a nombre de éste, sin que pueda oponérsele que no representa la totalidad de su opinión.

Es bastante, es mucho, pero no es todo. Falta algo, en mi sentir –y abunda mucha gente en esta idea– algo muy importante.

Motivo hubiera sido de una mayor fe en los destinos de la Liga, el que ésta hubiera agregado un cometido más a su noble misión: la preparación por los propios dominicanos del paso, sin violencia ni temidos desquiciamientos, de la ominosa era actual –en que las viejas instituciones y leyes nacionales han sufrido penosas extorsiones o desaparecido en un caos de extrañas órdenes ejecutivas y exóticas fórmulas–, a las nacionales instituciones y leyes, mejoradas y de virtualidad orgánica suficiente para mantener, con la integridad del territorio, de la independencia y de la soberanía, la paz y el orden jurídicos que garanticen una noble vida pública, y por tanto el respeto y la solidaridad de las naciones ante un nuevo atentado del gran pulpo.

No sé por qué se ha puesto hasta ahora empeño en descartar este alto fin, de cívica reconstrucción, del ideal de patria nueva que todos perseguimos. No sé por qué se desestima esta verdad sin réplica: que las naciones, como los hombres, para ponerse al abrigo de violencias, egoísmos y vicios extraños que puedan propender a avasallarlos, han de empezar por liberarse

a sí mismos de sus propios vicios, egoísmos y violencias. Vencerse a sí mismos es situarse en las mejores condiciones posibles para vencer a los más fuertes en sus ataques a nuestro albedrío, a nuestra hacienda y a nuestra dignidad. Es la gimnasia diaria del decoro, para adquirir la fuerza y la salud tan necesarias en la lucha.

Se ha argumentado que esto debe quedar para después de obtenida la devolución de los fueros nacionales, y que involucrar lo uno con lo otro es abarcar mucho y perder la intensidad por la extensión.

O irreflexión o mala fe. Mala fe del partidarismo impenitente, que cuando el fuego sagrado del patriotismo parecía extinguirse, durante el oprobio de esta noche triste, ha mantenido ese otro impuro fuego latente bajo las cenizas, para, en llegando la alborada, aventarlas de un soplo áfrico y que vuelvan las furiosas llamas a lamer los muros de la casa. Irreflexión u olvido de nuestras modalidades políticas de antaño.

Todo hay que modificarlo o mejorarlo, comenzando por la Constitución, hecha ahora un guiñapo. Todo hay que ponerlo a andar de nuevo, llegada la hora del gobierno propio ejercido por uno cualquiera de los actuales partidos, que ya se aprestan a disputarse el oro del poder, descuidando rescatar la Caja en que se guarda, aún secuestrada; o por cualquier ciudadano extraño a filiaciones políticas anteriores, de esos que también aspiran, platónicos amantes, a la blanca mano de Doña Leonor. Y será tan grande el cúmulo de atenciones del pobre gobernante en ese momento de febriles ansias, de urgentes combinaciones y equilibrios, de apremios de los ases y las sotas políticas por reponerse en sus viejas prebendas, y de lloriqueos y grita de la chiquillería porque se le dé turno también en la succión de las exhaustas ubres patrias; y tan esforzadas y fatigosas las braceadas de la situación recién-creada, para no ahogarse en la orilla de aquel acantilado río revuelto, en que los pescadores, sin matrícula, tendrán también sus redes bien tendidas para pescar a todo trance, a trance de *—sálvese, madre, vuestro hijo y piérdase la República—* de los Corolianos de nuevo cuño, que las grandes y nobles actuaciones, las sabias y serenas reformas de la Constitución y de las leyes, los compromisos de honor para guardar la digna paz y cimentar en ella orden jurídico

quedarán inevitablemente aplazados hasta mejores días... que nunca llegarán. Porque la visión del ideal en este país ha ido desvaneciéndose década tras década; y ya no tornarán, ni con la vuelta de la patria, ni a través del cautiverio, que todos los pueblos que por él han pasado depuró, con su reverdecer de nuevas primaveras fechas como aquellas que un 25 de Noviembre o un 26 de Julio nos trajeron.

La vetusta máquina de la República de ayer, tomada ahora de orín por el desuso, otra vez será echada a rodar, con sus antiguas mataduras y su actual dislocamiento yanqui, seguida de los desvencijados carros cargados de híbridas leyes y de hábitos y ejemplos perniciosos. Se la echará a rodar mientras tanto en tal estadio, y así se quedará rodando indefinidamente, sobre rieles torcidos y podridas traviesas, expuesto todo el tren a las futuras –tal vez muy próximas– catástrofes. Y ello por no haberse realizado las debidas renovaciones, las saludables reformas antes del momento en que había de ponerse en marcha nuevamente el tren.

Pensad en eso, compatriotas, y haced que la Gran Liga Nacional Dominicana agregue a su ya ponderosa carga este gran fardo colmado de un alto aliento cívico de inmensa trascendencia. Para inspirar plena confianza a los propios y tranquilizar a los extraños que con nosotros continuarán conviviendo, acerca de nuestro porvenir de pueblo soberano, si a serlo al fin volvemos, cual lo espero, y cueste ¡vive Dios! lo que costare.

Ya sé yo lo que vais ahora a alegarme, vosotros los aferrados a la mecánica del derecho público positivo que de lejanas tierras importamos en lugar de sembrar en nuestro suelo la semilla de su esencial verdad, y que germinara casi autóctono y conforme con nuestra psicología y creciese al par de nuestro desarrollo sociológico. Ya sé yo lo que vais a decirme de este frágil derecho que la mano extranjera nos ha descoyuntado y vosotros os empeñáis en enderezar para encerrarnos en sus mallas, de acero para nosotros y para ellos de flexible mimbre...

Mas yo os quiero objetar.

### III

Es el primer propósito de estos artículos contribuir a las mejores orientación y organización posibles de ese conglomerado de hombres congregados alrededor de una idea salvadora: la unificación de la voluntad nacional para obtener por su gran esfuerzo la redención de la Patria. No debo apartarme de este propósito con digresiones, más o menos pertinentes al caso, pero que me alejan del punto principal; porque el tiempo corre y la Liga, a cuyo llamamiento va respondiendo generosamente todo el país, no está organizada todavía, y es lo más urgente en ella de momento: organizarla. Ciertamente que hay otra apremiante actuación, la abstención eleccionaria; pero además de que este cometido se realiza ya espontáneamente aquí, por una pujante asociación de hombres en su patriotismo insospechables, y entiendo que en casi toda, o en toda, la que fue y ha de tornar a ser República Dominicana, bastará que las asambleas y juntas comunales se hayan fundado para, con una consigna general dada por telégrafo desde el centro u otra parte, completar la eficacia y la unidad de la nación en este punto y en el momento preciso.

He aquí por qué aplazo para más adelante mi disertar sobre la materia jurídico-natural, o simplemente racional, o como quiera llamársela, en oposición a la jurídico-positiva que se viene trasteando y manoseando por los empeñados en sacarnos de esta situación anómala y dolorosa del hecho de fuerza, que rompió en pedazos la Constitución y nuestro estado jurídico de pueblo soberano, por verdaderos vericuetos de un derecho político escrito, o lo que es aún peor, de un derecho híbrido, de puro acomodo y temporizaciones con el ocupante extranjero. Como si fuese aquel derecho político, inexistente aquí desde que con la Intervención quedó deshecho el pacto fundamental, que en todos los países en su alma mater y lo pone en vigor, el fatal que ha de aclararnos la salida hacia una vida nueva de derecho, y como si fuese derecho este pseudo derecho mixto de contubernio, ¡Peregrino razonar! Nos hallamos despojados de toda constitucionalidad escrita, están cerrados todos los caminos del orden constitucional escrito para volver a ella, y nos obstinamos en no echar por el único atajo aún



existente, que es, sin embargo, el más amplio y natural camino: el de la esencia misma del derecho, el de su intrínseca razón de ser, el que no se nos ha podido arrebatar: el derecho natural. Y buscando la fórmula escrita del derecho, que no ha podido convivir con la brutalidad del hecho, su asesino, descuidamos esta otra que no muere: la fórmula inmanente, la realidad eterna, en cuyo fondo la verdad espera siempre que cual a Lázaro le digan: –“Levántate y anda”.

Me explicaré sobre ese tema cuando haya cumplido mi primer propósito acerca de la Liga con estos artículos. Trájelos a cuento con motivo de un alto cometido más que entiendo ha de asumir la asociación para hacer obra patriótica cabal; pero, como esta finalidad no se halla contenida en el mandato actual del Acta, y sólo la Convención representativa de toda la Gran Liga Nacional en el país podría incluirla ya en sus bases constitutivas, si lo tuviera a bien cuando ésta se encontrara del todo organizada, aplazarlo y tratarlo con toda calma después, cuando pueda ser puesto sobre el tapete de la Liga, es lo prudente y oportuno.

Pero no continuaré discutiendo aquí sin antes hacer dos advertencias, quizás tres.

La primera. No pretendo yo en estas marginales dictar mi parecer, como la regla, a la comunidad de la cual formo parte. Lo que yo hago deberían hacerlo también otros: de la suma de las ideas individuales que coinciden, se alza la idea colectiva que crea; del choque de las encontradas, la luz de la verdad. Hagan otros lo que yo, y habrán contribuido a orientar, a ahorrar en las sesiones detalles enojosos y retardadores de la labor preparatoria, la organización, y de la principal, la finalidad; y a fabricar un instrumento eficaz de redención: la Gran Liga Nacional. En las sesiones, el calor de la discusión, los incidentes, la impaciencia por la réplica, a las veces la oratoria de gala o la obstruccionista, la falta de anterior estudio de las cosas que se tratan, no dejan espacio y calma a estos sencillos temas de carácter orgánico e indispensables, de detalles sin brillo que hacen un todo congruente y armónico; pero si los llevan ya deliberados consigo mismo los asociados, y si van ya iniciados, los debates serán cortos y los acuerdos rápidos y fáciles.

La segunda advertencia. Cuando hablo de derecho natural o escrito, o mejor, cuando hable de esto en algún artículo posterior,

no he de hacerlo para echarla de docto. Ya se me alcanza que aquí lo son ahora tan sólo los diplomados (no así en todas las épocas y países) y que donde éstos compraron parece que a los demás no se les vende; pero yo sé de una academia que les otorga título, y de un profesor que les da cátedra a esos que no han querido, pudiendo, acudir a la Universidad; una biblioteca particular bien escogida y un cerebro organizado para el estudio y la propia ilustración. Entre estos, naturalmente, como entre los otros, se dan águilas y avutardas. Yo seré de las últimas, pero mi derecho a discurrir y a ayudar a mi país, es mío. Y lo uso.

Y una tercera advertencia. Artículos de esta índole, como el que ahora publico, carecen del interés que otros; no son emocionantes, ni candentes, de levanta ampollas, como algunos que de plumas mejores –y de esta mía también–, de corte algo arcaico y ramplón, que dirán los del cenáculo láncese de vez en vez a la opinión, como gato que se suelta disparado sobre una multitud; antes bien resultan anodinos, y para que no lo sean del todo se salpican con un poco de pimienta, o con sal... de frutas, como este. Pero deben ser leídos, por su utilidad. Lo que no se paladea se mastica; y aquello que nos ponemos en la boca y no ingerimos es lo que nos fumamos.

Y ahora caigo en la cuenta, pero es ya tarde para remediarlo: huyendo de una digresión he caído en otra, ciertamente menos extensa y tal vez ahora mismo más oportuna. Siempre es preciso disponer favorablemente el ánimo de los lectores para con aquello en que deseamos fije su atención; fuera de que, incidentalmente, arrastran estas digresiones ideas accesorias o integrantes de la principal y en este caso pretendo se halla la presente.

Los artículos de una serie deben considerarse como otros tantos capítulos de un folleto o de un libro, que se completan los unos por los otros y entre todos juntos desarrollan el tema. Aisladamente leídos, sin los anteriores o posteriores, no abarcan la unidad del asunto y acaso no sean, del todo comprendidos. Y en el periódico no pueden ir de otra manera, aunque encadenados como los cuentos de las *Mil y una noches*.

Pero como ya he colmado el espacio probablemente destinado en el *Listín* a este de hoy, para que no se me quejen luego de su extensión he de cortar aquí. Precisamente cuando iba a

reanudar la materia principal de estas marginales, me amanece, como en las *Mil y una noches*. Trataré de remediarlo volviendo sin dilación a estas columnas con mi cartera de marginales, y nada más que marginales, bajo el brazo.

*Listín Diario*, 16, 20, 23 de julio de 1921.



## Habla un leal amigo del *Listín Diario*

Ciudad, agosto de 1921.

Al Sr. Sub-Director del *Listín Diario*.  
Ciudad.

Estimado amigo:

Porque no me gusta repetirme y dije del *Listín Diario*, en ocasión de uno de sus pasados aniversarios todo aquello de que entonces le creí merecedor, no volví en los subsiguientes a darle mis parabienes en letra de molde.

Pero ahora hay mucho más que decir, bueno, del único periódico del país que en propiedad puede llamarse un rotativo, ancho ropaje que se visten a cada paso por ahí periódicos minúsculos que no han rotado nunca el imprimirse en sus humildes prensas de platina.

Por eso, y para no quedarme atrás cuando otros lo hacen, quiero yo también, que siempre fui un buen amigo del *Listín*, aunque no en todos los momentos lo haya sido él mío, por mor acaso de algunos de sus plumarios, expresarle ahora mis impresiones, a manera de felicitación, sobre su labor de este último año, el más hermoso y digno de su vida; labor que le ha tocado a Ud. en suerte presidir, como cúpole al autor de sus días, fundador y director del diario, armarle paladín de aquella causa de la Cuba irredenta, cuando ésta se debatía por conquistar su mayoría, que retardaba, no la al cabo generosa madre patria, sino la egoísta política española de la época.

Filipo conquistaba pueblos, pero a Alejandro le estaba reservado conquistar imperios.

Quiero felicitar al *Listín Diario*:

Por su actuación patriótica sin desmayo, enérgica y valiente, en pro de la causa nacional, ya en artículos propios y ajenos de sereno y docto discurrir, ya en pláticas amenas y cortantes, ya en veces con la airada y varonil protesta, fusta en mano, cual Jesús, que pugnó por arrojar del templo a los extraños mercaderes.

Por los magistrales editoriales de su redactor en jefe, fáciles, ecuánimes y los mejor escritos que han lucido en las columnas del *Listín* desde hace mucho tiempo, sin que con esto quiera yo oscurecer en la presente el mérito de tal o tales, brillantes plumas que antes lo redactaron.

Y por las buenas nuevas recibidas de su progenitor, que así puede llamarse tan a justo título como lo es de Ud. ese esforzado obrero del diarismo y su fortuna en el país, activísimo, tesonero, incansable, que ahora anda en busca, por lejanas tierras, de la salud perdida en largos años de rudo batallar con frutos y con honor.

Por todo eso, mis felicitaciones y mis votos porque en los años venideros cobre mayores timbres y auge su amplia empresa.

De Ud. afectuosamente,

FÉLIX E. MEJÍA

*Listín Diario*, 9 de agosto de 1921.

## Bueno, pues hablo

Unas cuantas líneas no más para *El Monitor*.

Pero antes, permítaseme el lujo de este párrafo arrogante: “En la arena de la Prensa han de verse aún impresas las huellas de mis garras de león, de cuando tantas veces pisé su ardido redondel en lucha franca, ahora contra tirios, ahora contra troyanos”.

Siempre acudí a ella por espontáneo movimiento de mi ánimo, sereno o exaltado, pero libre. Nunca jamás por extraña insinuación, noble o insidiosa. Y yo en nada he cambiado.

Empero, hoy, desde mi cargo oficial, no podría hacerlo con igual franqueza. Ni para mentir y sincerarme, arrebolada de rubor la frente, ni para hablar verdad, si ésta era adversa a superior jerárquico cualquiera en el escalafón del servicio público que rindo. Por discreción y por decoro, aunque nada arriesgara en ello, que ya sé que sí arriesgo.

No lo haría, lo primero, por idiosincrasia: soy demasiado sincero para el oficio de farsante. Ni lo segundo sin haber antes presentado y hecho pública la renuncia del cargo. No me expondría a una destitución que entiendo muy desairada. Sobre que, soy hombre de disciplina.

¿Es eso lo que busca quien me reta: o quién, sin advertirse de ello, sirve la ajena inquina, interesada en compelerme a salir de ahí por la cuenta que a alguien tenga? Pues... ¡*Vade retro amicus!*

Mas ya he descendido ahora al estadio, y por única vez en el asunto, ahí va mi palabra honrada.

Se ha querido hacer en éste de los billetes de lotería, de Macorís, una montaña de lo que sólo ha sido desde su comienzo una simple molécula de arcilla.

Alterada de momento la forma regular de distribución de los billetes, en lo que atañe a San Pedro de Macorís y por causas ajenas a la gestión administrativa del suscrito, fue preciso llamar por anuncio, a proveerse directamente, a los habitantes explotadores del género en aquella localidad. Y este anuncio despertó en más de uno el interés comercial, siempre a la caza de oportunidades. Hubo solicitudes y proposiciones, y no de una sola procedencia personal, para copar en la región todo el negocio, que se les figuró fácil de obtener y adjudicable a uno solo y mejor postor sin pensar en perjuicios a terceros. De ello no puede inculparse, en honor a la verdad, ni a los mismos proponentes, pues en la lucha cruenta de intereses nadie se preocupa del de los demás. Eso toca a quienes actúan por y para la comunidad; no a los particulares.

Por otra parte, impresionado arriba el Ejecutivo ante el aparente riesgo que corría la venta de esos billetes, con posible merma del producido, al cual se le da justificado destino, y acaso desconfiando de la pericia del recién llegado administrador, tal vez se apresuró aquél a acoger la oferta, aunque sólo en principio y no para en seguida, que se creyó mejor garantizada. Pero advertido luego de que el riesgo temido era ilusorio y sí más posible y serio el del precedente que con aquello se sentaba, y otros males mayores que empezaron a esbozarse apenas apuntado el negocio, se rectificó el bien intencionado error de arriba y, hasta ahora... “aquí no ha pasado nada”.

El único que podría sentirse de ello quejoso por la falta de confianza en su pericia, espera para enojarse que el tiempo le haga acreedor de ella y no se la dispensen. U otro especial y más serio motivo. Para dejarle el sitio libre a quienes crean que así lo lograrán para sí o algún su apadrinado. Pero ha de ser si los de arriba empujan o la dignidad le impone; no porque los de abajo quieran tirar del que lo ocupa.

En todo cargo público lo primero es luchar con los obstáculos, luego captarse la confianza, y lo último, ya enganchado en el servicio, es desertar. Para ello, cuando razón de peso hubiere, acostumbro cada vez que alguno desempeño mantener a la puerta el caballo ensillado y un pie sobre el estribo. En que tornar a la ancha pampa de la prensa libre, no para lanzarle lazos a esta o aquella res cebada y regalona, sino para pelear.



Don Quijote siempre armado caballero, con fuerte pluma por  
tajante espada, por mi Dios el ideal, por mi rey el honor, que  
en mi tesoro: y por mi dama, la verdad, bella y desnuda.

Mas, entretanto: ¡Vade retro, amici!

19 de junio de 1926.

*Listín Diario*, 20 junio de 1926.



# Matinales

Tema: Diversos, de paso y de pasada

Lema: *Utili dulce*, de Horacio

## I

No soy un madrugador, porque trasnocho largo habitualmente, cabizcaído sobre libracos y papelotes; y esto aunque haya ido antes al cine a distraer la vista y el espíritu con las fantasías de la pantalla. Pero voyme a ejercitar las piernas entre mañanas, a ratos sucesivas, por los alrededores de esta linajuda villa que es la mía natal; a tomar un poco de aire puro y confortante sol, cuando ya sube el astro a sus treinta y más grados sobre el horizonte: a posar la mirada en los verdores de las frondas, color de la esperanza, por humor de contraste con las hojas que amarillean en el árbol de mis desengaños; a oír el “sabroso canto aprendido” de las aves, que no me despertaran ciertamente, así lo intentasen, como para él lo quiso el buen fray Luis, porque ya a esa sazón lo estoy de cuerpo, y el alma llévola ex profeso a soñar.

Hombres hay por ahí a quienes en la tarde de su vida les da por mover fichas o cartas en una mesa, junto con otros de su propia laya, apaciblemente felices con tales divertimento y compañía; por *tertuliary* hablar de todo un poco; irse a picos pardos, montados en alazano de senil jactancia..., para regresar luego mohínos en el rocín del ridículo; o apacentar la pereza regalona, beatíficamente sentados a su puerta en los atardeceres y primanoches, calado el clásico gorro casero, *pantuflados* los pies, y bien metidos tronco y brazos en veterano

gabán corto que les resguarda de los besos demasiado expreviso de brisas o terrales.

A mi me ha dado por fumar el haschisch en la pipa de mis incurables optimismos.

Pero debo advertirlo: mi optimismo es fe robusta en la eficacia de los principios y las verdades de la ciencia, y en la noble intención que no se rinde. Nunca o muy rara vez la vinculo a los hombres. Conveniencias personales del momento, prejuicios e intereses creados hacen de éstos, por regla general, redomados egoístas, friolentos subjetivos que se arrebuja en esas mantas para aislarse del calor generoso de las ideas nuevas, que pudieran invadir sus ateridos corazones. Abríganse así contra el calor externo su frío interno, a modo de neveras o de trozos de hielo envueltos en franela, para no derretirse. Y motejan de utopías a bellas realidades de mañana, castas vírgenes hoy que sólo esperan, cual las de carne y hueso, para ser fecundas madres la ocasión de himeneo: el cual en hecho de utopías es de ordinario voluntad en acción, y extraordinariamente flor de genio.

Mi optimismo viene de las ideas y no va ya hacia los hombres, aunque en alguna pública ocasión me haya expresado de otro modo, para engañar mi desconsuelo o estimularlos a redención tardía.

Mi apego es a las cosas y no a las personas. Para con éstas mi pesimismo raya en misantropía. Ni me aman ni creo ya que las amo. Mas todavía exceptúo a algunas. Y no abarco en mis tedios la primera juventud, mariposas que rasgan el capullo; ni a los niños, naturalmente, crisálidas en blanco, almitas de plegadas alas, ¡divinas criaturitas! “Dejad venir a mí los niños”, exclamó Jesús.

Pues..., como iba explicando, a todo eso que al comienzo dije llevo yo mi aún erguida y resistente humanidad, Dios me la guarde, por esos trillos de los campos; que *trigos* no diré, pues de ellos no tenemos, y *andurriales* es voz pariente de arrabal.

Y hoy dirijo mis pasos rumbo al oeste, por el sur, orillándome al “mar cantor”; mañana me encamino a las alturas... del terreno, por el norte, o a la margen del Ozama, río arriba; otro día paso el puente y tomo al acaso por trochuela o vereda que serpea en un sentido cardinal cualquiera, o recorro esa carretera

un buen espacio, cuando no descendo la huestecita de Villa Duarte y, burla burlando, llégome río abajo (por la orilla seca) hasta la barra misma, y aún más lejos. Soy bastante andariego, si ello se me antoja.

En tales excursiones mañaneras voy recogiendo, cual bien olientes aunque mustias flores, mil recuerdos de los tiempos viejos, enredándome en las malezas y prendiéndome de las espinas de los actuales, y arrojando en veces a los duros terrores, bien que nunca germine, la simiente de algunas esperanzas. Y así marchó al azar por esos trillos, añorando el pasado, desolado por el presente o a intervalos volando al porvenir. Mientras músculos y pulmones se ejercitan y la salud entretengo sin perjuicio del alma que se anega en esas dulcedumbres del ensueño. O ya me siento sobre piedra o tronco, en la linde del sendero, a meditar o discurrir conmigo mismo en algún tema que por asociación de ideas o de otro modo me ha sugerido este paraje o aquella circunstancia del paso. Practicando de tal suerte el *utili dulce* de Horacio (el poeta latino de antaño, no el afortunado caudillo criollo de ogaño), frase inmortal que adopté como lema para estas y las posteriores *Matinales*.

Propóngome trasladar esos mis soliloquios e impresiones a unas cuantas cuartillas y darlas a la publicidad en revista u hoja periódica que quiera insertarlas, para desenmohecimietno de mi pluma y solaz de mi ánima, con toda sanidad de intención y algún provecho de interés general y nunca mío. Con lo cual doy mayor alcance aún a mi dilecto lema, el de Horacio Flaco, poeta insigne y prudentísimo epicúreo, quien, de haberle tocado a la lotería el premio gordo de la presidencia, se habría abstenido –a diferencia de un su homónimo–, de dilapidarlo en la debilidad con sus amigos de la hora afortunada. Sino que, uniendo al regocijo de la ambición colmada la gloria excelsa de hacer el bien de su país, en momento como... aquel (¡como éste!) tan propicio, y tras tanto esperarlo de su tocayo el pobre pueblo, pusiera de tal guisa en práctica su hermoso principio: *utili dulce...*

## II

Acompáñome a veces, en estas pacíficas incursiones, del rapazuelo de mi nieto, el cual se me impone un poco en todo, menos en su horacismo “alegre y confiado”, que tomó (lo primero) de los días eleccionarios, y creo que también (lo segundo) de sus papás y tíos; de mi nieto, digo, a quien en no pocas ocasiones tengo de exhortar en el camino, para que no se me desaliente en las jornadas, las que no siempre se le antojan divertidas. ¡El inocente! ¡Si él supiera que una vida puede así transcurrir toda entera sin llegar! Déle Dios una más clara visión de su destino que a su abuelo...; más que conserve el corazón con su perfume.

*La Opinión*, 19 de junio de 1925.

# Yanquilinarias\*

\* Este trabajo se publica incompleto, debido a que ha sido posible encontrar los números de *La Bandera* en que salieron las entregas correspondientes al II y a la primera parte del V. (Nota del editor).





## I Preámbulo

Torno hoy a la palestra a combatir al yanqui y a sus auxiliares. Diéranme Demóstenes o Cicerón sus prepotentes voces, con las cuales no descendían en verdad al circo a divertir al pueblo a uso de gladiadores, o de venal Esquines a recordar su origen, cual hoy los de su laya el suyo juglaresco. Si no que llenaban el ámbito del Ágora o del Foro con su intensa oratoria, de la que sólo nos ha llegado, momia de esa elocuencia, la palabra escrita.

Vengo, cruzado caballero medieval, tras entonar endechas de tristeza en la noche silenciosa de mi duelo a la dama del castillo hoy conquistado, cautiva del infiel, páramo de mis armas en el juicio de Dios en que se empeñan su fama y su linaje.

Traigo por armadura mi entereza, por yelmo mi decoro; lanza y escudo sean franqueza ruda y proceder honrado. Mi pluma esgrimo cual tajante espada. ¿Colores de mi dama? La bandera.

¿No me reconocéis? Calada traigo como enantes<sup>1</sup> la visera; empero, a su través descúbrese mi rostro enrojido de noble indignación.

No me oculté jamás por necio miedo o por cobarde intriga: la cruz luce en mi pecho, la cruz de caballero. Modestia no fue miedo, ni discreción baja.

Que cuando adarga abraza este manchego, aunque estu-  
pendos molinos acometa, a su pluma acerada sabe decir re-  
suelto: “Tizona, a trabajar.”

\* \* \*

1 Me refiero a mi campaña con motivo del Plan Wilson en 1914. (Nota del autor).

Vengo a la arena, dije, a combatir al yanqui y a sus cómplices. Mas conviene saber los que por éstos tengo.

Fuéronlo y son para mí sus auxiliares, sus cómplices, no en privilegio aquellos que acaso los llamaron, no se opusieron al desembarco en San Gerónimo, con ellos se hermanaron, y tras un tardío acto de contrición que culminó en una renuncia, antipatriótica en esencia, del jefe en menoscabo físico y moral, vinieron a ejercer al amparo de las bayonetas extranjeras una autoridad, por ilícita, usurpada.

No, ellos solos no son.

Aquéllos que desde la erizada Fortaleza se alzaron contra la autoridad legal, si malsana y dispendiosa, de Juan Isidro Jimenes, provocando la intervención que hoy nos aflige, y huyeron luego como ratas asustadas, sin un gesto de gloria por excusa, éstos también lo son.

Los que en Cámaras y concilios de partidos, tras ejecutorias de mercaderes en política, dejaron tomar creces y más creces a la intrusión extraña, abstraídos en su vil prorrato de la herencia a beneficio de inventario, ante el cuerpo agonizante de la Patria, éstos lo son no menos; más acaso que los otros.

Los que en feraces tierras cibaenas y en sus villas, de antaño por heroicas legendarias, en lugar de sumarse en la concordia y ahorrar fiereza, para oponerla al yanqui, insensatos a la vorágine vinieron y primero en la discordia se alistaron que en la honra, éstos son auxiliares tan culpables.

Sólo el pueblo, la víctima infeliz, es inocente; el pueblo que trabaja. El pueblo y ciertos hombres sin partido *ista*, o que dentro de él fueron honrados para en este conflicto sobreponer a su interés el de la Patria; *ciertos*, dije, no todos; tal vez pocos; y entre ellos el más humilde: yo.

Pues contra todos aquellos antes ya señalados auxiliares, culpables de lesa patria, esgrimiré mis armas. Mis armas de Quijote, ya lo he dicho; que en los tiempos que corren, todos Sancho, es locura esta andanza.

Mas no importa: mis armas generosas de hombre honrado.

No soy ya, hoy a mis años, un ingenuo. Tonto de capirote nunca fui; ni un ignaro tampoco.

De la sencilla fe de mis mayores, que depuse en el ara de la ciencia positiva; del bosque de ilusiones juveniles, que edad y decepciones han talado; del naufragio de naipes más soberbios; en ella vinculé mi amor primero; espero dedicar mi amor último.

Sin ruido, sin alardes, ya he vivido en comunión eterna con este sentimiento de mi espíritu, que no ha contado sin duda a su servicio valiosas facultades, y por ello no ha lucido, cual tampoco del pobre la hija hermosa y pura, ni joyas ni brocados que le den brillo y nombre en el gran mundo.

Y no es que no haya puesto bajo mi lente filosófico la noble, arcaica idea, reliquia de otros tiempos que en éstos ha reverdecido lozana y vigorosa en esas nacioncitas que se han llamado Bélgica, Serbia, Montenegro, y se llaman aún Suiza y Holanda.

La idea de patria ha sufrido una verdadera disección en el anfiteatro de mi cerebro; y no la he analizado como a un cuerpo muerto, sino con todas sus palpitaciones y modalidades, ya que la anatomía moral no ha de obrar siempre sobre el cadáver. La historia examina uno por uno los hechos del tiempo ya pasado, pero la etnología y sobre todo la sociología y la lingüística estudian y escudriñan tanto en el pasado como en el presente. Tal en la idea de patria, vieja y siempre nueva, que ha evolucionado todavía poco en el común de las gentes y muchísimo en los intelectos bien nutridos, puede el espíritu de análisis campear con gallardía. De ese análisis, en el cual el corazón vigila porque no destruya el bisturí de la razón la belleza, y la vida de este cuerpo santo, debe salir más acendrado, si bien más razonado el patriotismo.

Del mío sé decir que vive en mi pecho tan puro y tan robusto como antes del examen, aunque hoy ya ni es instintivo ni es platónico.

Hago estas aclaraciones previas a quienes con la sonrisa de escéptico o del cínico quieran atribuir a *bonhomie* o comedia mi sincero amor patrio. Que a tal respecto, en los días que corremos y en la tierra en que vivimos, yo bien sé a qué atenerme. Este amor mío, repito, es un amor inteligente y cuerdo, razonado y serio. Vaya la prueba al canto.

## III

*Dulce et decorum est...*

¡Y cuán inmenso tesoro se ha perdido cuando se pierde ella! Para llegar a la civilización ¡qué gran suma de esfuerzos, de abnegación, de sacrificios! Para alcanzar la libertad ¡qué procepción de glorias! Para conquistar la independencia ¡cuánto heroísmo! Para obtener las otras manifestaciones de un país libre y culto ¡qué de cívicas contiendas y de luchas sangrientas!

Y todo ese sendero de zarzas y escabroso lo ha recorrido ella, noble, fuerte, valerosa. ¿Queréis su nombre, el nombre de la augusta matrona que de etapa en etapa ha debido trillar en cada perímetro geográfico el áspero camino abierto en la montaña abrupta, del estribo, el trabajo, a la cima, la ley? Llámase así: la patria.

Síguela austera y grave, dama de honor, la historia, que recoge la estela de su cauda. Y a modo de aya antigua y de arrogante y joven camarera que cuidan de su garbo y su atavío, la tradición, que corre y ya decrece en su carrera, y la leyenda, ebria de orgullo.

Cierto que en todo medio no rindió tal jornada. Que patrias hay sin la noble prosapia en mi anterior artículo descrita, pese a sus genitores, y cuyos hijos desnaturalizados, por de humilde linaje la ultrajaron; mercaderes, por serles carga inútil la vendieron; o cobardes, a merced del bandolero en la senda la dejaron extraviada. ¡Maldición sobre el hijo que a su madre, ciega o por enferma o descarriada, insulta o vende o abandona a ese ladrón de patria! Que otros hijos la pusieron en tal trance no es excusa. Mayor razón para ampararla el bueno. En la realidad o en la ficción nunca fue raro ver el desheredado honrar y socorrer a sus autores, que a los otros, no a él, todo lo dieron. ¿Es nada, por ventura, el desborde de amor, de abnegación, de sacrificio con que nos han nutrido, curado, sostenido y adorado a toda hora contra hambre, debilidad, dolor o el odio extraño? ¿Menester habrá el hijo que su madre sea feliz, hermosa, fuerte, rica, linajuda o hacendosa para amarla? ¿No le basta ser madre? ¿No ama ella siempre más intensamente al desgraciado o contrahecho? Y la patria ¿no otorga con frecuencia su

favor al inútil, al ingrato o perverso? ¿La negaréis, sus hijos? Pues negarla es matarla. ¡Oh parricidas!

La patria es idea antigua, próxima a caducar, dijo el filósofo y pensó, antes de la guerra europea, el socialista. Patria es el mundo y la frontera zapato de mujer china. El internacionalismo tal proclama. Pero en presencia de la patria amenazada, el filósofo cede el paso al soldado, el socialista cierra filas y cubre su frontera, el internacionalista corta la red de alambres que era abrazo del mundo. Religión, honor, patria son tres santos legados del pasado. Tres vetustas preocupaciones. Lo declaro sin ambages y por propia cuenta. Pero de estirpe, por añeja, nobilísima.

Religión, honor, patria. Celosa dueña la primera, acompañará a la humanidad hasta dejarla en brazos de un viril y fuerte esposo; del deber. Básculo es el segundo: sostiene al hombre en su ascensión a la montaña; lo esgrime éste contra las bestias feroces que la pueblan; en llegando a la cima blanca y pura, libre ya de prejuicios y alimañas, comparecerá el dueño del mundo ante esa trinidad que en ella sienta el trono: Verdad, Bien y Belleza; y arrojará lejos de sí su impedimenta.

Madre es la patria. Ha de morir, cuando ya adulta la razón pueda vivir en paz el hombre con el hombre, con su hija la ciencia, con su hermana la libertad, sin gobierno usurpador, sin miedo al poderoso, sin imperialismo yanqui o alemán o japonés o ruso; sin dolorosa, abusiva, egoísta, cobarde intervención del fuerte en la casa del débil. La madre morirá, mas entretanto ¿quién por su dulce madre, anciana, enferma o moribunda, si hay quien quiera matarla o infamarla, allí no mata o muere?

Religión, honor, patria; tres deidades excelsas. ¿Que en sus aras víctimas propiciatorias sin cuento se inmolaron? Siempre fue grato a Dios el holocausto de la sangre.

Nace la sangre en la epopeya; su agua lustral es sangre. Del pecado original de la abyección sólo ella lava. Si algún réprobo torna a su creencia, rebautizarse ha. Si una patria querida ha mancillado el saltador de patrias, el pirata, fuerza es purificarla: henchida de sangre de patriotas la piscina.

No es de varones impetrar la vida, humillar la cerviz, llorar la afrenta. Si el derecho no gana batalla; si el fuerte a su clamor

viril responde con el peso de las armas de Goliat, David hubo y habrá. El hierro bata el hierro; la sangre rompa el cauce, lo mismo que del chico del gigante. La sangre de un varón redimió al mundo del odio y la opresión. Con su sangre los débiles triunfaron.

Leónidas vibra todavía su fulgurante espada en las Termópilas. En Maratón se orea aún la sangre de los héroes de una patria. Guillermo Tell la hace torrente en sus montañas. Polonia cayó envuelta en tal manto de púrpura. Paraguay, el Transvaal, Bélgica, Serbia, Montenegro se ahogaron en los mares de la suya. Ni piedad esperaron ni la hubo. ¿Suicidio lo llamáis? Refugio es del honor cuando no alcanza del villano ultraje una reparación o una venganza. ¡Oh leones, oh noble estirpe de los macabeos!

Quisqueya ¡vive Dios! No se ha rendido. Sorpresa o decepción paralizaron su primer impulso. Naufragaba la fe republicana: el voto se vendía, la hediondez infestaba; en la quiebra funesta de la razón social de republicanos, que el país expoliaba, dábanse a prorrato, en hambrecidos, los bandos y fracciones de acreedores; la férula de sátrapas grotescos tenía anestesiada de hace tiempo el alma de Febrero y Capotillo. Paciente Job eterno no sabe ser el pueblo; cortada quiere la mano que le roba y que le pega. Llegábale la lepra al corazón, y un día exclamó como el justo de la leyenda bíblica: “Perezca el día en que nací”.

Y en esa laxitud del ánimo, en ese eclipse de la conciencia pública, en ese cuarto de hora de desmayo de su legendario patriotismo, dejó entrar ¡pobre Grecia! las hordas de Filipo.

¡Mas ah! temblad intrusos y seudos guardianes de la fiera narcotizada, no domada; temblad por el momento en que la bestia vuelva en bríos y se desate! Podréis matarla al cabo, ¡seréis tantos, vosotros los ladrones!; podréis venderla al cabo, ¡tan insensatos sois, oh los traidores; pero vosotros, los que hoy guardáis las rejas, contaréis la hazaña. No vosotros, Iscariotes, vuestros ciclos de plata; ni alcanzar lograréis, ya remordidos, el árbol de vuestra horca. Que antes os colgará el pueblo, cabeza abajo del precinto almenado del Baluarte. Del baluarte glorioso de Febrero.

## IV

*Vox clamantis in deserto*

Era ya el tiempo nublado y la tormenta que viene soplando sus primeras rachas y acaso en breve cierre sobre toda la haz de la República, se anunciaba con lejanos y siniestros resplandores de relámpagos y el aún distante sordo retemblar del trueno.

El ominoso Plan Wilson acababa de presentarse a la mirada del país, entonces abstraída en la contemplación de sus mezquinos intereses de partidos, su sola preocupación, su único credo. Presentábase présago de la mayor desventura de una patria: su proscripción del concierto de los pueblos libres.

Pero los partidos no estaban para fijar su atención en cosa de tan poca monta. Una sola vez les importaba: ganar la gracia, la voluntad del intruso mediador, del apremiante *policeman* que venía a poner en paz; quiérase o no, a esos inquietos y reñidos chicos que no se avenían a ser niños formales.

Y tanto el que caía como los que se disputaban la baratija convinieron, si a regañadientes, si de grado, en el ruin plan. Cada cual soñó para sí con el favor del árbitro *a fortiori*. Ninguno rechazó, viril y honrado, aquella afrenta. La acataron todos. Y fue entonces, tras laboriosas crisis, aquel parto mezquino de los montes.

Solo una voz protestó en ocasión del hecho irrito; una voz sola, humilde pero honrada; una voz sin autoridad política, sin favor popular, sin alcurnia literaria, pero altiva. Esa voz fue la mía.

De *patriotera* la tildaron unos, los otros de clamor del despecho, de intempestiva o de ridícula. Y aunque los ciudadanos modestos e imparciales, esos que no baten palmas en el reclamo de la prensa diaria, la tuvieron por palabra de honor y de verdad, mis artículos, tras el eco sincero y sin alardes que alcanzaron en pechos generosos, y su reproducción, ya traducidos, en la infelice Haití, pasaron al olvido a vuelta de unos días. Al grado que energúmenos hubo del periódico, farsantes además, que afirmaron después con todo aplomo que *nadie protestó* de tal Plan Wilson. Nadie, cierto fue; ningún matón de oficio, ningún político de talla, de esos que al país han llevado a la tumba; ningún literatuelo o leguleyo, de los de ciento en libra, que de la patria han hecho su escarnio y del vía crucis de ella su comedia.

Pues aquel mamarracho de las instituciones republicanas; aquel aborto del derecho público que la iniquidad de un pueblo, colosal en su fuerza y su insolencia, impuso como hijo adoptivo a un pueblo inerme y débil de armas y de honradez política; aquel hongo del cieno crecióse luego a luego en la inmundicia, se hizo monstruo grande y tuvo a su vez una hija: la intervención odiosa del momento.

Cuando la vi venir, traída del brazo por los que, impenitentes, se disputaron hasta el postrer segundo la pitanza; por los que no tuvieron sonrojo ni amargura de jugar hasta la última carta la honra de la patria; cuando la vi venir me revolví desolado en mi impotencia, prediqué lo urgente de una preparación. ¡Y hablé a los sordos, y exorbité a los mudos...! Y entonces envidié, por vez primera en esta vida mía sin ambiciones, esos prestigios que el aura popular otorga pródiga al sagaz demagogo y al audaz intonso, al carnicero de hombres y al ladrón de arcas públicas, raras veces al mérito, al honor, a la virtud legítima. Lo envidié para agrupar en torno mío las multitudes y organizar una defensa: primero la del derecho, que es la gran barricada de los débiles; mas en seguida, antes del consentido ultraje, el sacrificio, sea el suicidio, que es la de la dignidad el postrimer reducto.

Otras voces se alzaron, harto escasas, en igual demanda; otras voluntades se movieron en ese momento de la ofensa, en que aún no había caído la mano en pleno rostro; mas he aquí que cual la mía esas voces resonaron en desierto. *Vox clamantis in deserto*. Intentaron en vano hacerse oír en medio a la atónita y dolorida actitud del humillado patriotismo, a la mal contenida indignación del pueblo, siempre fuerte para obrar, eternamente débil para toda iniciativa. Del pueblo, pronto a ir confiado y delirante a la conquista de todos sus derechos, al heroísmo y a la muerte, si le llevan sus ídolos.

No fueron ciertamente de orador las voces; de esos que los más negros conflictos de la historia recitan en papel, buscan su aureola y el aplauso ansían antes que la eficacia de su prédica, el éxito feliz de su comedia aun cuando ruja en torno suyo la tragedia. No se alzó una tribuna, no hubo un *meeting*; que en los grandes dolores y en las sublimes cóleras se anuda la garganta, la lengua se ata y sólo pugnan por obrar las manos. ¿La



elocuencia del hierro pide plaza? ¡Cese el predicador; calle el histrión!

Voces, débiles voces de unos pocos que fuisteis de uno en otro a aquéllos de la clase dirigente exhortando a la noble cruzada del derecho, y del hecho para el momento extremo; voces, modestas voces, coléricas entonces, que inútilmente a otros llamasteis a organizarse a tiempo, a oponer *muro de contención*, sereno o sublevado según las circunstancias, a la avalancha insolente que invadía, ¿por qué no hubisteis eco en tal instante, el oportuno? ¿Por la pobre prestancia de esas voces? Otras hablar debieron. ¿Por la menguada fe en la acción colectiva; por egoísmo ruin; por el estado anárquico, disociado del momento; por las mezquinas diferencias de partidos; por despechos vengativos; por disimulada adhesión a Macedonia ¡oh Grecia purulenta! por sibarita amor al bienestar de ahora; por cobarde miedo a la ruina o a la muerte de mañana? Por un poco tal vez de todo eso.

Y sobre todo por ese espíritu negativo a la congruencia; por la eterna disgregación de voluntades; por los celos de unos para el otro. Por pura inercia de la acción común, mal que roe como un cáncer, de hace tiempo, la clase dirigente de este pueblo, y mayormente de esta Ciudad Primada, en la cual los del machete y los del libro compiten en desamor a la armonía orgánica del medio, y sólo tienden a conquistarse un feudo, un mayorazgo, una prebenda. ¡Qué desaliento, qué edificación, qué ejemplo para las jóvenes almas aún en blanco!

Mas no había que ceder en tal empeño. Fuerza era organizar, organizarse.

El intruso invasor había hollado la histórica ciudad de los Colones: entraron azogados, el fusil en ristre, la mano en el gatillo, la mirada medrosa fija en los techados de las casas, marchaban temerosos de la acción que repele, suponiendo que velaba por los fueros ultrajados esta noble legión arrolladora: la vergüenza. Se instalaron en las esquinas con lujo de precauciones y de bocas de fuego... y no hubo nada. Llegaron hasta la Fortaleza solitaria, abandonada, el "león dormido" de la víspera, según expresión de alguien que piensa, y... no hubo nada. Ocuparon la torre del Consistorio en construcción, las alturas de iglesias y el dos veces noble Baluarte de Febrero, y... no hubo nada.

La autoridad militar del invasor se substituyó desde el primer momento a toda autoridad civil y militar de la ciudad. Caperton dio leyes y ordenanzas policiales, y otorgó permisos. Russell corroboraba, y de su parte también iba usurpando jurisdicciones, suscribiendo notas-*úkases* al Congreso, a los Secretarios de Estado y hasta al pueblo. Y no hubo nada.

Secundado por amigas voluntades, yo acudí a otras fuentes, a otros medios para intentar un organismo defensivo. Visité al solitario cenobita, dechado de patriotas, que ya atado al quebranto de los años nada puede en acción, mucho aún en verbo, e impetré su concurso. Requerí el suyo a un reducido grupo de jóvenes dispuestos a la lucha. Se convocó un gran número; no fueron la mitad. Votaron una Junta Provisoria; dio ésta un paso, dos... y... no hubo nada.

Y el invasor en tanto, como la mancha de aceite, extendiendo su sombra por toda la nación. ¿Y no habrá nada?

¿Ni iniciativas individuales ni acciones de partidos, ni colectivas de ciudadanos, ni gestión oficial se moverán en un sentido u otro para la redención de la República? ¿Sólo para matarse los hermanos quedó coraje aquí? No más que para arrebatarse los mendrugos, ¡oh míseros mendigos!, las satrapías, las posiciones, los por cientos muestra su diligencia el degenerado quisqueyano?

Hay que esperar, argúyese; más ¿qué? ¿A que el hierro del intruso haya puesto la estampa en nuestra frente, dejándonos marcados como a bestias suyas? ¿A que inermes, maniatados, vendidos y azotados se haga imposible la defensa ya? Que sea en lid del derecho o de las armas, preciso es comenzar. ¡Pronto será muy tarde! ¡Si no lo fuere ya!

Defendamos la nación, no sea que luego, cuando brote del alma en cautiverio la elegía impotente a la perdida Patria, nos enrostren nuestras madres, nuestras mujeres, nuestras hijas, la frase que a Boabdil lanzó su autora: “Justo es que lloréis como mujeres, pues no supisteis, cual hombres, defenderla”.

## V

## Al presidente Wilson

¿Qué buscáis en el país donde Colón plantó su tienda; noble cuna de América, primogénita de España, esa madre prolífica de todo un continente, para el cual ser debiera la nación sagrada, pues a quien no le dio raza le abrió el ancho camino de la tierra prometida que os dio patria tan grande, y tan ingrata que la deuda pagasteis con ultraje? ¿A qué enviais vuestras cohortes mercenarias sobre este débil y enfermizo pueblo que solo supo ofrecerle francos brazos a vuestra rubia gente? ¿A administrarle fórmulas reconstituyentes, curativas? Es incierto. Vuestras drogas, como las de antaño florentinas, son mortales. Dulzor le dan al paladar grosero, pero matan. ¿A restaurar orden y libertades, sostener la Constitución, acreditar la ley? ¡Mentira! Vuestras huestes indisciplinadas, de reclutas que se pirran por Baco, no son para eso: dígalo aquél que, a uso de nativos, disparó sus *tiritos* una noche, y el pobre diablo criollo atravesado a bayoneta por llevar un recado de aguardiente al yanqui centinela, que otro yanqui a la sazón ya revelaba. Vuestros barcos retuvieron días y días toda correspondencia que llegaba; vuestros oficiales de alto grado suspenden garantías y amenazan con el grillete al periodista; la ley marcial en plena paz, allí; aquí el amago. Vuestro contralmirante Caperton y ministro Russell subordinar quisieron al Congreso, y que un día le bastara a la elección; luego que no la hubiera hasta su aviso; y osaron recusarlas, por no gratas, a honorables personas postuladas. Y dictaron ordenanzas policiales en papeles volantes. Y al amparo de esa armada, contra toda Constitución y toda ley y toda Convención, del resto de la Hacienda os incautasteis, y en ella, a pleno antojo, derogáis la ley.

¿Enviareis con vuestros mercenarios la cultura, que es como servir agua pura y cristalina en copa con las heces del vino aún enturbiada? Farsa, innoble farsa toda. Cartago no buscaba otra cosa que mercados. Roma conquistaba colonias explotables por sus publicanos, ricos filones para sus guerreros encumbrados y sus audaces demagogos, provincias, víctimas de exacciones, para sus pretores y procónsules.

¿Y qué buscan, gran Presidente, vuestros hombres en la *convulsiva República de Santo Domingo*, que llamáis? ¿Civilizarla? ¡Incierto, mentira, farsa!

En las horribles proscripciones de aquel monstruoso Sila fue incluido el nombre de un pacífico romano, que al verse inscrito en la tablilla exclamó despavorido “¡Dioses!, me pierde mi casa de Alba!” Porque, ya lo sabéis, no sólo la política mataba; que también el ser rico de propiedades confiscables.

Nuestra posición en el Caribe y cerca del Canal; nuestra espléndida bahía de Samaná, nuestras feraces tierras, nuestra despoblación y el problema de la extrapoblación puertorriqueña, que os pesa encima hoy, nuestros empleos de Hacienda y de Obras Públicas, y más que usurpareis por la debilidad y la malicia de los nuestros, para dar salida a vuestro exceso burocrático... son nuestra casa de Alba. Eso nos pierde. Necesitabais eso, y resolvisteis tomarlo a mano airada. Los hombres y los pueblos, aún a través de siglos, chocan manos. Con esta diferencia en la ley del progreso –señales de los tiempos– que ya he dicho: aquel, romano, proscribía hombres en Roma y el Imperio, tierra propia; vos, yanqui, proscribís pueblos débiles de la América aún débil, que es ajena.

En las antiguas sociedades de Grecia y Roma republicanas, la democracia era un privilegio de las clases superiores. La propia Atenas, madre de la verdadera democracia, escenario único hasta ahora de los ensayos de democracia pura que sólo Suiza ha podido practicar en parte en algunos de sus pequeños cantones, no daba participación en las prerrogativas ciudadanas a sus vencidos de la conquista helénica, los esclavos, y muy poca a los que fueron inmigrantes. En vuestra sociedad norteamericana hay una raza a quien a regañadientes otorgáis la ciudadanía con sus derechos, negándole toda comunidad social con vuestros hombres blancos. Llegar un individuo de ella a cualquier cargo público es más difícil que a privado de rey algún pechero medioeval. Washington Booker, ilustra por sus méritos, y protesta viva y triunfante de esa raza, sentado a la mesa del presidente Roosevelt provocó más gestos de desdén y de repulsa que admiración el noble rasgo del guerrero presidente. En cuanto a la indígena, la habéis ya casi destruido.

Esa inicua preocupación, que no es de Europa, os perfila como pueblo. Y sabed, señor, que os habla un hombre blanco, que pudo serlo en vuestras grandes urbes.

Así como tenéis aún postergada aquella casta, más de quince millones, y aniquilada la otra, así queréis despreciar y barrer los pueblos libres de la América Latina.

Vuestra igualdad ante el derecho es gran mentira; vuestra igualdad social, la timocracia; vuestra libertad, un privilegio vuestro; el principio de independencia, en vuestro código no escrito un monopolio de Yanquilandia.

Queréis pasar por el más grande pueblo de la Tierra, para la posteridad y en el presente, y acaparáis los vicios, no las altas virtudes, de aquellas sociedades ya remotas. Aspiráis a recoger, para imponerlo a América, aquel cetro de Roma que en Europa reclama aún el germano; mas le alzáis del suelo como quisiera éste, con la lanza de Marte digno y fiero, sino con el caduceo de Mercurio, el dios ladrón.

Para absorber estos pueblos de América, inferiores según vuestra insolencia traficante, usáis de dos recursos: látigo de capataz para los débiles; sonrisa de judío para los fuertes; aquí arremetéis con todo, atropellando; en México os humilláis a horcas caudinas. Ya os lo dice Roosevelt, vuestro hermano precursor de imperialismo.

Cambiáis de política extranjera como de faz de luna. En México os lavasteis las manos de Pilatos con estas frases que os enrostra ahora el ya aludido Roosevelt en su libro *La guerra mundial*, que aquí tengo a la vista:

*No es de mi incumbencia, pero tampoco de la de ninguno de ustedes, saber cuánto tiempo necesitan los mexicanos para arreglar sus cosas, ni tampoco nos incumbe la manera con que ellos arreglan sus cuestiones. ¿Acaso las naciones europeas no han tenido todo el tiempo que han deseado, y acaso no han derramado toda la sangre que han querido para arreglar sus asuntos? ¿Podemos negarle este mismo derecho a México porque es débil?*

En Santo Domingo ¿por qué os habéis empeñado en que no arreglen los naturales “sus asuntos”? ¿Podéis negarle “ese mismo derecho” a Santo Domingo “porque es débil”?

¿Atribuís vuestra injerencia insólita a la desdichada Convención, que en alguna cláusula entre líneas del texto castellano, acaso ahora distinto del inglés, os otorgue en garantía un trozo de este pueblo?

Pretexto es de mercader digno de Venecia. Los intereses americanos que afirma ese instrumento odioso no pueden justificarnos, pues vuestro Ministro Bryan declaró un día, a fuer de nobleza *yanquilandica*, que “no protegería (en México con las armas) los dólares americanos”.

Y creéis, nuevo Shylock, que podréis en este pueblo inerte tomar vuestra libra de carne de su cuerpo sin derramar su sangre.

Iniciasteis vuestra labor presidencial con piezas oratorias que os envidiaran, por oportunas y mundiales, Mirabeau, Gambetta, Pitt o Castelar, para no remontarme a Pericles, Demóstenes o Cicerón. El orbe liberal casi postrado de admiración, os batía palmas. De pies sobre el pináculo, vos embrujáis a propios y extraños como vuestras promesas seductoras. Al fin se dijo: “viene al poder un hombre que se identifica con las grandes causas de la humanidad”. Este Mesías, tan esperado de los pueblos amenazados u oprimidos, nació con vuestro arribo al solio de la gran nación americana.

¿Risum teneatis, amici?

Corrieron meses, meses, y vuestro *Plan Wilson*, peregrino como vuestro y *humano* como vos, vino a dar un mentís, y no tengo presente si el primero, a vuestro discurso inaugural. Pero vos seguís discurrendo a igual tenor. Y pasaron más meses, y la famosa *expedición punitiva* sobre México llegó poco después con su cortejo de vacilaciones, impunidades (¿punitivas?), y violaciones del derecho de gentes. De ella dice a Roosevelt un diplomático alemán, en réplica a sus cargos a Alemania por la iniquidad de ésta en Bélgica: “Pienso que los resultados de esa política para México han sido peores que la invasión de Bélgica por Alemania”. Y el mismo Roosevelt, en dos o tres pasajes de su libro, esto a su vez:

*El presidente Wilson, en nombre del pueblo americano, ocupó Veracruz sin ninguna buena razón, y abandonó la población sin tener absolutamente motivo para ello. Se ha dicho que fuimos allí para exigir el saludo de la bandera americana; pero salimos del puerto sin obtener ese saludo.*

[...]

“El país debería comprender bien que la espantosa miseria que desgarró a México se debe a la política del Presidente Wilson”

[...]

*El cobarde que teme aparecer como hombre fuerte, hace tanto daño como el bandido fuerte y armado. Por espacio de dos años, el presidente Wilson ha decretado que se permitirá a los asesinos de México que derramen sangre inocente a su gusto, y por la actitud del mismo presidente Wilson, las mujeres americanas han sido villanamente ultrajadas y los ciudadanos americanos asesinados, mientras que las mujeres americanas, víctimas del hambre, guardan luto, y en los labios de sus niños hambrientos se ha helado la sonrisa.*

Mas, ¿qué importa todo eso si vos, erre que erre, continuábais vuestro canto de libertad y derecho de los pueblos al mismo diapasón? Al grado que, perorando un día en Indianápolis sobre el asunto mexicano, declarasteis: “Estoy cansado ya en Washington de decir cosas agradables. Quiero salir y ponerme en contacto con ustedes para contarles lo que realmente pienso”. Discurso ese del cual murmura Roosevelt: “Dice que tiene un entusiasmo loco por la libertad humana, y entonces habla de su propia política de watchful waiting en México”.

Sin duda fue en un raptó de ese *entusiasmo* loco cuando disteis la orden de intervenir a Haití; cuando el *deber de humanidad* por las atrocidades cometidas en el vértigo de la pasión política de la República vecina os movió a prevenir nuevos delitos de *lesa*

*humanidad*. Y tal deber os llevó a eso, y no fue eso el pretexto, el *parche de tafetán diplomático*, de que habla el publicista marqués de Olivart ¿por qué no redujisteis a una pasajera intervención, acatando en parte la doctrina de excepciones Heffter, Rivier y otros; y acordándola con la regla general y el derecho público, no os largasteis de ahí una vez cumplido aquel deber, siquiera después del *buen consejo* y enseñarles a perros y gatos las fauces, ya entreabiertas, del lobo?

Os pareció mejor quedaros, ocupar el país, suplantar con vuestras ordenanzas militares todo el haz de sus instituciones republicanas, civiles y políticas. Mucho peor el remedio que la enfermedad, a la grosería *mañesa* sustituisteis el ultraje yanqui, el *coco-macaco* la *patada* y la *trompada*, a la ilegalidad *benévola* que dejaba casi impunes los crímenes, la *malévola* que lleva a barrer calles a los aún sólo prevenidos por simples delitos y contravenciones?

Y perseverasteis, señor, en vuestras elocuencias libertarias, vuestro deporte lírico.

Hoy con cualquier pretexto, sin que lesa humanidad a ello os obligue, pues la guerra la hacemos aún con guantes; sin que horribles hecatombes justifiquen vuestra torpe intrusión; hoy ya también aquí, en esta patria mía, *que vale sola tanto como la vuestra* ante el derecho, y *junto con las otras mucho más que la vuestra*, hoy también pisoteáis nuestro tesoro, lo único que era nuestro y no quedaba, a uso de conquistador, a fuero de acreedor, a guisa de civilizador ...! Y seguís discurrendo, discurrendo ... en *cosas agradables*.

¡Cuál me recuerda esto algo que oí leer allá en mis verdes años a uno también joven compatriota de Bolívar: la *Comedia del Centenario*, escrita contra Guzmán Blanco por el insigne literato Nicanor Bolet Peraza!

Dictaba el gran tirano (parodia de estos tiempos eufémicos) su discurso de inauguración de aquella apoteosis del genio redentor de las Américas, y le interrumpían a cada instante sus *lacayos* y esbirros para algo que se relacionaba precisamente con lo que dictaba; él daba órdenes en abierta contradicción con su discurso, y continuaba dictando frases de pura farsa, todas altisonantes. Yo no recuerdo ahora textualmente esas frases, pero trataré de sustituirlas con equivalentes; “perdónenme



los manes” del autor de esa pieza magistral. El dictador dictaba, por ejemplo: “La libertad de la prensa y la tribuna, a las que siempre rendí pleito homenaje y protegí sin tasa...”

*General, interrumpía alguno de librea, el Comisario de Policía, que ha dado ya con algunos de los jóvenes redactores de El Yunque (periódico de oposición de la época) y qué hace con ellos. Que los lleve a patadas a la más inmunda mazmorra de la Rotunda (la Bastilla venezolana) y los cargue de grillos hasta nueva orden”* (que solía llegar, como las de Luis XI, a libertar el esqueleto) y continuaba dictando: *La juventud liberal, a la que siempre dispensé toda mi benevolencia y cariño... Y dictaba: Mi ilustre padre, el gran tribuno y el mejor colaborador, el fundador, diré, del gran partido Federal... Ilustre americano, interrumpían, don Antonio Leocadio [su ilustre padre] quiere hablarle. Que no puedo oírle ahora. Viene a pedir dinero; ya estoy harto de alimentar sus vicios. ¡Que se vaya al carajo... col! ¡Viejo infecto; comido de llagas! Y repetía al amanuense: Mi ilustre padre, en quien cifro mi orgullo...!*

Tal así, vos señor, gran Presidente de la Gran República, que os parecís a Washington y a Lincoln, en lo de libertarios, como una sombra chinesca al cuerpo proyectante, así dais órdenes de atropellar los pueblos indefensos mientras en paraninfos y recintos del Capitolio o de la Casa Blanca os proclamáis campeón magnánimo de la justicia y del derecho de esos pueblos.

Tal así Marco Aurelio, emperador filósofo, escribía sus *Pensamientos*, de moral estoica, mientras combatía a Marcomanos y otros bárbaros; tal así como vos, mientras batalláis en lides de conquistas y reelecciones, predicáis civilización, libertad, desprendimiento. Mas... siempre volviendo a la espiral la espira en un radio más amplio, según fórmula aquella del progreso, Marco Aurelio “no fue conquistador” ¡oh presidente Wilson!

¿Ignoráis por ventura la doctrina de vuestro Monroe? ¿Hacia qué interpretación de ella os ladeáis vos? Por lo de *América*

*para los americanos ¿qué entendéis? ¿Cada pueblo de América para sí, que es el sentido exacto de esa declaración en caso concreto de los sanos principios de la no intervención, reconocidos por el Derecho Internacional moderno, o el falaz y egoísta que vuestros políticos imperialistas, los enemigos de la grandeza de vuestro pueblo, dan en atribuirle, y vos mismo parecéis practicar en la hora ésta: ¿América para los yanquis? ¿Conocéis la doctrina de los publicistas en la materia, desde Grocio hasta Calvo y Fiore, en orden a intervención? Todo os la recusan, por regla general; por excepción la aceptan muchos, para casos concretos. Sin duda, vos, de la excepción hacéis la regla; y en todo evento, confirmando al canciller germano y al cofrade de Roosevelt, pensareis de eso, contra vuestros discursos, lo que ellos de los tratados: “Son papeles mojados”. Y aquietando en lo recóndito vuestra conciencia, argüiréis por vía de conclusión, parodiando al Islam: Sólo Tío Sam es dios, y yo, Wilson, su profeta.*

## VI

### Russell, Caperton<sup>2</sup> and Company

Para vosotros no es menester presentación ahora; ya lo habrán hecho las altivas rudezas de mi pluma. Ni estáis tan altos ni os halláis tan lejos que hasta allí no lleguen. Y anotado debo de estar, como libro prohibido, en vuestro índice expurgatorio; en que inscribís a los proscritos de vuestra voluntad dispensadora de *gracia y aceptación*. Siempre fue igual: buenos para el dominador, propio o extraño, los que vistieren la librea, sean quienesquiera; *pernicioso, disociadoro petulante*, el hombre de vergüenza. Allá vosotros, allá aquellos; yo me quedo con ésta.

Holgaríame en verdad no tener que arrojar sombra alguna sobre vosotros. Cualquiera diría que no sois responsables de la violación grosera de que han sido víctimas estos dos pueblos

2 Hoy sustituido por el contralmirante Pond, pero habiendo sido aquél el instrumento ocupador, su nombre es símbolo de esta intervención, y su sucesor continúa su persona, como ocurre en derecho con la cuenta del difunto hasta liquidación de cuentas. (Nota del autor).

débiles y achacosos, si el uno más que el otro, que habitan la gran isla del Caribe, la pobre primogénita que no ha cobrado nunca el mayorazgo; antes bien, como el mayor hermano en familia pobre y huérfana, dio de sí lo que tuvo y nunca recibió de sus hermanos gratitud ni prenda. Que no sois de culpar porque sólo obedecisteis y continuáis obedeciendo órdenes.

No es cierto; no dijera verdad ese cualquiera. Porque lo sois ¡y tanto!

*O ¿cuál es más de culpar,  
aunque cualquiera mal haga:  
la que peca por la paga, o el que paga por pecar?*

En estos versos admirables, que ya he citado en ocasión no muy extraña a la presente, no pretende sor Juana Inés excusar al pecador por paga, llámese ésta ascenso, crédito o soldada; sino hacer resaltar el mayor vicio del pagano.

Y ello es la lógica consecuencia del honor y la moral.

Primero, porque el libre albedrío de la conciencia os libera-ra siempre de cometer la culpa, si tal le requirierais. Si hombres fuerais de convicción cual lo sois de credenciales o de espada. Cuando alguien, que cura de su concepto, se viere precisado en su mandato a obrar contra razón, contra conciencia, contra libertad, contra derecho, o dé su dimisión o acepte, también por cuenta propia, el fallo de los hombres justicieros.

Que si tales renunciaciones fueron raras o jamás oídas en actuaciones contra tierra ajena, débese a que la moral universal hállese aún en pañales en la historia, y acciones que en el propio país fueran afrenta, se tienen por lícitas y honestas en el de otros. Por liberales vi en el destierro hombres que servían al tirano extranjero. Así se ha afeado a más de una celebridad. ¡Como su fueran libertad y honradez hábitos que hubieran de dejarse en la frontera! ¡O en el puerto!

Pero la moral eterna de la vida humana colectiva arrojará un baldón, cada vez más negro mientras más se depure ella de preocupaciones y perjuicios, sobre todo auxiliar interesado de una mala causa. En servicio de su patria amenazada, un hombre es grande aun en medio de sus más crasos errores y sangrientas hazañas en la patria ajena. Pero si sólo sirve a la ambición

bastarda de un amo o de un imperio, su papel es repugnante, su saña interesada. El odio es con frecuencia noble y fiero; es siempre la codicia ruin mendigo. Más que a Roma execraban a sus enviados, que preparaban con intervenciones las conquistas, los pueblos sus coetáneos; más que a España o sus reyes, aborrecieron los indígenas de América a Ojeda, a Pizarro o a Alvarado. Más que Jerjes se hizo odioso Mardonio; más que Felipe II el Duque de Alba; más que Napoleón I Talleyrand; más que Fernando VII, Boves y Morales; más que Isabel II aquí, La Gándara o Ribero.

La historia no consigna, cierto es, nombres de lo contrario; acaso el de Las Casas, rebelde a la esclavización y muerte de una raza por los suyos. O porque la moral pública de militares y diplomáticos nunca fue moral de altura, ni la moral social del mundo era lo que es ya hoy, nuncio de lo que será mañana; o porque estos nombres de los que prefirieron la oscuridad y sin duda la desgracia a consumir la iniquidad en el país ajeno, en nombre de un villano propósito del suyo, quedaron ignorados. Los hombres sólo han tenido recordación y aplauso para el éxito brillante, siquiera en la tragedia, y la virtud anónima la despreciación siempre cual feo vicio. Pero la Moral Social, ciencia novísima, amplía ahora sus horizontes, y la histórica se incubaba bajo su ala. De Sócrates y Cristo mensajeras, es ahora cuando van llegando, pero al fin alojarán en las naciones.

Y es la lógica consecuencia del honor y la moral.

Segundo, porque no sólo cumplisteis aquí órdenes, sino que apuntasteis allá iniciativas, acallasteis quejas cortando medios de que llegaran éstas a oídos superiores, silenciasteis verdades que pudieran hablar en pro de nuestra causa, y no desmentisteis las groseras patrañas que cruzaron el océano. Y os confabulasteis, según que os lo enrostró la prensa patriótica con acopio de datos, sin que hayáis querido ni podido sinceraros, con los hijos desnaturalizados de esta patria, para producir adrede malestar mayor en todas partes, provocar rebeldías y nuevas disensiones, y justificar así el injustificable extenderse por doquiera la mancha de vuestras huestes invasoras. Y aún hoy ponéis obstáculo a todo buen derecho, recusáis hombres buenos por no gratos a vosotros, y anuláis las prerrogativas del poder legítimo.

Y... O fuisteis los autómatas, instrumentos ciegos, de una fuerza bruta que obedecisteis para conservar lucro y merecer nuevos *honores*. Y ya sois responsables.

O creasteis la causa, abultasteis el efecto, pedisteis la pena y ejecutasteis la sentencia; todo a ciencia clara de que ejercíais la iniquidad. Y sois entonces, no solo responsables y culpables; también abominables.

Yo no os quiero injuriar; no es mi propósito: eso queda a la historia. Yo os acuso.

Si en vez de vos, Ministro Russell, lo hubiese sido otro menos ganoso de conquistarse un crédito en el partido imperialista, y acrecentar los méritos necesarios a una mayor jerarquía, los sucesos no hubieran alcanzado este grado máximo de pesadumbre nacional que nos habéis traído. Funestos fuisteis al país, a fe de honrado, Power, Dawson, Sullivan y vos. Acercó el uno a los labios la copa del acíbar, los otros hicieron tomar de ella grandes sorbos; con vos todo el veneno se apuró. «Bruto hubiese perdonado a sus hijos culpables, a no llamarse Bruto». El diplomático no nos hubiera importado la ocupación, a no ser Russell. Fuéralo el honorable Mr. F. R. Mc Crery o el caballero y discreto Mr. H. Knowles, dechados de diplomático, y honra de Yanquilandia, y esto no habría ocurrido. Hubiera sido nuestro huésped Mr. Charles H. Sherrill, Ministro que fue de los EE. UU. en la Argentina y autor de un libro precioso, por de oro y oportunidad, *Modernizando la doctrina Monroe*, que acaba de ser vertido al español y llega hoy a mi mesa de trabajo, y nada de lo ocurrido aquí ahora, ocurriera. Pero desventuradamente somos pobres, y no nos visitan los Caruso ni los Sherrill. Como los conquistadores de América, los agentes de Yanquilandia en estos pueblos chicos y su espada, o sean sus instrucciones y su acometividad en medios irresistibles; y vienen por el oro de minas para la metrópoli y por capitanías y virreinos para sí. En busca de lo que necesita Yanquilandia y de lo que ellos de su parte han menester. Somos pobres, pero tenemos algo que se codicia; no lo daremos de buen grado, y es preciso despojarnos de eso a cualquier precio, cubriendo ante los pueblos grandes las apariencias del decoro. Para ello se cuenta con nosotros mismos, con nuestra inexcusable indisciplina y el astro sin vivo resplandor del patriotismo nuestro, que declina en

menguante en medio a nubarrones de discordias y el fragor de las revueltas intestinas. La anarquía, aun sin horrores, la contienda civil, aun sin atrocidades, ofrecen el pretexto que esperaba el gran pulpo. Y llega la intervención. ¡Y es el oprobio!

Ninguna época más desastrosa para este país, sobre el cual pesan hoy vuestras influencias diplomática y militar, que la conocida aquí por el nombre de la *Desunión*, en que los partidos jimenista y horacista, mal zurcida su ruptura de 1902, se desgarraron mutuamente y desgarraron la República, inundándola de sangre y llanto. Suerte de Guerra de las Dos Rosas que deshojó insensata las de gran parte de la florida juventud en el altar enrojado de la discordia. Fue entonces cuando uno de vuestros barcos, movido a ira porque balas perdidas habían rozada la arboladura de otro barco mercante americano, o porque se disparó sobre éste desde uno de los cantones sitiadores para hacer efectivo el bloqueo de la ciudad por esa parte, el río, bombardeó a Villa Duarte sin previa formalidad de ningún género. Y en esa sazón también cuando fue muerto un marino tripulante de uno de los botes del “Yankee” por otra bala perdida o adrede disparada de la banda oriental del Ozama, momentos después de atracado el bote en el muelle de esta banda occidental. Pues bien, a pesar de tan profunda perturbación del orden público, y de pasearse la muerte doquiera, se hubo intervención, no se interesó siquiera.

Ninguna situación fue más sombría que la advenida a raíz de la muerte de Cáceres, la cual sentó en el poder a sus seudovengadores los Victoria y arrojó a la manigua a los conjurados autores de esa muerte injusta, por extemporánea, cuando menos, quienes habían dejado, en las garras de Marco Antonio, Lépido y comparsa, de víctima expiatoria a Luis Tejera, y fueron reforzados luego por la legión del horacismo, que se miró proscrita desde la inmolación del repúblico purísimo Chago Guzmán.\* Sucesos que bautizaron una guerra sangrienta terminada por la mediación impuesta de vuestros barcos y la presión, sin duda más benéfica que la vuestra ahora, de vuestros Mc. Intyre y Doyle. Vos, Mr. Russell, debéis de recordar

\* Santiago Guzmán Espaillat (1879-1912), considerado uno de los próceres del civilismo dominicano en el siglo xx. (Nota del editor).

bien eso, pues ya entonces fuisteis parte del instrumento, y alzasteis hasta el solio, con la complacencia de las Cámaras, las hopalandas del mitrado tras el derrumbamiento simultáneo de aquella revolución y aquel gobierno.

Pues bien, se hizo sentir de lejos el influjo magnético de vuestra batería, cargada ya en sus pilas de la rada, pero no hubo *intervención*. Y es que un elemento de los actuales actuó entonces, el diplomático, mas no el otro, el militar, que sin duda no quiso arrojar sobre sus hombros tanto fardo.

Y se hizo necesario, ya más tarde, tras otra guerra, cruenta, la conjunción forzosa, el natural ayuntamiento de aquel Sullivan, vuestro predecesor que a punto estuvo de pagarlas todas juntas en Irlanda, y esotras Comisión *de paz*, la portadora del emplasto de vuestro médico, emplasto que denominasteis el *Plan Wilson*, para que se anunciara francamente, ya arrojada la máscara de vuestro Tío Sam y de vuestro primo y señor Wilson, la entonces próxima y hoy presente intervención. Y que vos, Ministro Russell, estuvierais aquí para llamarla, y que vos Contraalmirante Caperton, hombre de fuerza, estuvierais allí, a la otra puerta, Haití, para traerla.

Por eso sois el uno y el otro los responsables inmediatos, las cabezas visibles de ese dragón que hoy nos custodia y nos azota con sus colas.

Por eso, Mr. Power, portador del *laudo arbitral aún ad referéndum*, el abuelo de la *Convención*, y que asintió, si es que no lo ordenara, el bombardeo de Villa Duarte; de Mr. Dawson, el del *Modus Vivendi* y su funesta *Convención*; y Mr. Knox, nuncio del Imperator ya en olor de codicia; y Mrs. Doyle y Mc. Intyre, que sondearon la opinión para el anclaje; y Mrs. Fort y Smith, que fueron esas aves agoreras precursoras de la borrasca ya cercana, no son aquí los nombres estimados. Mas si no llevan de este pueblo, esos halcones mensajeros que tornaron sin la presa, ni el mirto del amor al corvo pico ni la perla de una lágrima en el ala, tampoco en el garguero, atravesado como un clavo hecho ascua, el implacable odio de una perdida patria.

Alonso de Ojeda, Roldán y Pasamonte, pérfido Bobadilla y Ovando, búho siniestro y cruel Felipe II de la naciente colonia; Sir Francis Drake, Osorio, Mauricio Penn, Venables, D'Ogerón, Delisle, filibusteros genitores de Haití; intruso Charité; Toussaint,

Cristóbal, Dessalines; Kerverseau y Ferrand; nombres, si admirado alguno, aborrecibles a Quisqueya ese y los más, ninguno gratamente recordado; nombres negros, rojos, tenéis dos convidados a la mesa. ¡Hola!: alzaos de este oscuro rincón en que os tiene acorralados el chasquido del látigo, y acordad en conciliábulo recibir dignamente a vuestros huéspedes. La historia, nuestra historia así lo manda. ¡Ea! Recoged estos nombres: Russell, Caperton.

Vos, contralmirante Pond, que sucedéis al soldado centinela en la garita, persona de cuenta sois, y la tenéis abierta: en vuestro haber y en vuestro débito, aún en blanco, no se escriba, pues amor no es posible, nunca el odio. Llegasteis a servir lo consumado. ¡Que os vayáis sin la inquina del pueblo escarnecido!

En cuanto a vos, contralmirante Caperton, que marchasteis cargado de *laureles* que no envidiara Arístides el Justo; portador de la presa conquistada, según lo imagináis; que para recoger en un ascenso el galardón apresurasteis la partida, en paz y en haz no quedareis con la conciencia.

Otro tiempo remoto otro Almirante, muy más grande que vos, llevó a España las muestras de su gloria en tierra descubierta y conquistada: oro y hombres. Pueblos al mundo, pródigo, ofreció; razas a la opresión. Y él también fue cargado de cadenas, y en triste oscuridad y en la pobreza murió el Grande Almirante, el Gran Descubridor. La historia le compensa y le redime, porque sirvió a la historia; su época le fue adversa ¿por ventura porque en ella con pueblos desvalidos no fue grande?

Vos, al revés, bienquisto con la época, llegareis a avanzada senectud, y allí bajo copudos chopos del solar nativo, sentado en las rodillas vuestro nieto, narraréisle esta hazaña entre las vuestras. Y le diréis: “Llegamos, amagamos y vencimos; de ritos y costumbres nos burlamos; por todo atropellamos; y en barbas de senadores nos reímos”... y cuando alguien nos habló de fueros, como Pompeyo a aquellos Mamortinos que los suyos reclamaban dije fiero: “Cesad de alegar leyes a quien ciñe espada”. Y como el niño, que cual todos, llegará con sus preguntas hasta el alma, os preguntare: “¿Y era eso justo, abuelo?” Vos, turbada la conciencia, vacilante, solo balbuceareis: “La historia lo dirá”. La historia, os digo yo, no es el presente; ¡ella nos vengará!



## VII

### Digresión oportuna

Habíame propuesto suspender hasta oportunidad más palpitante estas *Yanquilinarias*, dando por primera serio lo publicado, y ya me disponía a expresarlo así cuando vine en cuenta de que se quedaba algo en el tintero que no podía dejar allí, bajo pena de ser tildado de inconsecuente con mi propio *Preámbulo*, si no lo fuera de otra tilde peor.

Me refiero a aquella frase inicial del primer artículo de la serie: “Torno hoy a la palestra a combatir al yanqui y a sus *auxiliares*”. Pues si bien ya les zurré un poco la badana a éstos los tales, en el mismo artículo, como quien de paso previene con sendos pellizcos a todos los contrarios situados en su camino y a quienes ha de combatir después, mientras se dirige uno en primer término al más fuerte y por intruso el más antipático, siquiera no el más culpable, ni es aquello todo lo que ellos merecen ni debe limitarse acusación alguna a lo que, llamaré aquí *enunciado*, sin que le siga la demostración.

No es mi ánimo el fustigar a nadie sin piedad, por el prurito de merecer dictado de *viril escritor* o ditirambo análogo con que luego me regalara la prensa de reclamo; pues en primer lugar, yo no gozo jamás de tales gollerías (¿no os habeis fijado?), aquí donde a cualquier quídam, más disparatador que un vizcaíno, se le pone en los cuernos de la luna cuando cuenta le tiene al bueno del apologista; y en segundo término, porque nada le causa pena tal a mi ánimo como el haber de restallar la fusta, cuanto más pegar con ella. Que huyendo de ambos extremos, por viciosos todos tanto como repugna a mis labios la lisonja, y por ella entiendo la loa inmoderada e inmerecida, de pura adulación al fuerte, tanto rechaza mi honradez ecuánime cualquier censura que sonara a inquina y todo juicio que trascienda e injuria.

Odios los tengo yo, no he de negarlos; humano soy y por añadidura de vehemencia; pero cuando se escurren ellos en las mal alineadas alamedas de mi discurso, a favor de la noble indignación que alborote en sus frondas cual viento huracanado, y llegan a herir, el veneno en la punta, con la lanza de mi

pluma, suelo atraparlos allí mismo, y ya sujetos por mi sinceridad, advertir de su presencia a los lectores, para que no se llamen a sorpresa. Bien que jamás hieren ellos a inocentes, sino a quienes a mí y cientos causaron ruines daños.

Pero yo no estoy en este caso de odios, ni de amores, con ninguno de los grupos ni de los hombres a quienes atribuyo francamente una participación dolosa en el proceso preparatorio inmediato, en la realización y en el avance hasta la ocupación completa, de la triste vergüenza nacional que llamamos *Intervención*. Como fuera a remontarme a sus causas más remotas, claro que sí; llegaría a los orígenes, y descendiendo por el curso cenagoso de ese río, me pechara con algunos de los clientes que me deben deuda de odio... que nunca saldrán, pues yo no había de cobrarla así ocasión hubiera, lo juro en mi decoro y aunque ahora mismo quisieranla ellos aumentar si eso pudieran. Nunca la saldrán, mas me contento con el pago de vivir recordándosela: tal el remordimiento de la injusticia cometida sea uno como tortor eterno.

No abrigo odio personal a los coautores, por cómplices, de la ruina humillante de la patria, pero contraje ya el deber de ir estableciendo responsabilidades, que es punto muy importante en el programa de estas *Yanquilandarias*, y quiero yo cumplirlo.

Creo ridícula e inútil toda sanción a medias, o de simples arañazos a quien merezca la implacable de la justicia y de la historia; pero subleva mi razón y mi conciencia la falta absoluta de aquella para los culpables, por miedo, por especulación o por bajeza. Ni se castigue a unos cuando los otros hayan de permanecer en cínica impunidad.

Por eso, ya que plumas más autorizadas no lo hagan, ni el País ha de imponerla, porque ya la conocemos la sanción de este país, márquenles por lo menos mis rasguños.

Después, en la segunda serie, más sereno el espíritu, ya disparada la justa indignación que había en el pecho, entraré en consideraciones jurídicas de todo género, sobre la *Convención*, el *Plan Wilson*, la *Intervención* ante el derecho internacional presente y del porvenir, y la manera cómo en mi opinión debe organizarse una Defensa Nacional, bien entendida, eficaz y sincera.

Para esto esperaré a que los ánimos vuelvan a preocuparse en materia de suyo la más vital del País en el presente, pero a la

cual los intereses de partido, ¡siempre los mezquinos intereses de partido!, van relegando ya al segundo término, si es que no le asignan el tercero, después del problema elecciones y el otro, las reformas.

Reformas y elecciones que ahora se me parecen a cabriolas y danzas que en el circo zoológico ejecutan irracionales al chasquido del látigo de un amo.

Reformas y elecciones que en las actuales circunstancias se me antojan una canción de amor y una charanga cuyos aires ramplones, viajando con el fúnebre cortejo, profanan la tristeza del entierro.

## VIII

### El mal llega de lejos

¿Quiénes son, en el País, los responsables de la *intervención americana* que afrenta la bandera, humilla la ciudadanía y ofende la majestad de la República?

Voy a responderme yo mismo a esta pregunta con toda la imparcialidad y la honradez que me son inseparables en mis juicios de altura, que lo son todos, a lo que pretendo, porque en ellos ni hago política, que es conveniencia, ni sirvo a mis enconos, que fuera ruin pasión.

El primer responsable es el País entero. Y aunque esta no sea verdad de mi invención, sino que se halla en muchos ánimos serenos y justos, y la he recogido de muchos labios autorizados y sinceros, no recuerdo haberla leído en los momentos en que las inculpaciones en otro abismo abierto a los nuevos errores sin disculpa.

La Restauración se alzó, como una tromba, de las aguas impuras, al amparo del vacío que dejaron en el ambiente los que se desplomaron al peso de su culpa, y cayó luego a luego sobre el campo recién florido como un reguero de cristalinas perlas de rocío que irisaba el ideal sobre las verdes hojas, y de pestilentes gotas de cieno que desparramadas salpicaron de inmunicias todas las corolas y agostaron con su calor de cloaca todos los renuevos. La Restauración, fragua de héroes, fue también

la gran removedora del estanque social, a cuya superficie trajo a flotar la hez, el sedimento que todo lo enturbió. La clase militar improvisada, de oscura cepa en su gran mayoría, ignara y recia, se sobrepuso desde entonces a todo otro elemento; la burocracia fue su siervo y el contingente intelectual su eunuco.

Si la antigua República tuvo en parte esos vicios, ya habían sido encauzados y por su lecho natural corrían. Santana, el águila rapaz, los tuvo a raya; Báez los utilizaba y contenía en el lindero de sus aspiraciones de galones en lento escalafón; los Alfau eran titanes, si diabólicos, de estirpe y arrogantes, y los próceres, los obreros de la Patria, algunos harto humildes, iban ya desapareciendo en el cadalso o en el exilio. La vida de la Primera República, como el curso del Jordán, claro al principio, turbio después, llega tras diez y siete caídas al Mar Muerto de la Anexión, cuyas pesadas, amargas y bituminosas ondas, que cubren las ruinas de Sodoma y de Gomorra, en vano aspiran a purificarlas un tanto las linfas del sagrado río, la leyenda, al rodar mas ligeras sobre el manchado espejo de aquel inmundo lago en que no flotan plantas ni discurren peces. Y sobre ese Asphaltites se alzó luego la tromba, formada de vapores de esas linfas y cienos de esas ondas.

Tres son las fuentes de la culpabilidad de la presente *intervención* americana. Una general y remota, los desórdenes políticos y administrativos originados en la misma Restauración y llegados in crescendo hasta la fecha; otra que llamaré *intermediaria*, la de los empréstitos desde el *Hartmont* hasta la *Convención*, y sus inversiones de prodigalidades y de fraudes en gran parte; y la última, reciente y ocasional, la funesta Conjunción bolo velazquista, provocada a su nefanda obra, de sollicitación o al sentimiento, por la escisión de Arias y sus secuaces, y eficazmente secundada por la corrupción, el desencanto y las insensateces de la hora, regeneradoras de la indiferencia y la inacción del País ante su afrenta.

Así de tumbo, de peculado en peculado, de servidumbre en servidumbre, de matanza en matanza, ha venido a caer bajo las hordas de Ciro, mientras la orgía de su rey Baltasar, la degenerada Babilonia.

Yo no me detendré a analizar el agua de esas otras fuentes. Ello me llevaría muy lejos y a muy complejo y detenido estudio,

planto mis reales al borde de la última, la inmediata y visible, someto a la química de mi discernimiento su manantial envenenado. Vamos a cuenta.

## IX

### Las especies del género

Su manantial envenenado, dije, y debí decir sus manantiales, pues son más de uno. A saber:

Jimenes y sus bolos, que cayeron cual mastines hambrientos por larguísimo ayuno sobre las piltrafas del Presupuesto, y las devoraban famélicos con gruñidos sordos para cualesquiera que ellos imaginasen disputárselas, magüer pertenecieran los tales a la banda aliada, cuando fueron interrumpidos en su festín perruno por las aves de rapiña que volaban del Norte.

Velázquez y sus acólitos, reclutados en todas las filas de antaño y de ogaño, algunos sin escrúpulo, y buenos los más para ayudar a todos los oficios en el altar o a la busca del poder a todo trance.

Desiderio y su pandilla sediciosa, suerte de diablo de mayor alzada en reino de Satán; no Beelzebub, jerarquía que otro le arrebatara, sino Belial (salvo lo de *el más hermoso*, que dijera Milton en su *Paraíso perdido*); el demonio taimado de maneras suaves y fondo de abismo, que rebelde al monarca infernal se declarara, haciendo realidad estas palabras de Jesús a los fariseos, según San Mateo: “Y si Satanás se lanza contra Satanás, obra contra sí mismo; su reino está perdido”.

Las Cámaras alta y baja, o bien su mayoría, senado de la Roma de los Césares, que primero sirvieron al aclamado del pretorio, acusando al reinante amo, quien a algunos miembros había colmado de *beneficios*, según decires, y después subordinan intereses personales y de partido la elección del nuevo presidente, y poniendo ésta en una como almoneda, dijéraselas rebajadas a la condición de pretorianos a quienes se prometía el *donativum* (dádivas de empleos o de *ventajas*, en el caso criollo) tras la elección del César; que en la busca del mejor postor dejaban avanzar la intervención.

Los partidos personalistas, güelfos y gibelinos que pretendiendo en sus disputas servir la propia causa, sólo servían la del intruso Imperio, y mientras urdían combinaciones y fomentaban en sus adeptos de las Cámaras las obstrucciones del no quórum por la minoría, o las celadas de una mayoría en parte intonsa, en parte interesada, daban con ello curso a la vergonzosa ocupación del extranjero.

Y por último, los insensatos *machetones*, que so color de fidelidad *póstuma* a sus amos respectivos de las facciones disgregadas y recién caídas o en un pie de grulla, y con su anuencia o sin ella, derramaban todavía la sangre del hermano, discutiendo posiciones, en realidad sus satrapías, y desatando por campos y ciudades cibañas sus hordas vandálicas, cuyas exacciones y atropellos llevaron al corazón de los buenos ciudadanos la vacilación y el desaliento que les hicieron mirar como un mal libertador, cruel paradoja, la ignominiosa intrusión de Yanquilandia.

Tales son los de antes turbios o después enturbiados manantiales de la tristeza nacional que nos aflige; los que la atrajeron con sus desórdenes, o la trajeron con su despecho, o la aceptación por su cobardía o su ambición, o la fomentaron e impulsaron, una vez llegada, con su concupiscencia y su desapoderada sed de empleos, canongías y sobresueldos vergonzantes, o la miraron extenderse indiferentes y abstraídos en sus pequeñeces de partidos.

Naturalmente, en todas esas agrupaciones responsables, si más, si menos, hay, para fortuna y esperanza, valiosas excepciones. Hago la salvedad, bien que las excepciones ellas mismas se salvan. Mas confirman la regla. No he de citarles yo, pues ¿quién no las conoce?

Vamos ahora a la demostración de los asertos precedentes. Serenamente, sosegadamente, pero con lógica inflexible y firme convicción.

Vuelvo a decir aquí lo dicho antes: ni injurio ni calumnia. Acuso. Soy dominicano y la afrenta me alcanza y de los males que de ella sobrevengan cosecharé mi parte, sin haber obtenido antes, yo personalmente, ninguna de las ventajas pasadas, como no he de merecer ni espero por ese medio las futuras. Cuanto comí serví, y más que deba me deben. Si el caso llega o viene al caso, ya puntuaré las *íes*.

Pero he llenado las cuartillas a que me propongo limitar estos artículos de ahora en adelante, y no quiero que bostecen más por el largor de ellos los cajistas de la imprenta ni el lector.

## X

### La culpabilidad jimenista

Cuando llegó al poder<sup>3</sup> este bando personalista, tras luengos años de vagar extraviado por la selva oscura de las ambiciones sin brillo, de las tentativas sin fruto y de las propagandas sin doctrina, no trajo en el zurrón ideal ninguno. Una obra de misericordia, *dar de comer al hambriento sus secuaces*, y un principio zorruno, *la caridad bien entendida entra por casa*, fueron su único programa. Y así entraron a saco por el portal del Presupuesto, al cual, más que al poder, se dirigían sus tiros. Naturalmente, el resultado no podía sorprender a nadie ni debía hacerse esperar mucho tiempo.

El ideal es para el individuo, para la colectividad, para toda agrupación política, religiosa, económica, social, intelectual, jurídica, la columna de fuego que durante la noche y la de nubes que en el día guiaba a los israelitas en su camino hacia la tierra prometida. Suprimid el ideal delante de actuación cualquiera, y tendréis extraviados sin remedio a los hijos de los hombres: marcharán a la ventura, sin derrotero, dando traspiés y tumbos hasta caer en el abismo insondable de la culpa.

Por supuesto, que por ideal entiendo la aspiración honrada a realizar en la patria o en el mundo obra de bien sincera, mas que la acompañen con frecuencia, como al oro de minas en las gangas, o plata o cuarzo o cobre y otros viles metales, y materias terrosas, que vertidas del lenguaje figurado al propio llamaremos noble afán de gloria, devaneo y vanagloria, ambición de honores y de mando, codicia de fortuna, guía de placeres, sed de represalias. Y así lo aclaro, porque podría argüirme algún cínico que ideal es cualquier objetivo y que el solo deseo de

3 No digo que por segunda vez, porque en la segunda no fue gobierno suyo solamente, ni había entonces todavía bolos ni coludos. (Nota del autor).

llenar de harina los costales vacíos y darles hartazgo a los estómagos y gusto a los demonios del lujo y de la concupiscencia es también ideal. Porque en verdad os digo que cuando eso así fuera, no habría bueno ni malo, y una vez más habría mentido la serpiente, que cuando tentaba al hombre díjole bajo el manzano: “*Eritis, sicut Deus, scientis bonum et malum*”.

¿No conocéis la Nota Americana publicada en este mismo periódico *La Bandera*, el cual tan magistralmente la ha glosado y comentado, y tan justamente la ha anatematizado? Y de la contestación de la cancillería dominicana, igualmente deshinchada, analizada y satirizada por el mismo interdiario, ¿qué opinión os formáis?

Pues en esa *notay* esa *contestación*, que se tuvieron *embuchada* hasta ahora, vergüenza una y otra del País que tal situación tuvo y tales hombres levantó al poder, hállese compendiada, junto con la gestión gubernativa de tal gesta, su culpabilidad manifiesta en el proceso de la intervención americana.

Esa nota de noviembre, sobre cuyo texto y valor moral nada he de añadir a lo ya con tal precisión y rudeza estigmatizado por el redactor de *La Bandera*, es afrentosa azotaina en pleno rostro al funesto gobierno de la *Conjunción*, pero muy especialmente al *jimenismo*, verdadero autor de aquel desbarajuste económico, ya que el *velazquismo* y el *desiderismo*, sus aliados y responsables de lo que ya puntualizaré más adelante, sólo pecaron por omisión en este asunto, sobre todo el jefe del primero, que sufría, sufría lo indecible con sistema tan opuesto a su temperamento y su doctrina, pero aguantaba... aguantaba, porque así convenía a sus intereses de partido, lo que es imperdonable en persona de sus antecedentes.

Leed las conclusiones 5<sup>ta</sup>, 6<sup>ta</sup> y 7<sup>ma</sup>. extractadas de la *Nota Americana* por la redacción de *La Bandera*. Yo no las copio aquí para no alargar más este artículo. Leed y releed la contestación de nuestra cancillería a la insolente nota: pecavit, contrición, arrepentimiento, propósito de enmienda. Nada por el derecho. ¡Nada por el honor de la Nación; nada por la bandera!

Lo demás fue el corolario. Vendida el alma al Diablo por afirmarse y conservarse en el poder, acudió aquél por ella en el trance de la muerte. Pero esa alma así vendida no era la suya. ¡Era el alma de la patria!



Y acudió por ella Satanás a su lecho de muerte en Cambelén y San Gerónimo. De allí nadie le dijo ¡atrás! Nadie podía. El jefe casi inconsciente de aquel gobierno infame, a quien sigue de cerca una sombra dantesca señalada también por el índice de la historia, cree lavarse las manos cual Pilatos con una dimisión toda despecho, y se va al extranjero en ridícula interview con la falsa noticia de la prisión de su ex-cómplice Desiderio por la mano extranjera.

Y ni una frase de protesta, de conmiseración o de decoro por la ignominia en que su ineptitud, su total desnudez de patriotismo y acaso su venganza tenían sumida la patria quisqueyana.

¡Y habló de ella cual de tierra ajena, sin pizca de dolor ni de vergüenza!

Si les llamó, si les llamaron, no es punto aún aclarado; pero todos los indicios del momento, la mano abierta americana para las tropas jimenistas de San Gerónimo, la fraternización entre éstas y la gente *yanqui*, las escaramuzas inter-bolos consentida y aun alentada, desde el lado de allá, por Mr. Russell, la cordialidad del diplomático con los Secretarios de Estado, albaceas testamentarios del poder de Jimenes legado al yanqui en su renuncia, el haber desembarcado éstos junto a ellos y no junto a los otros, su apoyo de esos días, son más que muestras de que, a falta de iniciativa, hubo consentimiento; si no de autores, de cómplices pecaron; en ausencia de contrato expreso existió un acuerdo tácito.

Todavía no ha podido la historia levantar la acusación de traidor al Conde Don Julian, quien llamó a los moros desde la fortaleza de Tarifa, que él comandaba y por la cual entraron sobre España.

Aún nubla la memoria del presidente Jimenes, de la antigua República, la sombra de una sospecha pavorosa<sup>2</sup>... Caído del solio, fue, cual Temístocles, a comer el pan y recibir la protección del enemigo a quien en el poder acababa de combatir, y allí murió, como el griego, en país adverso.

2 Sospecha respecto de Haití, no en cuanto a España, en solicitud de cuya dominación para su patria estuvo peregrinando infructuosamente antes de ir a parar al país enemigo. Véase *Historia de Santo Domingo* por don José Gabriel García, t. III, Cap. VI (Nota del autor).

Jimenes, el actual, ha ido a curarse de su descalabro a tierra de Yanquilandia. ¿Buscará protección? ¿Morirá allí?  
 Quien a los suyos se parece... en nada desmerece...

## XI

### La responsabilidad del velazquismo

#### I

#### Aclaración previa

Ante todo he de decir lo que por velazquismo entiendo.

En partidos personalistas en general, el jefe es predominante, uno como forzoso y único candidato seguro, un presidente probable, y por tanto sus recomendaciones y deseos son atendidos como leyes y doctrinas sus decisiones cuando ya se ha instalado en el poder.

Pero si el partido es numeroso, abundarán en él prohombres políticos, viejos prestigios y nuevas reputaciones que en conjunto o en haces diversos contrapesan con frecuencia y no pocas veces contrarían la influencia del jefe. Éste los necesita, y cede. Por supuesto, la responsabilidad en esos partidos se comparte; no puede gravitar toda ella sobre aquél.

En partidos de reducido número debería pasar otro tanto, pues si es verdad que cuentan pocas personalidades, ellas están en proporción, y bien que el jefe sea su candidato forzoso, no es un presidente probable por lo cual podrían los contrariados, arriesgando poco, separarse del núcleo e irse con su música a tocarla a otra parte. Pero no ocurre ello así, y la razón es obvia. Éste es un país de caudillaje: el jefe es un caudillo que subyuga, aunque no ciña espada, y su voluntad sólo pueden contrarrestarla, dentro de la agrupación, o una gran masa de voluntades discrepantes o un grueso haz de prestigios consagrados, o alguna muy alta personalidad, casi un trozo de historia del partido. En los bandos en formación no hay eso todavía: ni grandes masas, ni voluminosas gavillas, ni altas cimas que puedan balancear al jefe; y éste avasalla y domina en toda la línea. Los secuaces obedecen sin chistar y van adonde les mandan, y se suman o se restan a o de donde se les ordena. En

consecuencia, en ellos toda la responsabilidad pesa sobre el jefe.

Ahora bien, si de ese partido en formación lo fuere una voluntad como Velázquez, él lo será todo. Tal partido es un feto: una cabeza grande ya y un cuerpo chiquitín como un rabito. Cual se me antojan también algunos países cuyo verdadero equilibrio económico y político es una mentira, como la Argentina, de siete millones de hombres con su cabeza de cerca de dos millones, Uruguay y la misma Cuba, con sus capitales desproporcionadas para su población, en América. Y en Europa, la centralista Francia, a quien París absorbe. En tales países la capital lo es todo y lo demás la sigue servilmente: ellas deslumbran el exterior y avasallan el interior, y la pujante fuerza urbana, aglomerada en ella y tan mal distribuida en el país, engendra males que son, al lado de su bienestar, aparente y comparado con países misérrimos, las llagas ocultas que en las grandes crisis se manifiestan. No es lugar de detenerme en esto.

Un carácter como el del jefe del velazquismo ha de tener un cuerpo de partido ya muy desarrollado para que él no despotice en sus filas con absoluto prescindir de las voluntades adherentes. Él lo es todo allí; nadie es nada; y pasará mucho tiempo, si el partido no se le desmorona, antes de que sea de otro modo. Por eso yo, aunque tuviera inclinaciones antes de que sea de otro modo. Por eso yo, aunque tuviera inclinaciones a afiliarme al personalismo político –(que no tengo ninguna, y sólo circunstancias pueden empujarme a él por spleen o por despecho, esto último a la manera que al protagonista del *Gran Galeoto*, el drama de Echegaray, arrojaron en brazos de una mujer si amada no poseída, por respeto social y gratitud filial, hasta que el gran maldiciente, rompiendo todos los frenos, la lanzó a los suyos)– y grandes simpatías por la causa del velazquismo, no podría fácilmente alistarme en él, a pesar de las similitudes que, echándolo a mala parte, dan algunos en atribuirme con su jefe y que no son para desmenuzadas aquí. Ni mi voluntad, que es roble, ni mi independencia, que es viento siempre desatado, son propias para desgajarse o abatirse al golpe de un hacha voluntariosa o al impulso de otro viento contrario y de borrasca. Por eso yo, que otro tiempo fui su amigo

personal, y que puedo volver a serlo mañana, porque personalmente yo le estimo en sus buenas cualidades, no es fácil que me sume a su partido, sobre todo mientras lo sea en gestación cual lo es ahora, y personalista por añadidura, aunque haya querido vestirse últimamente –iba a decir disfrazarse– de partido de principios.

El velazquismo, cierto es, tiene en su corta fila gente osada; alguna para todo si la dejan obrar; a falta de carácter, con cierta testarudez; pero éstos, ni sumados a los escasos buenos llegan en junto a lo que el entrecejo de su jefe. Él los contiene y los desautoriza, obren bien u obren mal (y esto último ya lo hizo, honradamente, en público) siempre que algo hayan realizado sin su previo permiso o contra su voluntad. Así debe ser, dado el caso; pero la responsabilidad es sobre todo, que es el jefe. Y como ello ha de ser así, y ello así es, Velázquez y velazquismo todo es uno, y a Velázquez se dirige cuanto al velazquismo vaya.

## II

Entró Velázquez en la Conjunción *bolo-velazquista-desiderista* a regañadientes del elemento rancio del primero y el último de esos asociados. Sólo la necesidad, después que el horacismo intransigente negó a su jefe su voto para atraerlo o aceptarlo a conjunción con este partido –la que, para el País y para ambas agrupaciones políticas, habría sido mil veces más beneficiosa que la realizada– pudo ligar estos dos hombres históricamente antagónicos: Jimenes y Velázquez. Yo estaba entonces, como suelo, bastante distanciado de los intrínquilis políticos y no sé de detalles, pero si hubiera estado cerca y poseído alguna influencia la hubiera esforzado en obtener este natural acercamiento. Velázquez, de filiación horacista, casi en comunión con este partido durante sus campañas contra los gobiernos transitorios que se sucedieron de Cáceres a Jimenes, y de cualidades orgánicas –me refiero a las buenas– más utilizables por el horacismo que por el jimenismo, no era para rechazado o no atraído en aquel momento. Lo fue, y hombre de pasiones, el despecho hizo su obra. Aquí se condena demasiado pronto a

un hombre por un vicio o defecto, en lugar de tratar de comprometerlo al saneamiento aprovechando sus buenas condiciones. Dios quiere la conversión del pecador, no su anatema.

No hay nada que lleve a los hombres más lejos en el camino del error que la ambición o su despecho. Velázquez repudiado, y ya odiado fuertemente por la ponzoña de la codicia presidencial, voluntarioso y engraido de la personalidad ganada en la administración de Cáceres y crecida después con su conato de partido (entonces era sólo un conato lo que aún hoy no pasa de ser un grupo, reforzado con gente allegadiza, sin sumar un partido), pronunció con toda la energía y testarudez que caben en él, en donde cabe eso mucho, esta frase, ya antes en sus labios, aunque no tan resuelta: “¡Quiero ser presidente!” ¿Para medros, para dar rienda suelta a su pasión de mando, para ejercer venganzas o para realizar ideales levantados? No lo sé; allá él y su conciencia; pero dudo lo último: nunca le conocí jesuita para emplear con bello fin los medios reprobables.

Ello es que entró en la nefanda Conjunción y acomodó desde allí sus actuaciones políticas (tengo entendido, no lo sé de fijo, aunque su Memoria es clara, que la administrativa fue irreprochable) a su propósito terco: “Quiero ser presidente”. En ella sufrió repulsas, sordas conjuraciones, contra su influencia cerca del restablecido cerebro que timoneaba la nave, todo la obra de sus coligados; pero él sufría paciente y decía: “Quiero ser presidente”.

Vino el rompimiento contra Satán, y abstenido en el primer momento de tomar partido por ninguno, se decidió al cabo a acudir a Cambelén a rendir pleitesía al jefe del Gobierno, quien dentro de los convencionalismos de nuestra política malsana y el funcionar doloso de nuestras instituciones políticas, era la cabeza legal. Hízolo a fuero de leal, acá las aves marinas del Norte, sus antiguos amigos, y él, terco, se dijo: “Quiero ser presidente”.

¿Qué participación tomó en esa venida, en el desembarque, en la entrada ominosa del yanqui en la Ciudad Primada, en su extenderse progresivo y firme, del árbol de la inicua conquista que aún florece en el mundo sombra letal que crece en esta patria a medida que declina en ella el sol del patriotismo? ¿Cuál en las intrigas políticas, en el desconocimiento del actual jefe del Estado, de estirpe intelectual y nobilísima actitud, si no todo

lo activa que debiera por lo muy expectante, en el embargo ilícito de los dineros del servicio público por la Receptoría, en el hambre del pueblo, y la anarquía y la amenaza de muerte total de la República?

Ésta: “Quiero ser presidente”; “Quiero ser presidente”.

Yo no sé con exactitud de sus manejos, mas la huella de su mano insistente se transparenta con toda claridad. Uno entre los cuatro Secretarios de Estado legatarios del extinto poder Jimenes, obró él como cómplice y aliado del intruso invasor en primer término. Al segundo, también cómplice, le fue notificado el desalojo; el otro se esfumó en la penumbra; el cuarto, obra suya. Sólo él quedó campeando por su propio respeto; sólo él continuó celebrando conferencias con los candidatos en tapete y los odiados interventores; sólo él haciendo, por lo menos en apariencia, causa común con el funesto diplomático; con él obstaculizando, con él urdiendo rémoras, con él elaborando acaso el porvenir sombrío... Los síntomas son evidentes, las señales ciertas, los detalles demasiados para caber aquí. Y en todo eso jugando su papel siniestro, ejecutando su macabra danza esta frase de hierro: “Quiero ser presidente”.

¿Calumnia? ¡Ojalá fuera! ¿No habéis leído lo escrito largamente por uno de sus secuaces más conspicuos en la prensa diaria? ¿Lo alardeado en la misma por otro y otros suyos? ¿La contestación vacilante y humillosa del ex ministro Pichardo, su ministro, a la insolente Nota Americana? ¿Qué importan documentos, ni que restan a esa responsabilidad indiscutible? Pero oigámosle a él mismo en su hoja suelta *Al País*:

*Había convenios tácitos, surgidos del Plan Wilson, con el gobierno de los Estados Unidos de América, anteriores a la fundación del gobierno del presidente Jimenes, en los cuales se comprometía el gobierno americano a sostener al dominicano contra las agresiones armadas de que fuera objeto. Conocía esos convenios el ex Secretario de Guerra, quien no protestó de ellos, ni siquiera cuando, en plena actuación suya, casi tuvieron principio de ejecución práctica en 1915. Al realizarse los alzamientos de San Pedro de Macorís, La Romana y Puerto Plata.*

[...]

*Sólo había un caso en el cual se habría justificado mi abstención: el de que el Poder Ejecutivo no tuviera razón y que ésta robusteciera a su adversario.*

Y cotejemos estos párrafos con el siguiente de la célebre Nota Americana:

*Antes del reconocimiento del gobierno del presidente Jimenes por los Estados Unidos, el presidente Jimenes y el señor Federico Velázquez le aseguraron a mi Consejo Financiero sería ratificado, y además de esto, fueron dadas otras seguridades; pero no respetadas.*

Para derivar de ahí el siguiente razonamiento:

Y conociendo Velázquez de manera tan cabal esa amenaza de intervención concurrió con Jimenes a dar a la Legación Americana seguridades sin duda contrarias al deber patriótico que era antes que su interés político. ¿Podía él ignorar que serían ellas otros tantos resbaladeros para la caída? No protestó él, dominicano como Arias, de esos convenios tácitos ni siquiera en la ocasión, en que afeara a éste no haberlo hecho. ¿No cabía en Velázquez, culto, normalista, hombre de ciencia, un deber moral mucho más alto y más consciente que en aquel *machetero* vulgarote, rudo y sin más intelectualidad que esa astucia campesina rayana en matrería que es cualidad de salvajes y de bestias de montura? Y si les dio esas *seguridades* y conocía tan de cerca la amenaza que sobre su patria se cerniera, ¿por qué acudió él a Cambelén a unir su suerte a la de Jimenes, sabedor ya, Velázquez, de que allí ocurriría primero a ofrecer sus servicios, pues allí residía el Gobierno, la afrentosa *intervención*? Hízolo por leal. No se abstuvo por rendimiento a la mayor razón del Ejecutivo. ¿Leal al hombre, infidente para con la Patria, cuya era la razón suprema? ¿Más político que patriota, más traficante que ciudadano? Y si tal tuvo por conveniente y en ello finca orgullo, ¿por qué luego se sincera en sus hojas “Al País”, y “Por la verdad”, mejor escritas que sentidas?

Sólo una respuesta suya encuentro a estas preguntas, una sola que a todas satisface: “¡Quiero ser presidente!” Quiso serlo por la imposición directa o indirecta de las armas extranjeras, pero escuchado un tantico todavía su concepto histórico por sí, fracasado aquel medio, hubiera de recurrir al ogro, a la oposición incauta del País. Mas ni eso supo resguardar. Si no, ¿por qué aquellas insólitas prisiones en que periodistas, concriptos y ciudadanos fueron a dar a la ergástula aguardada por la fuerza americana? ¿Por qué tanta actividad, tanta inquietud, tanto manejo de una mano en la sombra, tan poco edificante labor de disociación y rebeldía en hombre de su laya?

En vano trató él de sincerarse sin oponer testimonio muy fehaciente en contrario. Holgaríamos en verdad que tal pudiera; júrolo en mi ánima. Túvele ley enantes, y a esa mi ley tornara.

Sus acusadores, sus calumniadores, como da él en llamarlos, pueden atenerse a las huellas visibles de sus pasos, a los hechos reales o aparentes, y quedarse en las palabras. Él no; él aspira a ganar la opinión todavía, y ha de producir pruebas, si es que las posee. ¿Las calla por ventura para no traicionar secretos de la sucia política conjuncionista? ¿Y cura él más de esa fidelidad que de su limpia fama? En derecho común, al acusador toca la prueba; no así en éste, de excepción. Si ante el juez mismo se ha cometido el crimen, ¿hay más que decir a este juez, hoy en la opinión: “Ahí tenéis; juzgad?”

Quedar en paz con su conciencia es bastante. Lo fuera a un ciudadano que no necesitara el favor público. A mí, pongo por caso. Yo no he dicho ni puedo: “Quiero ser presidente”.

¡Ah! cuál le cuadra esta frase creo que bíblica, aunque algo impía: “Cuando Dios quiere perder a su criatura [debía decirse el Diablo] suele inspirarle los más desatentados pensamientos”.

¿En qué consiste, dónde empiezan y hasta dónde llega esta responsabilidad en lo concerniente a la intervención americana, que sufrimos con paciencia digna sólo de pueblos degradados como el nuestro por los excesos del poder y el abuso de la protesta armada?

En qué consiste, va a decirlo el curso de estas líneas según mi leal saber y entender. ¿Dónde empieza? A mi juicio, su origen está en la Convención. Creo que a juicio de todo el mundo



también. Mas no ciertamente porque sea ella obra exclusiva de Velázquez, que no lo fue, sino por la parte activísima que en ella tuvo y las gestiones que se le siguieron y le llevaron a él, Velázquez, a los EE. UU. de América. Prueba de esta parte importantísima que le corresponde en la responsabilidad es su temporada en la grande urbe para la conversión de la deuda conforme a los términos de dicha Convención, su prodigalidad, a costa de la República, para con sus auxiliares yanquis en esa actuación, y el cobro de honorarios que por la misma hizo al Tesoro nacional en beneficio propio. Entonces como hoy, todo ello fue objeto de las más acerbas censuras públicas y privadas, y partió en dos, por de pronto, su personalidad política: una hasta la Convención y el Plan de ajuste inclusive, el Velázquez más puro de su vida; otra a partir de ahí y hasta volverse a partir de su entrada en la Conjunción bolo-velazquista; lo que divide en tres al Velázquez político: el puro, el de transición y el maleado por la ambición de la presidencia. Hablo llano y en sitio llano. Esa gestión le puso en contacto con la banca neoyorquina, le hizo ver de cerca las ventajas del oro y las comodidades que proporciona. Como a los griegos de nación o raza, inclusive Alejandro, le deslumbró la magnificencia de ese Oriente, y sus ideas de Catón cedieron en rigidez ya desde entonces. Pero como eso es más propio de su biografía que no de mi tema, lo dejaré ahí y seguiré adelante con éste.

En tal gestión se asomó al abismo de la política cartiginesa de los yanquis, y pudo leer mejor que otro cualquiera lo que entre líneas dejó escrita la doblez de Yanquilandia en la funesta Convención; y hasta dónde podían llegar en el porvenir las judaicas especulaciones de Wall Street. Tal vez fue tiempo todavía de enderezar en poco el entuerto realizado por aquel instrumento fatal. Llegado aquí él, con carácter muy capaz de poner coto a las pretensiones de esa Dido pérfida, que vino pidiendo sólo la tierra que abarcara su piel de res y ha hecho de ella delgadísimas tiras para ocupar todo el País, dejó que la Receptoría, representación genuina de aquel contrato con el innoble Sylock, crease alas y hasta suplantase prerrogativas del Gobierno nacional. Ella llegó hasta donde él la dejó llegar; que no es Velázquez hombre para ceder por debilidad lo que no hay derecho a arrebatarse. Él es omnipotente en ese tiempo.

Y si vio no supo ver lo que debió mirar con atención y tenía cerca, para salvaguarda de los intereses de su Patria, o vio o no quiso obrar en dicha salvaguarda. Incompetencia o inconsecuencia con su propia severidad de principios, la responsabilidad mayor, esa es la suya. Por entonces velazquismo no le había.

Vino luego la catástrofe de Cáceres, y con la ida a pique de este acorazado de la política nacional, fue arojado del mando de la flotilla el comodoro. Peregrinó caído por tierras de yanquis, y se dijo en esa ocasión, y se repite hoy con insistencia, que llamó a las puertas de la Casa Blanca, donde, por falta del uniforme y las insignias o no le abrieron o le recibieron en las dependencias del recinto. ¿A qué fue a Washington? ¿A solicitar el amparo del Tío Sam para tornar al poder; en busca de intervención; o a hacerle una visita de vieja amistad y cortesía? El País lo azotaba a la sazón un gobierno de fuerza, el de pelás de sable y proscripciones a lo Sila, y el pretexto era propicio y aún plausible, si la mediación oficiosa y desinteresada hubiese sido cosa posible sin mengua de la soberanía quisqueyana. Creo haber oído de sus propios labios que la venida de Doyle y McIntire se debió en gran parte a sus gestiones. Para otro cualquiera, menos versado en yanquilinarias, el paso era excusable; para él, que debió haber sondeado esos abismos, porque tales habían sido su deber y oficio, y ya acusado antes de *yankófilo*, fue comprometedor. Sus enemigos lo explotaron, como su precedente gestión, y aunque la hipérbole adversa haya agregado mucho, la verdad escueta no fuera suficiente para absolverle.

Derribado aquel régimen, yo no recuerdo ahora si se le acusó también de iguales diligencias a perjuicio de los que le siguieron, posteriores y efímeros; pero ya la ambición, incubada desde tiempos de Cáceres, según decires, por escalar el solio, le había mordido y dejándole en el corazón todo el veneno. Fue parte muy activa en la ejecución del *Plan Wilson* de nefanda memoria, y más tarde se conjuncionó con el jimenismo, que no aportaba, como ya dije, ideal ninguno. Lo demás es tan reciente que todos lo recuerdan. Pero como en eso *demás* está la culpa magna que trajo la humillación y la tristeza de la patria de Agosto y de Febrero, he ahí de detenerme y aplicar el bisturí que investiga los agentes que obraron sobre el cadáver cuando aún era cuerpo vivo.

## XII

### El crimen desideriano

#### I

He dejado adrede a los lectores de estas Yanquilianarias el reposo de un número de *La Bandera*. Y también a mi pluma, que ya vuelve a mi diestra para seguir detallando los andullos, de acuerdo con el plan que me he trazado, a cuantos tengo por coautores o cómplices de la intervención americana en la tierra de Guacanagarix y de Caonabo, de Duarte y de Santana, de Luperón y Desiderio.

Tócale el turno ahora a este fetiche y sus devotos.

El desiderismo no es en propiedad un bando numeroso o reducido como los otros que militan en la política nacional con nombre de partidos y cierta homogeneidad. Fue una fracción de colorido pálido, *psuedo-bola*, cuando junto con el horacismo, aparte síes y noes disidentes en pormenores, combatió aquella situación sombría de los Victoria; después una masa caótica de tenedores de acreencias írritas contra el Estado, adherida a unos cuantos machetones que, al par de su jefe, las otorgaron a cambio de subsidios y servicios en momentos críticos de las cruzadas desideristas; hoy un cúmulo de aspiraciones de todos los calibres, a truco de lo que sea, en hombres sin doctrina, sin opinión y sin pudor algunos, asistidos de unos cuantos sables en camino de orín, asesorados por ciertos *hombres-jaibas* y *hombres-peces*, coreados por esa muchedumbre de acreedores dolosos y capitaneados por el jefe indio que usa por plumas y taparrabo el panamá y las bragas. El autor de las *posiciones adquiridas*, hoy perdidas por mor de la ocupación extranjera. *Sic transit gloria mundi*.

Lo conocí de peregrino en Puerto Rico; expatriado no sé por qué delito, creo que tras las proscripciones de Guayubín, en tiempos de Cáceres, Velázquez y Román. Acompañaba a guisa de escudero al malogrado repúblico Santiago Guzmán Espaillat, víctima victorista después y entonces también errante en el exilio a consecuencia de su franca y honrada oposición al instrumento que hoy nos tiene humillados, sin patria, y sin

honor. *Dime con quién andas y te diré quién eres*: yo formé ventajosa opinión de Desiderio y le apreté la mano casi con la efusión que pensaba escuchar de mi noble compañero. ¡Cuán engañado estaba! Eran Quijote y Sancho, flacos ambos.

Corrieron años, años, y ya encumbrado Ministro de la Guerra, me dijo un día, al presentarme a él otro con quien me hallaba en ese momento en cierta oficina a la cual llegó el fetiche por casualidad, esta frase de Becquer: “Creo que en alguna parte he visto a usted”. Más tarde tuvo ocasión de repetírmela al serle de nuevo presentado por un tercero –y ya iban tres– siempre casualmente, pues yo jamás busco presentaciones. A hombres como yo, perdónenme la jactancia, Desiderio no podía reconocerle nunca: alto pero siempre en cuclillas, mira de abajo arriba a quienes no sean políticos de talla, que es como decir para estas gentes un cualquiera. Y no los reconoce. Para ello hace falta mirar en pleno rostro, al fondo de los ojos, por donde asoma la honradez del alma. Y saberlo mirar. ¿Qué sabe él de eso?

Mas volvamos al caso.

El desiderismo, surgido en mala hora, formado como he dicho, de *detritus*, conocía el perjuicio en que había de despeñarse, y fuese al precipicio. Que se cayera él, nada más fausto para la patria de Febrero. Mas bajo sus escombros, de cascote inconsistente, quedó la Patria sepultada. Bajo sus ruinas y las del *jimenismo*, su rival de la hora aciaga, el bloc del cual se desprendiera antes de caer uno y otro en el abismo. Y callo el *velazquismo*, porque éste se suspende aún sobre una sima como saliente roca en lo alto del barranco, entrabado al *yanquismo* y merced al escaso volumen de su masa.

Todos saben de la arrogante respuesta dada a Sullivan cuando, en camino para acá el aventurero diplomático y antes de presentar sus cartas credenciales al Gobierno, amenazó a Desiderio con el coco de la intervención.

Aquello, sin embargo, que le hicieron decir a Desiderio era una farsa. El bárbaro, alertado en su obra de destrucción, se irguió soberbio y provocó un aplauso aún entre los que a la sazón le eran adversos. Aquello era una farsa. Más tarde se plegó a toda la intrusión *sullivaniana* y al Plan Wilson, y se refugió en sus *posiciones adquiridas*. Y antes había expoliado la situación

transitoria del Arzobispo Nouel, exigiendo dinero y más dinero para estarse quieto y no exponer a la República desde entonces a la caída irreparable. Y se le daba; y rompió las alcancías de la Hacienda pública; y engulló con sus huestes buena parte de aquel millón y más de medio entonces prodigalizado para conservar la paz y no trocar por la lanza el cayado del Pastor y en un casco de guerra al silideo. O, para no dar a la Patria el empujón de gracia hacia el abismo, que más tarde le diera el *jimenismo* al aceptar el reto de su aliado, le vaciaba la bolsa entre las fauces insaciables. Desiderio fue desde entonces hasta ahora la pesadilla pecuniaria y política de todos los gobiernos sucedidos en el poder de Cáceres a Henríquez exclusive.

¿A él qué de los peligros que corriera la nacionalidad con sus amagados o realizados alzamientos? Con la misma inconsciencia con que cierto salvaje citado en una obra de Sociología hace servir a sus hijos en la mesa, y con ellos devora, la carne de la madre de su hogar, asesinada, destrozada y cocida, humeante y olorosa, con la misma habría ofrecido Desiderio a sus secuaces, en un plato aderezado, el cuerpo de la Patria trozo a trozo. Dejéranle sus *posiciones* esos yanquis que vinieron a malograrle ahora el negocio, y él propio les sirviera tales viandas, como a huéspedes distinguidos.

#### II<sup>4</sup>

Este bastardo de la Patria, Desiderio, habido como otros del ultraje en ella siempre perpetrado, en la hora débil del desmayo con que la castigaron tiranías, por ese hábil impostor despacho de *abajismo* tantas veces disfrazado de *derecho de protesta armada*, acaso sin saberlo, uno de los de menos talla moral entre

4 Quiero hacer constar que la noticia de la actual persecución judicial encaminada contra Arias la tuve después de escrita esta *Yanquilandaria* y publicada su primera parte en el número anterior de *La Bandera*; y que de saberlo a tiempo la habría suspendido, aun rompiendo mi previo plan y el curso natural de ellas, hasta mejores días para mi vapuleado. No gusto de golpear cuando lo hace la desgracia. Cuanto escribí del hombre hícelo suponiéndolo libre y siempre inquieto hurgador en las desgracias de la Patria. (Nota del autor).

los funestos más funestos que ha engendrado en sus luchas de partidos la República.

Abandonó la Ciudad Primada en noche silenciosa, *en noche triste* para la tierra quisqueyana, y cuando todos creíamos que iba a dar de la nobleza del soldado sorprendiendo en medio de las sombras al temido invasor y sembrando entre sus huestes confusión y muerte, aunque rindiera en la demanda su ánima mezquina y la de sus *matones*, he aquí que se largó furtivamente por la parte opuesta, como quien deja la puente por el vado o el camino real por el rodeo que le llevara a dar seguro el golpe. Y que en llegando al punto de reunión, allá en La Victoria, las diversas pandillas delante destacadas y él propio con su núcleo adicto, “caláronse todos el chapeo, requirieron la espada, miraron de soslayo, fuéronse y ... no hubo nada”. Como ratas medrosas, se apresuraron a dejar la cueva a la noticia de que se acercaba a la casa *Miauragato*; y como los ratones de la fábula, celebraron consejo allá en su *Retopolis* improvisada. Pero ninguno quiso ir a ponerle el cascabel al gato.

Y el puñado de jóvenes que, incautos, nobles, soñando generosos la epopeya, había acudido a unírseles, regresaron a la ya ocupada urbe cabizbajos y mohínos.

La ciudad ardía en cólera sorda; los rostros de dolor y vergüenza se incendiaban; en las calles y plazas la multitud zumbaba como enjambre al cual roban el panal; uno como fluido eléctrico de indignación suprema recorría los haces de sus nervios y soliviantaba los espíritus, acaso ya templados para la lucha épica. Si una voz de caudillo verdadero, de bizarros gestos; si una grande alma, la tuya, hijo espurio de Marte, Desiderio Arias, si lo fuera, hubiese dicho al pueblo marchando ya al combate:

*Varones de esta tierra que mi torpe ambición ha defraudado, en unión de esos otros que tal vez la han vendido: voy a purgar mi culpa ofrendando mi vida con los míos al pie de la bandera; los que sepan morir, mueran conmigo; los que se sientan hombres, que me sigan; una ola inmensa, atropellada, arrolladora en repentina bravura cual de mar Caribe, a modo de cruzada irreflexiva*

*pero heroica, habría rubricado esa noche con su vida estos  
ritmos del himno:*

*Y es su lema ser libre o morir.*

O aquel *Igi aya bongbe* (primero muerto que siervo) de nuestros indios bravos.

Pero huiste, Desiderio, a mejores teatros, a repetir tu infructuosa rebeldía, tu hazaña histriónica, tu intrepidez ladina en campos y poblados cibaños; a desatar allí tus hordas como furias famélicas y oponerle ridículos reductos al tenaz invasor; a dejar en sus manos, sin la esforzada lucha del guerrero, los últimos girones del pabellón que tremoló glorioso en Cachimán, Beler y Talanquera; con cuyos anchos pliegues, cual túnica imperial, se vistieron las cumbres del Conde y Capotillo.

Por ti esos pueblos viriles que fueron con su arrojo sorpresa de otros días, exasperados ante los ruines atropellos de tus huestes disueltas, cansados de exacciones, de hambres y de despojos, humillados por los suyos más que pudiera hacerlo el repugnado extraño, se fueron en derechura al invasor, le recibieron, si no contentos –porque a esto, aunque ellos propios lo afirmaran, dijera yo “¡mentira!”– resignados. Tal aquel endemoniado negro Florentino\*\* que hizo odiosa en el Sur, con sus atrocidades para con los mismos patriotas, la causa restauradora, y lanzó en brazos de la España, la noble madre que entonces vino a ser madrastra, a Máximo Gómez, después el héroe máximo de Cuba, y a otros más tarde también trocados héroes dominico-cubanos en lucha homérica contra esa misma España.

En la historia del mundo eso ha ocurrido con desconsoladora pero lógica frecuencia. El despotismo inveterado, la violencia endémica, la expoliación hecha doctrina, el crimen del poder siem-

\*\* General Pedro Florentino (1816-1864), una de las figuras controvertidas de los tiempos de la Guerra Restauradora en nuestro país. Al estudio de su figura le dedicó don Sócrates Nolasco el libro *El general Pedro Florentino y un momento de la Restauración*, del cual se hicieron dos ediciones en vida del autor (1938 y 1973). Dicho libro fue incluido en el tomo 2, *Ensayos históricos*, de las obras de Nolasco que publicó la Fundación Corripio, Inc. dentro de su Biblioteca de Clásicos Dominicanos, volumen XIX, Editora Corripio, Santo Domingo, 1994. (Nota del editor).

pre epidémico narcotizan los pueblos, los anonadan y envilecen. Nadie quiere morir sólo por defender la hacienda de los sátrapas.

Desiderio procedió como aquí en el Cibao. Defendió de barricada en barricada, a su manera, riñendo con hermanos y apenas atreviéndose al extraño, sus *posiciones adquiridas*; y perdidas éstas aún se murmura que ha intentado congratularse con el yanqui; ¡y aún habla de su candidatura para la presidencia el miserando!

Soldado que envainaste la espada “sin honor” después de haberla sacado “sin razón”, déjala ahí enmohecerse para siempre; cuélgala sobre la hornilla de la cocina, y que el humo de los pucheros la ennegrezcan. Haga lo que debió el de las batallas no libradas en defensa de la Nación que pusiste en inminente riesgo de conquista. Caudillo de tus hordas sólo fieras al atacar las vacadas mugidoras y arrasar, como banda de monos, los maizales; bravos para el pacífico labriego, el turco de la tienda o el industrial paisano: licencia tus salvajes. Vete con Guacagnarix al fondo impenetrable de la selva, mas no esperes a morir como este de tristeza; busca el árbol más alto, el caobo de Engombe o una ceiba: la majagua más fuerte, y anudándola con fuerza a la garganta, oscila al viento de la fronda espesa como al péndulo enorme del reloj en que ha sonado, por la capa tuya, la última hora de la patria. Ten el valor de Judas. Tu crimen no fue el mismo; mas ¿qué importa? Muy diversas y tortuosas veredas subterráneas llevan, a más del pasadizo en línea recta, al sótano profundo de infidencia de la patria.

Y cuando vayamos nosotros los eunucos que ni a ti ni a tus cómplices supimos darles la afrentosa horca, ni valladar de pechos oponer a la conquista, lujos degenerados de Ojeda y de Caonabo, a llorar el cautiverio a la sombra del copudo árbol de cuyas ramas pendas, no colguemos las arpas gemidoras, ni plañideras elegías cantemos; si no por ti, a lo Alto, y por todos los traidores: “Miserere”.

Velázquez te lo dijo; Velázquez tu cofrade del aquelarre conjuncionista y luego tu rival del descalabro: “Conocía esos convenios el ex-Secretario de Guerra, quien no protestó de ellos, etc., etc...”

Mas ¿qué sabías tú de eso, pobre ignaro que destruías el sagrado tabernáculo con la misma inconsciencia con que bárbaros



diversos del arte y de la ciencia la Biblioteca de Alejandría o en Atenas el Partenón? ¿Qué sabías tú de eso, hijo de la montaña abrupta que descendías al llano en irrupciones, cuando granaba la espiga y pacían descuidados los rebaños que, por débil, por viejo o por inepto, dejaba a merced tuya el inhábil pastor?

De ti podría decir Jesús desde su leño lo que de los verdugos que al pie le maltrataban de hecho y dicho: “Perdónalos, Señor, que ignoran lo que hacen.”

Yo no; yo no soy un Jesús, yo te maldigo. ¡Ah si la endeble pluma fuera lanza o espada!

### XIII

#### La complicidad de las Cámaras

De dos modos y en dos tiempos la asumieron: primero abrazados en mayoría, de entre dos sinrazones, la causa de la más torpe, la del rebelde. Luego perdiendo el tiempo más precioso en disputas de intereses, en mezquindades de partidos, mientras el invasor avanzaba y extendía su sombra ancha, larga, siniestra y humillosa.

Un proyecto de acusación al presidente Jimenes, presentado por la izquierda horacista, había cursado antes en las Cámaras, en época a la sazón nada remota; pero fue rechazado. Entonces era el amo aún de todos, o de esa mayoría, el insigne acusado. Las legiones no habían proclamado aún a Vitelio contra Othón.

Producido el cisma, fatal para los divorciados y genitor infame de la intervención americana, se echó mano del expediente que existía dormido en los archivos del Congreso. Lo que antes pareció un sacrilegio era bonísimo ahora, y los autores del instrumento, que debieron, retirándolo, negarse a que lo fuera en manos de sus contrarios y para ruina de la Patria, lo consintieron y apoyaron, esperanzados en que esta política era la práctica de la conocida máxima maquiavélica: “Dividir para reinar.” Cegados por su afán de derribar a sus contrarios de la derecha y del centro, y con ellos el detestable partido *conjuncionado*, en mayoría en las Cámaras, desgraciadamente para la causa

de las instituciones, siempre postergadas a los más miserables y bastardos egoísmos de la derecha bolo-desiderista, hicieron un momento causa común con sus enemigos tradicionales. Este fue, en la minoría, el pecado primero de la hora: dejarse utilizar por la mayoría contraria, y no ver el peligro que amagaba de fuera. La de la mayoría desiderista fue una culpa inmensa; no obraron por pasión política, que bastarda y todo, suele tener nobleza; ni por interés de partido; ni por asco a la podredumbre que infestaba: obraron por anhelo de medios personales, por aumentar con el nuevo amo las prebendas y *beneficios*, por no verse en los postres de la orgía.

Vino la *intervención*, la ignominia de todos, y siguieron las Cámaras creyendo que la ignominia era sólo de aquéllos, de los *leales*.

Se obtuvo la renuncia de J. I. Jimenes, y se figuraron los concriptos que era ella la señal de su torneo imprudente.

La lucha de los bandos tuvo una tregua afuera para recomenzar entonces en el seno restringido de las mismas Cámaras; cambiaba ella de aspecto y el escenario se redujo: contendientes, los antiguos; todos de Capotillo adentro.

Los bolos, mayoría, sin distingos ya, reconciliados, ofreciendo la corona a quien con más largueza dejara vislumbrar el *donativum*. Los contrarios, minoría, obstruyendo movidos por dos sentimientos antagónicos: el partido, que aspiraba a poner en el solio a alguno suyo; el del País, que los impulsaba a lograr a todo trance lo menos doloroso y perjudicial para el País. Y soñar, y garantizarse la promesa de una Constituyente para las *reformas*, sin recordar que también aspiró a ellas la Dieta de Polonia cuando ya estaba decretado su exterminio; y que perdido en discutir las el tiempo que debió invertir en defenderse, cuando quisieron practicarlas se hallaron con un amo que allí impuso las suyas y sus trazados de despojo, de innoble y eternamente inicua expoliación.

Mientras las Cámaras se trataban como antiguos concilios y olvidaban al yanqui en absoluto, éste, que veía en ellas un Senado de la Roma de los Césares el cual ningún respeto le inspiraba, se movía en dos gestiones: ahondar la división en ellas recusando a la sordina candidatos, deteniendo el proceso de la elección, enseñando las garras y distrayendo de ese lado al pueblo; y

provocar la anarquía fomentando las refriegas y acudiendo a ellas. Para extenderse, extenderse... Política macedónica en Grecia, política romana en Cartago y sus vecinos, política gibelina en Italia, política ruso-austríaco-prusiana en la Polonia, política yanqui en Panamá, en Nicaragua, en México, en Haití.

Lo extraño no es que lo hiciera el invasor; ése era su papel; a eso ha venido. Lo imperdonable es que hombres de esas Cámaras, nada lerdos, así sirvieran, como tontos, tales causas.

La injustificable es que se olvidaran tanto el interés genérico de la Patria, por el específico del partido, en los mejores; y en los otros, este mismo interés por el más ruin, el mezquino, el miserable: la pitanza.

¡Oh, Cámaras! Vuestra complicidad fue manifiesta, aunque no fuese adrede.

¡Ah! por asir la sombra habéis dejado que se escape el cuerpo; por lo temporal, que es el poder, lo espiritual y eterno, la Nación, la patria soberana.

¿Adónde iréis cuando no exista o sólo sea un fantasma, una ilusión de óptica, a buscar vuestras prebendas, a ejercer la autoridad, a ejecutar las reformas saludables?

¡Oh, Cámaras!, vuestro elegido al fin, notable ciudadano, aún no es, empero, sino un pobre peregrino que llama en vano a las puertas del poder, que no le abren. Un triste rey de Anam, de Corea o de Camboya. Ni siquiera esto, porque sus súbditos son los primeros que no lo reconocen, y sí a aquéllos los suyos.

Todo porque elegisteis cuando ya era tarde; porque malograsteis en disputas y rencillas el tiempo que se debía sólo a la Patria; porque buscando *vuestro hombre*, y no el hombre, dejasteis a la intervención enseñorearse por completo de la soberanía; y ya toda en sus manos, no es de su agrado devolverla ahora. Antes bien, ya lo véis: se amenaza como a un mocoso la primera autoridad ejecutiva de la Provincia, se mata la libertad del pensamiento. ¿Qué nos vendrá después?

¡Oh, Cámaras! Vuestra complicidad, vuestra complicidad...

## XIV

**Los partidos personalistas: su pecado**

Las prosaicas ocupaciones materiales van imponiendo treguas a este discurrir mío, inflexible y sereno, por el ya espinoso y muy trillado camino de las que he dado en llamar *Yanquilinarias*. Y el tema, del cual el público se distrae acaso, cansado o absorbido por la crisis actual que reclama con preferencia su atención, es también parte a los recesos de mi pluma.

Mas... hago un esfuerzo y sigo. Sigo espigando en los rastros torvas voluntades –cizaña de mis trigos– o tropezando en la aspereza del terreno. Que la verdad es senda harto escabrosa y cerrada de cardos punzadores cuando aún no pasó por ella el rodillo del tiempo, o no la dulcinea el césped de las contemporizaciones lisonjeras.

Yo no contemporizo. O expreso la verdad pese a quien pese, o callo. Sirvo cicuta en copa cristalina, cuando me siento en vena de Hipócrates, o la derramo en el silencio. No le agrego dulzor. Por tósigo no la doy; doyla por ddroga.

Callar, es tarde. Védamelo la equidad distributiva de mi justicia ecuánime, y mi plan de campaña en esta hora, la más aciaga de la vida nacional que yo he vivido. Réstame sentar en el banquillo a otros culpables. ¿Quién me ha erigido juez? Pues mi albedrío. Y el hallarme, del todo limpio de esta culpa, sufriendo con el pecador y el inocente la condena afrentosa. No me senté al tapete, ni jugué a cara o cruz la patriotería.

¡Hola! Cuantos seáis aún nuevos reos, compareced junto a las barras. Tú, peñola, a trabajar.

\* \* \*

He hablado de *jimenismo*, de *velazquismo* y de *desiderismo* como de los coautores principales, hallándose en el poder, de la intrusión americana. He de hablar de ellos, ahora en concurrencia con los demás, distinguiendo, eso sí, con imparcialidad veraz y honrada, atenuantes y agravantes en el delito de cada uno.

Y después, de este criminal empedernido: del machete.

Y luego, de este último cómplice: la lenidad, acaso la malicia, del presidente Henríquez.

\* \* \*

¿Cuál era el deber, ante la intervención de Yanquilandia, de estas fracciones del País que, denominándose *partidos*, se arrojan el derecho de disponer de sus destinos, y a toda hora ponen sobre el bufete su interés político, y aún contraponenlo a los demás, inclusive la Patria?

Pues su deber primero y su derecho único, su sinceridad y su decoro consistían en abstenerse en cuanto partidos contrincantes y sumarse todos en una sola agrupación de ciudadanos. Dar treguas a sus aspiraciones colectivas, a sus codicias personales, a sus rencillas y a sus odios, para presentarse a la Nación y al invasor, a la raza y al mundo con una sola denominación: dominicanos; bajo una sola enseña, el pabellón cruzado. La historia de todos los tiempos llena está de esos ejemplos; y también de que las divisiones de partidos pasionales malograron grandes causas y consumaron irremediables servidumbres y muerte irreparable. El Ática primitiva se hace fuerte con el *panateneísmo* que funda Teseo; la Grecia vence a Persia reconciliándose al amor del patriotismo helénico sus facciones honradas; y Roma republicana, patricios y plebeyos, encarnizados contendientes, marchan unificados a la lucha y Roma vence siempre; la Italia dividida de la Edad Media sólo es fuerte contra el Imperio en las regiones y momentos en que, deponiéndose rencores, se ligan bandos y se abrazan ciudades. Pero Cartago se pierde por la feroz enemiga de los Hannon contra los Barca cuando ya Roma temblaba a la aproximación de Aníbal, cuya marcha triunfal detiene la negativa de recursos de su patria, movida por los adversarios de aquel genio de la guerra; España queda abierta al moro, durante siete siglos, por la inquina personal de dos casas; Polonia desaparece por sus intestinas divisiones. La lista sería larga; consultad la historia.

La unidad ante la comunidad del peligro inminente; el sacrificio de lo bastardo en holocausto a lo sublime; el olvido absoluto de lo político, ínterin la conquista amenazaba, por lo patriótico. Tal debió ser, sin vacilaciones, la actuación común; tal la consigna.

Mas ello no fue así, y ha consistido en no haber otra cosa que partidos personalistas en la arena. Sin credo, alto, sin doctrina

absolutamente sana. El patriotismo es el más alto credo: la abnegación patriótica la más pura doctrina. Mas no era fácil remontarse a esas nubes bruscamente, de un gran vuelo, por un esfuerzo supremo de las alas, torpes, entumecidas por la humedad de la bajura y el rastrear la caza de pequeneces, de oportunidades, de egoísmos.

La culpabilidad común de los partidos personales que han militado en el País no es sólo de última hora; no en verdad. Es ya remota y es reciente.

Resurgieron a la muerte de Cáceres el *bolismo*, que él tenía silenciado, y el *horacismo*, que se había distanciado; y surgieron estos cuatro, a competir con ellos: el *victorismo*, cismático, siniestro y mercantil; el *velazquismo*, cismático, violento y ambicioso; el *legalismo*, parcial de Bruto y Casio, ávido de justificación, pero impaciente; el *desiderismo*, de aventura y logro. No cuento yo el *bordismo*, que se alzó como arco iris, reinó, nuevo cisma, en la borrasca, y desapareció en la niebla del Plan Wilson; el *neo-horacismo* y el *nouelismo*, que no tuvieron ni éste la ocasión ni aquél el tiempo de fabricar cohesiones. Aquí todo el que pasa por el poder, quiéralo o no, engendra un *ismo*, criatura más o menos viable. Tal la fertilidad del suelo para este árbol silvestre: el personalismo.

Resurgieron aquéllos y surgieron éstos para reunirse nuevamente o coligarse unos contra otros, en abrazos efímeros.

Para iniciar, el *victorismo*, con la llegada de Mr. Knox, primero, y la de Doyle y Mc Intire, luego, la *intrusión* extraña. Aún recuerda mi lastimado corazón de padre una inicua prisión, la de dos aún niños a la sazón –uno de ellos hijo mío –que como a Jesús llevaron de Herodes a Pilatos (de la Comisaría a la Fuerza y de la Fuerza a la Comisaría) entre afrentosas bayonetas, por haberse atrevido a augurar con un emblema lo que está pasando ahora.\* La política roja victorista, de mazmorra y sangre, provocó en breve la protesta armada; su política amarilla, del oro del Erario derramado para comprar lealtades y en arcas de judíos, atrajo la primera *intrusión*. Después la caída lo

\* Sobre este asunto, consúltense las cartas “Renuncia” y “Reserva de argumentos”, publicadas en el *Listín Diario* los días 1 y 3 de abril de 1912. Dichas cartas aparecen recogidas en este primer tomo de las *Prosas polémicas* de Félix Evaristo Mejía. (Nota del editor).

hizo *antiyanquista*; pero antes fuimos muchos a la cárcel, y *pade-cimos persecución por la justicia*, por nuestra protesta, en aquella Junta de Defensa Nacional a que asistió lo más selecto de la Ciudad Primada.

Para aceptar la imposición de Russell las Cámaras, con la elección del presidente Nouel, que aprobaron todos los partidos. Con el ansia misma con que el Dante en el exilio, la Italia convertida en un su Infierno, llamó a las puertas del convento y dijo, a quien le preguntó: “¿qué buscáis?”; “Busco paz”. Paz que no halló el gran florentino entre los frailes, ni en el mitrado los partidos.

Para escuchar, al cabo de un batallar sangriento e infructuoso, el *horacismo* en el Cibao y el *bordismo* aquí, la insolencia de Sullivan, y someterse todos los contendientes al doloso *Plan Wilson*, precursor de la *Intervención*, sin que una sola voz de partido protestara, y una sola de simple ciudadano, una, la mía. Porque, en eclipse el astro de la Patria por la sombra espesa de la pasión política, todos los partidos y todas sus cabezas, inclusive la que caía, creyeron en la devoción hacia cada una de ellas de los legados de Roma.

Para subordinarse incondicionalmente a este Plan Wilson, exclusive actos de facto –si no absolutamente suyos, hijos de su contubernio con los partidos que más de cerca le influían– la gestión del Dr. Báez.

Para plegarse a exigencias la actuación Jimenes, e impetrar de Roma el manejo sin trabas de la renta interna, y devorar en silencio la humillación de la *Nota americana*, y dar con su administración desbarajuste, en la cual quiso el bolo contra el *desiderismo* monopolizar el peculado, el pie de apoyo a la funesta rebeldía de Arias. Para concurrir con aquél el *velazquismo* a permitir y aceptar el desembarco yanqui en San Gerónimo, y a su amparo ejercer el poder írrito de los Secretarios de Estado. Para retarlo el *desiderismo*, alentado por ciertos hombres oportunistas del *legalismo* y del *horacismo*, y, como dije al comenzar esta cruzada, jugar hasta la última carta, sobre su aspiración al mando, la honra de la Patria; retarle, bluff al que juzgaron bluff, y escapar luego por la tangente sin presentar batalla.

Para consumir entre todos, todos los partidos, por comisión los unos, por omisión los otros, por desacuerdos, por rencillas,

por recelos, por venalidades, por espíritu de subasta y ofrecerse al mejor postor la alta magistratura, la pérdida de la soberanía y la vergüenza de la Nación.

No pudieron acordarse desde luego los partidos, porque no quisieron borrar de momento sus fronteras, ni sacrificar al principio cada uno sus candidatos, ni deponer su interés en aras del patriotismo. Porque no quisieron convenir en un hombre absolutamente incoloro que diera solución honrosa y rápida al conflicto y contuviera al yanqui siquiera en sus primeras avanzadas. Y éste miraba con mirar rapaz y sonreía con sonrisa pérfida a la vista de la presa que por su propia anarquía de voluntades, y la poca estatura de sus hombres altos, se le venía ella misma a las fauces; y daba un paso más, y otro y otro en su ya no disimulada intervención.

Cierto es, y muy justo que así conste, que la mayor intransigencia estuvo siempre del lado de los disgregados partidos de la Conjunción, y prueba de ello incontestable la elección que al cabo se hizo de un *jimenista histórico*, una cumbre desde cuya alta cima se contó señorear las diferencias de partidos. Vana ilusión acaso; esperanza fallida, por las señas: dígalos, si no, la circular que congrega al *jimenismo histórico*, prematuro salirse del tiesto, paso inconsulto, convocatoria sin consejo, casi una ingratitud, sin disputa una *plancha*.

Cierto es que el *horacismo*, la agrupación fuerte, con más fe en sus hombres que en los otros, depuso, no obstante, su querer por el que en las Cámaras privaba, y aún inició el candidato bolo que le pareció de más talla moral e intelectualidad más encumbrada. Cierto que el *legalismo* llegó en una ocasión, según se dijo, a resignarse, a truco de solución, a que se alzara sobre el pavés a su enemigo natural el *velazquismo*. Que el *victorismo* no fue el más obstinado en prevalecer, a última hora.

Fuelo el *bolo-desiderismo*, más débil que el *horacismo* en el País, si más fuerte en el Congreso, el árbitro. Si no ceden aquéllos, aún no habría presidente, y cediendo se lo han dado probablemente adverso. Eso, sin discusión, es haber sido mejor inspirados, menos políticos y más patriotas que los otros.

En el jefe *horacista* no era extraño ceder: en ocasiones anteriores lo hizo para no ser manzana de discordia. Tendrá ambición política, pero su cívica honradez está pronta a creer en los



demás, a ceder el poder y eclipsarse. Posee esos rasgos de San Martín y Duarte. Y el *legalismo* ha sido discreto, muy discreto: conoce su inferioridad numérica e histórica, y también se ha eclipsado. Sólo tú, oh *bolismo* impenitente, no pusiste en la balanza un tomín de patriotismo; en el hombre vislumbraste *tu hombre*, y a fe que lo has logrado. ¿A ti qué de posibles próximas tempestades que ennegreciendo el cielo nuevamente, consumen el naufragio.

Partidos personales: vuestra culpa no la excuso a ninguno; pero la vuestra, bando *conjuncionado* y disgregado, *bolo-desiderista-velazquista*, la vuestra es culpa enorme, la tuya, *bolo-desiderista*, la tuya amenaza ser aún abominable. ¡Dios salve de ti al País?

## XV

### La culpa del sable

He dicho en una de mis *Yanquilinarias* anteriores que el mal venía de lejos. Y esto, que sin duda lo sabe todo el mundo, conviene repetirlo, no para tomar patente de invención por ello, sino para establecer completas y desde su más remoto origen todas las responsabilidades. Y haciendo historia, prevenir en lo posible las culpas venideras. Es uno de los propósitos de esa augusta rama del saber humano, retrotraer el pasado a ponerlo frente a frente al presente, como la causa al efecto, y aleccionar el porvenir.

En la historia de todos los tiempos, el machete, la fuerza, ha tenido su papel preponderante, funesto y opresor. Los que predicán la necesidad de la guerra como contingente sociológico biológico son unos pobres enfermos: aberradores de cerebro, encallecidos de corazón, falsean la lógica y extravían la verdad en un dédalo de falacias crueles e incongruentes.

La guerra es la madre del sable y éste el generador de la conquista, de la tiranía y de la ignominia. Por cada una vez que ha servido las grandes causas de la libertad, de la independencia y del derecho, ciento ha atropellado aquélla, ha perdido esa y ha torcido éste. Axioma es, realidad indiscutible, verdad inconcusa. Hojead el gran libro del tiempo y leed en sus páginas orladas, orladas de rojo y negro: vuestra vista, turbia de indignación

sobre el infolio, mirará como danzando sobre los caracteres de la imprenta una raya ancha y roja, ora recta o ya curva: es el rayo de la guerra; es el sable, es la espada, el alfanje, el machete, la cimitarra. El fusil, el cañón sólo son siervos ejecutores, fuerzas ciegas; el sable los comanda y les pone en acción; tal como antaño a catapultas y elefantes.

Los pueblos, como los niños ante el vil azote, tiemblan de pavor a la amenaza del machete. Y ya se sabe, hombre o pueblo habituado a temblar en su infancia, temblará en su vida ante cualquiera. De aquí que, pueblo tiranizado en toda su existencia es pueblo preparado a recibir extraño yugo sin protesta.

El machete es el símbolo de la cobarde servidumbre.

Entendimiento, corazón, honradez, laboriosidad, todo lo avasalla, lo fustiga o lo envilece; todo se le subordina o se le rinde de rodillas. O muere sin remedio. La insania le lame como un perro; la venalidad lo aclama, se le prostituye y le sirve de alfombra.

Ni las grandes causas, ni las épicas redenciones se libraron de su coyunda: Washington se temía a sí mismo, en cuanto sable, y se hizo gran violencia para ser gran repúblico; Bolívar frisó en déspota, San Martín apenas le fue en zaga. Las figuras de Arístides y Sucre son muy raras; Martí y Duarte no fueron militares ni ejercieron mando.

En la América Latina el sable lo ha dominado todo desde su independencia. De Iturbide, el gran farsante, a Huerta, el monstruoso verdugo de un hombre digno y un pueblo floreciente, pasando por Rosas, Francia [doctor en quien, parodiando la frase de Sila a propósito de Julio César, aún mozalbete, diré que había muchos sables], García Moreno y Veintemilla –fustigados, lapidados y estigmatizados por la pluma magistral de Juan Montalvo–, Melgarejo, los dos López, Porfirio Díaz, Guzmán Blanco, Zelaya, etc. Y aún desde O’Higgins, prócer-dictador, hasta Santana, también tirano-prócer, y después traidor. ¡Qué fuera hoy esta América ubérrima, valerosa, talentuda, vasta, archi-gloriosa sin las infames tiranías que tantas veces la han deshonrado con su férula inclemente de negros capataces! ¡Oh Yanquilandia! Tu grosera planta de mercader judío no viniera ahora a pisotearnos y cobrarnos el corazón so pretexto de mezquinos dineros cuyos réditos pagamos religiosos, con

gabela. Ni vuestros sables pesaran insolemnes, cual espadas de Breno, en la balanza contraria a la que en la prensa, ciudadanía, autoridad, ley, justicia, hacienda pública pusieron sus sagrados derechos. Vuestro *Vae victis* no se oyera en la Ciudad Primada, evocando las sobras execrables de Ovando y de Roldán, de Drake y Louverture.

En la República, el alborear lo mancilló el machete. Santana funda la escuela, y tras su oscura huella que se pierde en el lodazal de la Anexión, se precipita en la vorágine del crimen público la pandilla de ruines tiranuelos, todos sables, entre los cuales culminan, apocalípticos, un ídolo de bronce rojo, Báez, y aquel Moloch, coloso de basalto, Heureaux. Ellos forman el pelotón de ejecutores, mas el tiro de gracia no lo dieron ellos.

En los tiempos que corren, el machete, terciado el cinto sobre el pecho innoble, a manera de banda en que el intonso caudillejo cifra su autoridad y vanagloria, ha erigido su legión siniestra en esta orden heráldica: *Caballeros del Tiro de Gracia*. Presidiólos Dedé, el indio bravo cuyo gesto rebelde fue la señal de muerte, la caída de la hija del Conde y Capotillo. Y allá en las tierras que fueron predio del sin par Caonabo y Guarionex, mientras el invasor llevaba sus cohortes a cazarlos en sus propias madrigueras, distraían ellos los ocios de sus *chambras* cercenando vida hermana, como para que el yanqui hallara desmalezado el campo de esotros malandrines.

La Patria se ha perdido. Ellos la condujeron, como los sayones a Jesús, del olivar al Gólgota, y allí uno de ellos, procaz, le dio la última lanzada.

No han temblado los cielos ni la tierra, no. Escribas hay que aplauden. Y que llaman, haciendo coro a los sayones, héroe invicto al bravo centurión.

¡Oh Patria, el machete, el sable te ha perdido! Si acaso un día, como el Dios-Hombre, resucitas, o ave-fénix surges de tus cenizas, acuérdate del que fue tu principal verdugo: el machete. Quíébrale, tírale lejos, clávale en la sentina. Y establece para siempre, honrado y firme y cierto, el gobierno civil.



# Índice onomástico

## A

Abad Blanco, Jacqueline 13  
Abreu y García, Tomasina 11  
Alba, Fernando Álvarez de Toledo,  
duque de 196  
Alejandro Magno 64, 166  
Alfau del Valle, Salvador 13  
Alfau, Miguel Joaquín 39  
Alighieri, Dante 129, 136  
Alter Ego (seudónimo de Félix E.  
Mejía) 12, 123  
Alvarado, Pedro de 196  
Álvarez, Braulio: 59  
Álvarez, Tadeo 76  
Amiama, Francisco X. 59  
Angulo Guridi, Javier 130  
Aníbal 146, 229  
Annunzio, Gabrielle d' 138, 141  
Arias, Desiderio 123-123, 204, 209, 219,  
221-223, 231  
Aristides 234  
Aristides el Justo 200

## B

Baco 187, 220  
Báez, Buenaventura 236  
Báez, Ramón 114, 231  
Baltasar 204  
Barca (los) 229  
Barón, Juan 109  
Becquer, Gustavo Adolfo  
Bello, Andrés 129  
Benvenuto 134

Bickart (Míster) 105  
Bidó, Manuel de J. 88, 120  
Billini, Francisco Gregorio 41, 49, 82  
Billini, Francisco Xavier 11  
Blanco Díaz, Andrés 14  
Blanco Fombona, Horacio 127  
Boabdil 65, 186  
Bobadilla, Francisco de 199  
Bolet Peraza, Nicanor 192  
Bolívar, Simón 129, 192, 234  
Booker, Washington 188  
Bordas Valdés, José 76, 81, 84, 115  
Boves, José Tomás 196  
Breno 95  
Bruto, Marco Junio 197  
Bryan, William Jennings 190

## C

Cabral y Báez, José María 116-117  
Cabral, José María 110  
Cáceres, Ramón 110, 198, 212-213, 218-  
219, 221, 230  
Caín 81  
Calvo 194  
Cánovas del Castillo, Antonio 132  
Caonabo 27, 110, 219, 235  
Caperton, William Banks 186-187, 194,  
200  
Caruso (los) 197  
Casas, Fray Bartolomé de las 196  
Casio, Cayo 230  
Castelar, Emilio 138, 190  
Castillo, Rafael Justino 11-12  
Castro, Jacinto de 113

César, Cayo Julio 82, 234  
 Cestero, Tulio M. 131, 134-136, 138, 141  
 Charité 109, 199  
 Cicerón, Marco Tulio 177, 190  
 Cincinato 111  
 Ciro 204  
 Colón, Cristóbal 187  
 Colones (los) 185  
 Córdoba y Vizcarrondo, Eugenio 39  
 Coriolano 90  
 Cotubanamá 110  
 Cristóbal, Henri 200

**D**

Damirón, Amable 120  
 Darío, Rubén 129  
 Daudet, Alfonso 138  
 David 182  
 Dawson 197  
 Dedé 236  
 Delisle 199  
 Delmonte y Tejada, Antonio 130  
 Demóstenes 106, 177, 190  
 Deschamps, Enrique 106  
 Deschamps, Eugenio 11, 27, 93, 120  
 Despradel, Fidelio 27  
 Dessalines, Jean Jacques 109, 200  
 Díaz, Porfirio 234  
 Diderot, Denis 138  
 Doyle 80, 198, 230  
 Drake, Francis 199  
 Duarte, Juan Pablo 59-61, 87, 109, 132,  
 219, 233  
 Dumas, Alejandro 133

**E**

Echegaray, José 211  
 Enriquillo 143  
 Epicuro 135, 141  
 Esopo 96  
 Espaillat, Eliseo 120  
 Espaillat, Úlises Francisco 110, 129  
 Esquines 177

**F**

Fabre, Jules 34  
 Felipe II 88, 196, 199

Fenelón, François de Salignac de La  
 Mothe 64  
 Fernández, Agustín 11  
 Fernando VII 196  
 Ferrand, Louis 200  
 Ferreras, Domingo 120  
 Fiallo, Fabio 129  
 Filipo 182  
 Fiore 194  
 Flaubert, Gustavo 138  
 Florentino, Pedro 223  
 Flores, Juan Vicente 11  
 Fort, Collins 199  
 Francia, José Gaspar Rodríguez de  
 118, 234  
 Franco, Joao 118  
 Franco Bidó, Augusto 73

**G**

Galván, Manuel de Jesús 131, 142  
 Gambetta, León 190  
 Gándara, José de la 196  
 García Godoy, Federico 129, 131-133  
 García Gómez, Arístides 129  
 García, José Gabriel 130, 209  
 García Moreno, Gabriel 118, 234  
 Garrido, Miguel Ángel 129  
 Gautier, Salvador 120  
 Gautier, Teófilo 137  
 Gerundio, Fray 152  
 Gibbes, Lucas Tomás 11  
 Goliat 182  
 Gómez, Manuel Ubaldo 120  
 Gómez, Máximo 223  
 Goncourt (los) 138  
 Gorki, Máximo 141  
 Gracos (los) 119  
 Grocio, Hugo 194  
 Grullón, Arturo 120  
 Guacanagarix 219  
 Guarinoex 110, 235  
 Guaroa 110  
 Guatiguaná 110  
 Guayubín (seudónimo) 123, 125  
 Guzmán, Antonio Leocadio 193  
 Guzmán, Francis 120  
 Guzmán Blanco, Antonio 192, 234  
 Guzmán Espaillat, Santiago (Chago)  
 198, 219

**H**

Hamlet 89  
 Hannon (los) 229  
 Hefter 192  
 Henríquez, Enrique 120  
 Henríquez Ureña, Pedro 129  
 Henríquez y Carvajal, Federico 69, 114  
 Henríquez y Carvajal, Francisco 114, 146, 221, 228  
 Hércules 110  
 Hernández Brea, Luis María 120  
 Herodes, 230  
 Herrera, Francisco (Pancho) 120  
 Heureaux, Ulises 11, 235  
 Hipócrates 228  
 Homero 143  
 Horacio, Quinto Horacio Flaco, llamado 140, 173  
 Hostos, Eugenio María de 11-13, 129  
 Huerta, Victoriano 234  
 Hugo, Víctor 141  
 Hurtado de Mendoza, Diego 137

**I**

Isabel II 196  
 Iturbide, Agustín de 234

**J**

Jansen, Gerardo 11  
 Jasón 110  
 Jerjes 196  
 Jimenes, Enrique 117  
 Jimenes, Juan Isidro 64, 89, 125, 178, 209, 212, 215, 225-226, 231  
 Jiménez de Quesada, Gonzalo 149  
 Johnston, Míster 87  
 Joubert, Emilio C. 120  
 Judas Iscariote 224  
 Julián, Conde Don 209  
 Júpiter (nombre romano de Zeus) 71, 74, 99, 128  
 Justiniano 100

**K**

Kerverseau 200  
 Knowles, Horace 197

Knox, Philander P. 199  
 Kosciuszko, Tadeo 81

**L**

Lamennais, Felicité Robert de 143  
 León, Fray Luis de 116, 171  
 Leónidas 182  
 Lépido, Marco Emilio 198  
 Limardo, Ricardo (Bubul) 17, 120  
 Lincoln, Abraham 193  
 Lluberes, Félix Mariano 59  
 López, Carlos Antonio 234  
 López, José Ramón 11, 17  
 López, Pablo Eliseo 17  
 Louverture, Toussaint 199, 235  
 Lovelace 108  
 Lugo, Américo 12, 129  
 Luis XI 193

**M**

Maniocatex 110  
 Marco Aurelio 193, 198  
 Marcomanos 193  
 Mardonio 196  
 Marte (dios) 189, 222  
 Martí, José 129, 234  
 Mateo, San 205  
 Maupassant, Guy de 138  
 Mc Crey, F. R. 197  
 McIntire 80, 198, 218, 230  
 Medusa 80  
 Mejía, Rafael 93  
 Mejía Ricart, Gustavo Adolfo 67  
 Mejía y Cotes, Juan Tomás 11  
 Melgarejo, Mariano 234  
 Mercurio (dios) 190  
 Meriño, Fernando Arturo de 130  
 Michelet 133  
 Milton, John 205  
 Mirabeau, Honoré Gabriel Riqueti, conde de 190  
 Monroe, James 193  
 Montalvo, Juan 129, 234  
 Monte, Félix María del 59  
 Montesquieu, Charles de Secondat, barón de 86  
 Morales, Agustín F. 11  
 Morales, Francisco Tomás 196

Morales Languasco, Carlos 117  
 Mota, Óscar 13  
 Moya, Manuel 120

**N**

Nepote, Cornelio 143  
 Nouel, Adolfo Alejandro 221, 231  
 Numa Pompilio (seudónimo) 39-40  
 Núñez de Cáceres, José 109

**O**

Ogerón, Bertrand d' 199  
 O'Higgins, Bernardo 234  
 Ojeda, Alonso de 196, 199  
 Olivart, Marqués de 192  
 Ortiz, Dantes 13  
 Osorio, Antonio 199  
 Othón 225  
 Ovando, Nicolás de 199, 235

**P**

Pacheco, Martha de Jesús 13  
 Pasamonte, Miguel de 199  
 Pasteur, Luis 127  
 Paulino Ramos, Alejandro 14  
 Penn, Mauricio 199  
 Pereda, José María de 141  
 Pérez, Andrés 120  
 Pérez, Genaro 120  
 Pérez, José Joaquín 143  
 Pérez, Pedro A. 120  
 Pericles 190  
 Perseo 110  
 Pestalozzi, Juan Enrique 64  
 Peynado, Francisco J. 11, 120  
 Pichardo (diputado) 35  
 Pichardo, Bernardo 214  
 Pichardo, José María Alejandro 11  
 Pilatos, Poncio 189, 230  
 Pizarro, Francisco 196  
 Platt, John J. 47  
 Plutarco 133  
 Pompeyo 200  
 Pond, Charles F. 194, 200  
 Portinari, Beatriz 129  
 Power 197, 199

**R**

Ravelo, Fernando A. 120  
 Reynaldo (seudónimo) 39  
 Ribero, Felipe 196  
 Richelieu, Armand Jean Du Plessis, cardenal 88  
 Richepin, Jean 139  
 Rivier 192  
 Rochefort 64  
 Rodó, José Enrique 129  
 Roldán, Francisco 235  
 Román 219  
 Roosevelt, Bertrand 188-190, 194  
 Rosas, Juan Manuel de 234  
 Russell, William W. 186-187, 197-198, 200, 209, 231

**S**

Saavedra, Ángel, Duque de Rivas 86  
 Sainte-Beuve, Charles Agustín 134  
 Salustio, Cayo 133  
 Samaniego, Félix María 71  
 San Martín, José de 129, 233-234  
 Sánchez, Francisco del Rosario  
 Sánchez, Juan Francisco 59  
 Sánchez Ramírez, Juan 109  
 Santana, Pedro 132, 219  
 Scevola, Mucio 116  
 Scott, Walter 133  
 Sherill, Charles H. 197  
 Sila, Lucio Cornelio 218, 234  
 Smith (Míster) 199  
 Sócrates 196  
 Staël, Germaine Necker, Madame de 86  
 Sucre, Antonio José de 129, 234  
 Suetonio, Cayo 133  
 Sullivan, James M. 197  
 Sully, Maximilien de Béthune, duque de 88  
 Sulze 125/126  
 Sylock 217

**T**

Tácito, Publio Cornelio 130  
 Taine, Hipólito 134-135  
 Talleyrand, Charles Maurice de 196



Tejera, Apolinar 120  
 Tejera, Emiliano 120  
 Tejera, Luis 198  
 Tell, Guillermo 182  
 Temístocles 209  
 Teseo  
 Thierry 133  
 Thiers, Louis Adolphe 118  
 Tiberio Graco 155  
 Tío Sam 194, 199, 218  
 Tires 133  
 Tití 87  
 Tiziano, Tiziano Vecellio, llamado 137  
 Tolstoy, León 141  
 Troncoso de la Concha, Manuel de J.  
 120

**U**

Ulises 110  
 Ureña de Henríquez, Salomé 143

**V**

Valera, Juan 139  
 Vásquez, Francisco Leonte 120  
 Vásquez, Horacio 64, 85, 89, 111, 115  
 Veintemilla 234  
 Velázquez, Federico 88, 115, 117/118,  
 205, 211-212, 215, 217, 219, 224  
 VENABLES, Robert 199  
 Veronés, Paolo Calari, llamado El 137

Victoria (los) 88, 198  
 Victoria, Eladio (Quiqui) 91  
 Vidal, Jaime R. 120  
 Vidal, Luis Felipe 88/90, 115, 120  
 Vinci, Leonardo da 69  
 Vitelio 225  
 Voltaire, François Marie Arouet, llama-  
 do 86/87, 138  
 Vulcano (dios romano) 99

**W**

Washington, George 193  
 Wilson, Woodrow 79/80, 154, 191, 193-  
 194, 199  
 Woss y Gil, Alejandro 41, 45, 49

**X**

Xifle (anagrama usado por Félix E.  
 Mejía) 11

**Y**

York 89  
 Yugurta 91

**Z**

Zelaya, José Santos 234  
 Zola, Emilio 138-139, 141



## Publicaciones del Archivo General de la Nación

- Vol. I *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846*. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1944.
- Vol. II *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Samaná, pasado y porvenir*, por E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1945
- Vol. IV *Relaciones históricas de Santo Domingo*. Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, C. T., 1945.
- Vol. V *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1947.
- Vol. VI *San Cristóbal de antaño*, por E. Rodríguez Demorizi, Vol. II, Santiago, 1946.
- Vol. VII *Manuel Rodríguez Objío* (poeta, restaurador, historiador, mártir), por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. VIII *Relaciones*, por Manuel Rodríguez Objío. Introducción, títulos y notas por R. Lugo Lovatón, C. T., 1951.
- Vol. IX *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo, 1846-1850*, Vol. II. Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi, C. T., 1947.
- Vol. X *Índice general del "Boletín" del 1938 al 1944*, C. T., 1949.
- Vol. XI *Historia de los aventureros, filibusteros y bucaneros de América*. Escrita en holandés por Alexander Oliver O. Exquemelin. Traducida de una famosa edición francesa de La Sirene-París, 1920, por C. A. Rodríguez. Introducción y bosquejo biográfico del traductor por R. Lugo Lovatón, C. T., 1953.
- Vol. XII *Obras de Trujillo*. Introducción de R. Lugo Lovatón, C. T., 1956.
- Vol. XIII *Relaciones históricas de Santo Domingo*. Colección y notas de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1957.
- Vol. XIV *Cesión de Santo Domingo a Francia. Correspondencia de Godoy, García Roume, Hedouville, Lowverture Rigaud y otros. 1795-1802*. Edición de E. Rodríguez Demorizi. Vol. III, C. T., 1959.

- Vol. XV *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Colección de E. Rodríguez Demorizi, Vol. III, C. T., 1959.
- Vol. XVI *Escritos dispersos* (Tomo I: 1896-1908), por José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVII *Escritos dispersos* (Tomo II: 1909-1916), por José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XVIII *Escritos dispersos* (Tomo III: 1917-1922), por José Ramón López. Edición de Andrés Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XIX *Máximo Gómez a cien años de su fallecimiento, 1905-2005*. Edición de E. Cordero Michel, Santo Domingo, D. N., 2005.
- Vol. XX *Lilí, el sanguinario machetero dominicano*, por Juan Vicente Flores. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXI *Escritos selectos*, por Manuel de Jesús de Peña y Reynoso. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXII *Obras escogidas 1. Artículos*, por Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIII *Obras escogidas 2. Ensayos*, por Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXIV *Obras escogidas 3. Epistolario*, por Alejandro Angulo Guridi. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXV *La colonización de la frontera dominicana 1680-1796*, por Manuel Vicente Hernández González. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVI *Fabio Fiallo en La Bandera Libre*, compilación de Rafael Darío Herrera. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2006.
- Vol. XXVII *Expansión fundacional y crecimiento en el norte dominicano (1680-1795). El Cibao y la bahía de Samaná*, por Manuel Hernández González. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXVIII *Documentos inéditos de Fernando A. de Meriño*, compilación de José Luis Sáez. S. J. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N. 2007.
- Vol. XXIX *Pedro Francisco Bonó / Textos selectos*. Edición de Dantes Ortiz. Santo Domingo, D. N. 2007.
- Vol. XXX *Iglesia, espacio y poder: Santo Domingo (1498-1521)*, por Miguel D. Mena. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.

- Vol. XXXI *Cedulario de la isla de Santo Domingo*, Vol. I: 1492-1501, por fray Vicente Rubio, O. P. Edición conjunta del Archivo General de la Nación y el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886*. (Tomo I: Hechos sobresalientes en la provincia), por Alfredo Rafael Hernández Figueroa (Comp.) Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIII *La Vega, 25 años de historia 1861-1886*. (Tomo II: Reorganización de la provincia post Restauración), por Alfredo Rafael Hernández Figueroa (Comp.) Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIV *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII*. (Vol. LXXX de la Academia Dominicana de la Historia). Por Genaro Rodríguez Morel (Comp.) Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXV *Memorias del Primer Encuentro Nacional de Archivos*. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVI *Actas de los primeros congresos obreros dominicanos, 1920 y 1922*. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*, tomo I (Vol. LXXXII de la Academia Dominicana de la Historia), por Raymundo González. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXVIII *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*, tomo II (Vol. LXXXIII de la Academia Dominicana de la Historia), por Raymundo González. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XXXIX *Una carta a Maritain* (traducción al castellano del P. Jesús Hernández). Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007. Primera edición: Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1944.
- Vol. XL *Manual de indización para archivos*, en coedición con el Archivo Nacional de la República de Cuba, por Marisol Mesa, Elvira Corbelle Sanjurjo, Alba Gilda Dreke de Alfonso, Miriam Ruiz Meriño, Jorge Macle Cruz. Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLI *Apuntes históricos sobre Santo Domingo*, por el Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.

- Vol. XLII *Ensayos y apuntes diversos*, por el Dr. Alejandro Llenas. Edición de A. Blanco Díaz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIII *La educación científica de la mujer*, por Eugenio María de Hostos. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007.
- Vol. XLIV *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo (1530-1546)* (Vol. LXXXI de la Academia Dominicana de la Historia). Por Genaro Rodríguez Morel (Comp.) Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLV *Américo Lugo en Patria*, por Rafael Darío Herrera (Comp.). Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLVI *Años imborrables*, por Rafael Alburquerque Zayas-Bazán. Edición de Emilio Hernández Valdés, Santo Domingo, D.N., 2008.
- Vol. XLVII *Censos municipales del siglo XIX y otras estadísticas de población*, de Alejandro Paulino Ramos. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2008
- Vol. XLVII *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo I), de José Luis Sáez, S. J. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2008.
- Vol. XLIX *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo II), de José Luis Sáez, S. J. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2008 (en prensa).
- Vol. L *Documentos inéditos del arzobispo Adolfo Alejandro Nouel* (tomo III), de José Luis Sáez, S. J. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2008 (en prensa).

### **Colección Juvenil**

- Vol. I *Pedro Francisco Bonó. Textos selectos*. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007
- Vol. II *Heroínas nacionales*, por Roberto Cassá. Edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, 2007. E. Rodríguez Demorizi, Vol. I, C. T., 1944.
- Vol. III *Vida y obra de Ercilia Pepín*, por Alejandro Paulino Ramos. Segunda edición de Dantes Ortiz, Santo Domingo, D. N., 2007. Primera edición: Editoria Universitaria, Santo Domingo, D. N., 1987.
- Vol. IV *Dictadores dominicanos del siglo XIX*, de Roberto Cassá. Edición de Dantes Ortiz. Santo Domingo, D. N., 2008.

## **Colofón**

Este libro se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2008 en los talleres gráficos de Editora Búho, C. por A., con una tirada de 1,000 (un mil) ejemplares.

Está compuesto en caracteres New Bakersville tamaño 11.5 e impreso en papel cáscara de huevo de baja densidad.

